

# LA ARGENTINA KIRCHNERISTA EN TRES ETAPAS

Una mirada crítica desde la izquierda popular

Itai Hagman


Cuadernos de  
*Cambio* 


Edición y corrección: Ulises Bosia y Manuel Martínez  
Diseño de tapa y de interiores: Ignacio Fernández Casas

Se terminó de editar en diciembre de 2014 en la  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.


*Cuadernos de Cambio* es una publicación de Patria Grande

 @PatriaGrandeArg

 Patria Grande

 Patria Grande

 contacto@patriagrande.org.ar

 www.patriagrande.org.ar

Hagman, Itai

La Argentina Kirchnerista en tres etapas : una mirada crítica desde  
la izquierda popular . 1a ed. Buenos Aires : el autor, 2014.

168 p. ; 19x14 cm.

ISBN 9789873364952

1. Política Argentina. I. Título

CDD 320.82

Fecha de catalogación: 01/12/2014



Se autoriza la reproducción parcial o total, siempre y  
cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente.

# ÍNDICE

Introducción .....	9
Breve prehistoria .....	15
Etapa 1: el consenso neodesarrollista .....	21
Etapa 2: el período crispado.....	57
Etapa 3: el pacto de gobernabilidad.....	109
Claves para pensar un nuevo proyecto emancipador .....	125
Superación del modelo productivo dependiente .....	131
La agenda social postergada.....	149
La democratización política .....	159
Epílogo: el desafío de alcanzar una estrategia revolucionaria en la Argentina .....	163



**Itai Hagman** es licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires, docente y suele publicar artículos de opinión en distintos medios de comunicación.

Es dirigente nacional del Movimiento Popular Patria Grande, fue presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires y recientemente candidato a diputado nacional por la Ciudad de Buenos Aires en 2013.

# INTRODUCCIÓN

Pocos temas han generado más polémica en la militancia popular de la Argentina de los últimos años que la pregunta sobre qué fue y es el kirchnerismo. ¿Es un gobierno popular? ¿Se trata de una versión actualizada del viejo peronismo? ¿O es en realidad una gran farsa que ocultó la continuidad del neoliberalismo? ¿Una nueva versión del saqueo, la entrega y la represión? No descubrimos nada si señalamos que en todo el proceso político argentino de la última década existen elementos que tomados aisladamente permiten sostener cualquiera de estas extremadas hipótesis y un sinfín de miradas intermedias.

Se trata de una discusión actual, enmarcada en un proceso continental y mundial cambiante, pero que también se relaciona problemáticamente con nuestra historia y con los viejos debates del campo popular argentino. Ninguna polémica es enteramente nueva y al mismo tiempo se da en un contexto particular frente al que no suelen ser de utilidad la traslación mecánica de argumentos pasados.

Pero en cualquier caso el fantasma del peronismo volvió a sobrevolar en las mentes de los militantes populares, reconciliándose con un amplio segmento de quienes pusieron el cuerpo en las peleas de resistencia al neoliberalismo. Y el kirchnerismo es, esto nadie puede negarlo, esencialmente un producto peronista, aunque de un peronismo distinto, *aggiornado*, propio del siglo XXI, edulcorado con el mestizaje de otras tradiciones políticas y adaptado a las reglas de la democracia liberal inaugurada en 1983.

Este texto está escrito con un enfoque parcial, desde un espacio político que hoy denominamos de izquierda popular. Y a su vez este espacio político, que va dibujando sus contornos y se encuentra en permanente reelaboración, nació al calor de los debates y las reflexiones que el mismo proceso de la Argentina bajo hegemonía del kirchnerismo generó. Esto nos obliga a reconocer nuestra propia transición política que se realizó en dialogo y confrontación tanto con el fenómeno del kirchnerismo como de la realidad latinoamericana de los últimos quince años.

Por esto es que a diferencia de la literatura que suele elaborarse desde las usinas más tradicionales de la militancia, el sentido de este texto no es “demostrar” nuestra razón histórica, invariable y muchos menos infalible. No vamos a enumerar el listado de aciertos por parte de nuestra línea política. No nos interesa pararnos desde el lugar de quien considera que la historia no es más que una sucesión de confirmaciones de sus pronósticos inexorables. Nos interesa en cambio sistematizar un conjunto de reflexiones que fueron madurando sobre el proceso político reciente y que fueron constituyendo nuestro propio espacio político, es decir que nos fueron modificando en nuestras propias

concepciones y análisis. Y que como tales están abiertas y deberán seguir siendo reelaboradas.

Claro que la pregunta no puede reducirse a la definición de qué fue y es el kirchnerismo, sino intentar comprender mejor y sobre todo actuar en el proceso político inaugurado luego de la crisis y levantamiento popular de 2001, que modificó las coordenadas del debate político, económico, social y cultural de nuestro país.

Para analizar la Argentina bajo el proyecto hegemónico del kirchnerismo identificamos distintos momentos. Toda división esquemática es discutible, pero a su vez necesaria para no caer en elaboraciones estáticas o simplificadas, ya que la Argentina de 2003 no es igual a la de 2009, que a su vez no es igual a la de 2014. Elegimos hacerlo en los tres siguientes períodos buscando integrar tanto una periodización del proceso económico del “modelo” como de los parámetros de la discusión y disputa político-social del proceso iniciado el 25 de mayo de 2003. Estas son las etapas de los años del “**consenso neodesarrollista**” (2003-2007); del “**período crispado**” (2008-2012) y del “**pacto de gobernabilidad**” (2013-2015). Lógicamente no son compartimentos estancos sino etapas de un mismo proceso histórico, dado que los rasgos de continuidad a lo largo de todo el período serán evidentes, aunque haremos hincapié en las características distintivas de cada momento siempre intentando comprender su particular impacto en la militancia popular.

En términos generales podemos enmarcar este trabajo descartando dos enfoques muy difundidos en la militancia:

A) Partimos de la convicción que el kirchnerismo impregnó de manera muy intensa a un importante sector

de nuestro pueblo y a una parte significativa de la militancia popular. Desde este lugar descartamos la tesis de la farsa, es decir de la mirada que intenta explicar lo que ocurrió en los últimos doce años en la Argentina en base a la idea de un simple engaño que nuestro pueblo habría sufrido y del que algún día despertará para descubrir la verdad que nosotros ya conocemos por no haber sido “capturados”. Se trata de una mirada absolutamente subestimadora del pueblo argentino, que no es nueva en nuestra historia y de la que se deriva a nuestro entender una orientación sesgadamente iluminista. Los iluminados seríamos los militantes que no caímos en la trampa, ya sea por poseer capacidades extraordinarias de ver con claridad lo que para el pueblo aparece confuso, o por principio ético-moral en donde seríamos los que “no nos vendimos”. Estas lecturas pueden resultar útiles para ciertos ámbitos de debate intelectual, pero resultan absolutamente impotentes para la construcción política.

B) Por otro lado descartamos la mirada fatalista, que explica lo ocurrido en estos años simplemente como lo que pudo ser. La que asocia siempre al consenso mayoritario con la razón, y que por tanto asume como propio el relato político hegemónico aun cuando este se encuentra fuertemente reñido con evidencias de la realidad y hasta con la propia experiencia de quienes lo sostienen. Esta mirada también suele estar acompañada del entendimiento de la historia como acción de los grandes personajes, por lo que considera el inicio del proceso político el 25 de mayo de 2003 y todos los avances populares como fruto de las decisiones de los gobernantes, sin tener en cuenta los grandes movimientos de la lucha de clases que lo



hicieron posible. Esta lectura también es una forma de subestimación del pueblo, pero no ya en su “capacidad de comprensión” como hace la primera visión, sino en su potencialidad como sujeto de transformación. De aquí se deduce una mirada acrítica, una concepción de la política reducida a la acción “desde arriba” y lo que es aún peor, una práctica política regida por el más llano pragmatismo.

En el medio de estas dos actitudes que han impregnado a buena parte de la militancia popular en nuestro país, nos proponemos plantear una interpretación que escape a toda necesidad, tanto negadora como embellecedora de un proceso político que ha implicado avances, retrocesos y numerosas contradicciones para nuestro pueblo.

# BREVE PREHISTORIA

Lamentablemente la crisis del neoliberalismo en la Argentina no se explica a partir del fracaso de su proyecto, sino por su éxito. Las reformas que comenzaron a operarse en la última dictadura militar y se profundizaron durante la década de los noventa implicaron una fortísima derrota del pueblo trabajador que se materializó en pérdidas de conquistas materiales, simbólicas y en la reconfiguración de un modelo de acumulación que favoreció la fragmentación y la exclusión social. Sin embargo en el 2001 todo voló por los aires y no por un brote espontáneo sino por la acumulación sostenida de tensiones económicas, sociales y políticas que cultivaron lo que recordamos como “la crisis de 2001” y un importante ascenso de la lucha de clases en clave de resistencia a las políticas de ajuste y privatización.

Tristemente para nuestro pueblo, para cuando la hegemonía neoliberal entró en crisis profunda sus planes ya habían sido cumplidos con éxito en lo esencial. Sin la heroica resistencia de la clase trabajadora ocupada y

desocupada, del movimiento estudiantil, de las organizaciones de mujeres y de las familias campesinas, la ofensiva neoliberal hubiera sido aun peor y por ello debemos enarbolar siempre y rendir homenaje a sus protagonistas. Pero aunque la resistencia se materializó en logros concretos o impidió que lo privaticen todo, el resultado estuvo muy lejos de un empate. No podemos dejar de asumir que fue un período en donde ganaron, y por goleada, los sectores dominantes.

El contenido específico de las transformaciones neoliberales es relativamente conocido. La dictadura militar nos legó, entre otras cosas, la desregulación del sistema financiero, de las inversiones extranjeras, la apertura económica y la estatización de la deuda privada de los grandes capitales nacionales e internacionales. Todo esto fue legitimado durante los gobiernos constitucionales siguientes y durante la década de los noventa se le agregó una reconversión productiva tanto en la industria como en el agro con fines a una determinada inserción internacional de nuestra economía en el mundo. Las privatizaciones, las políticas de austeridad monetaria y reducción de gasto público y la propia reforma del Estado completaron el ciclo que da el marco no sólo a la crisis de 2001, sino a todo el proceso posterior e incluso hasta la actualidad. Como veremos más adelante, aunque el 2001 haya significado una profunda crisis del neoliberalismo como proyecto hegemónico en la Argentina, esto no significa que sus conquistas hayan sido revertidas.

La profundidad de la crisis de 2001 debe ser enfatizada. Se trató de una recesión económica de casi cuatro años consecutivos y con un modelo de “convertibilidad”

agotado por una crisis de deuda externa, que terminó con la declaración de cesación de pagos (*default*) y con una brutal devaluación, ambas medidas tomadas casi en simultáneo. Se trató a su vez de una fuerte crisis social con una Argentina con más de la mitad de su población bajo la línea de pobreza y con una tasa de desocupación superior al 20%, que explica el surgimiento de fuertes movimientos de resistencia durante la segunda mitad de la década de los noventa y el protagonismo particular de estos movimientos durante la rebelión de 2001. Y se trató sin dudas también de una crisis política, ya que el cuadro económico y social generó un enérgico cuestionamiento al régimen político en su conjunto y en particular a los dos partidos mayoritarios (PJ y UCR) que se venían alternando en el poder desde 1983. Esta crisis se concentraba en los políticos tradicionales tanto en el gobierno de turno como en el Congreso, pero también alcanzaba al Poder Judicial y en particular a la Corte Suprema de Justicia, a los medios de comunicación y otros instrumentos de poder a los que se identificaba con el modelo hegemónico de entonces.

La rebelión popular que tuvo como momento cumbre aquellas jornadas del 19 y 20 de diciembre, se inscribe en este cuadro general y sin partir de este escenario resulta sumamente difícil comprender todo lo ocurrido con posterioridad. El interregno de Duhalde implicó una corta transición en donde se instrumentó de manera brutal el ajuste que sentó las bases de la recuperación económica, política y social que le siguió. El nuevo modelo surgido de la salida de la convertibilidad con la devaluación es hijo de estas circunstancias en donde un sector de las clases dominantes

se impuso sobre otro. Recordemos que en ese entonces la salida de la crisis por vía devaluatoria se contraponía a la propuesta de dolarización de la economía que suponía una suerte de continuidad o etapa superior de la convertibilidad menemista.

El AJUSTE llevado adelante por Duhalde fue uno de esos con mayúsculas, de los más brutales que se tenga memoria. Enfatizar este aspecto es relevante para comprender la espectacular recuperación económica posterior, que de otro modo hubiera sido imposible. La mega-devaluación implicó una enorme transferencia de ingresos, una fortísima caída del salario y los ingresos, medidas que fueron acompañadas por la pesificación asimétrica y otras políticas para favorecer a los grupos económicos.

Como política “compensatoria” el gobierno de Duhalde creó el plan jefes y jefas, financiado con el restablecimiento de las retenciones a las exportaciones agrarias que eran favorecidas con el nuevo tipo de cambio. Pero claramente esto era insuficiente. Imponer esta orientación de salida de la crisis debía ir de la mano del control social y de las protestas que venían en ascenso. La política represiva, que entre otras cosas se llevó la vida de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki el 26 de junio de 2002 en Avellaneda, fue la contraparte del programa de los sectores dominantes para reanudar el ciclo de negocios en la Argentina.

La Argentina bajo hegemonía del kirchnerismo surge como continuidad de esta realidad, de una particular forma de salir de la crisis de 2001. Los componentes del ciclo económico, de la dinámica política y del conflicto social explican las características esenciales del proceso político

que se inició en 2003. Pero claramente se trató de un proyecto con características novedosas, en donde la iniciativa política asumida desde el gobierno jugó un papel central para modificar las coordenadas del debate político y de la lucha social que en sus rasgos más disruptivos intentaremos analizar a continuación.

# **ETAPA 1: EL CONSENSO NEODESARROLLISTA**

La crisis del proyecto neoliberal motivada tanto por el descalabro económico como por la fuerte conflictividad social se combinó a su vez con importantes cambios en el sistema mundial. El peso de la hegemonía norteamericana comenzó a declinar y muchos analistas discuten en la actualidad si se trata de un verdadero cambio en las relaciones de poder internacional que nos conduciría a un mundo multipolar o si en realidad aún persiste una asimetría cualitativa favorable al imperialismo yanqui. Por otro lado la incorporación de China al comercio internacional, la industrialización del sudeste asiático, los importantes saltos tecnológicos de las últimas décadas fueron configurando un mundo diferente al de hace unas décadas atrás.

En América Latina este contexto favoreció el florecimiento de ideas sobre el desarrollo diferentes a las

predominantes durante los años de hegemonía neoliberal. En particular una suerte de nueva versión de las viejas teorías desarrollistas<sup>1</sup> que cuestionaban la promesa noventista de alcanzar la bonanza siguiendo de manera acrítica las recetas de desregulación mercantil, apertura indiscriminada de la economía y un perfil productivo asociado a las “ventajas comparativas” de los países, tal como promovían los organismos multilaterales. Los debates sobre el rol del Estado en la economía y la necesidad del impulso industrial comenzaron a jugar un papel central.

El nuevo desarrollismo promueve mayor intervención y regulación estatal, medidas de protección industrial a través del tipo de cambio competitivo<sup>2</sup> y la utili-

- 
- 1 El desarrollismo fue una teoría del desarrollo elaborada durante las décadas del cincuenta y sesenta que buscaba responder a la pregunta de cómo alcanzar el desarrollo capitalista en países periféricos y dependientes como los latinoamericanos. Por sus críticas al liberalismo económico a veces suele asociarse necesariamente estas ideas con posiciones populares o progresistas, pero en nuestro país a pesar de existir puntos en común, en general las ideas desarrollistas fueron muy críticas del peronismo y estuvieron más asociadas con proyectos conservadores. Este contrapunto entre peronismo (populismo) y desarrollismo re-apareció en las discusiones recientes cuando el “consenso neodesarrollista” se rompió en 2008.
  - 2 El tipo de cambio es la relación de cambio entre el peso y otras monedas, aunque cuando se habla de tipo de cambio suele limitarse al precio del dólar. Que sea “competitivo” refiere a que esa relación de precios permita competir a la industria nacional con la de los países centrales (mucho más productiva). Por ejemplo, si un producto argentino cuesta 5 pesos e importarlo sale 1 dólar, entonces un tipo de cambio superior a “5 a 1” se puede decir que protege la industria nacional, mientras que un tipo de cambio inferior a “5 a 1” favorece la sustitución por productos importados, tal como ocurrió durante los noventa.



zación de la política fiscal o monetaria para intervenir en el ciclo de crecimiento. Pero a diferencia de las viejas ideas de mediados del siglo XX, este nuevo desarrollismo adaptado al nuevo contexto de globalización neoliberal, no proclamaba un proteccionismo cerrado ni un enfrentamiento directo con los sectores vinculados a la actividad primaria.

En la Argentina de los finales de la convertibilidad y de crisis de hegemonía del proyecto neoliberal, el interregno de Duhalde logró aglutinar a los sectores empresariales que promovían la salida “devaluacionista”, quienes estaban dispuestos a llevar adelante este giro en el modelo de desarrollo. La llegada al gobierno de Néstor Kirchner contenía por tanto las expectativas de garantizar el desenvolvimiento de este nuevo proyecto, pero con una estabilidad política y social que el duhaldismo no había sido capaz de lograr. La existencia de un fuerte consenso en relación con este nuevo modelo inspirado en ideas neodesarrollistas se observa en la casi absoluta continuidad del gabinete entre un gobierno y otro y en el apoyo explícito que las principales cámaras empresariales vinculadas a la industria dieron al nuevo gobierno.

Sin duda uno de los grandes éxitos del kirchnerismo fue sostener ese consenso trascendiendo el mero apoyo del establishment e incorporando a una parte importante del movimiento popular y de sectores de militancia progresista que se fueron sumando paulatinamente al proyecto de gobierno. La construcción de este “**consenso neodesarrollista**” por arriba y por abajo, marca las características principales de este primer período de la Argentina bajo la hegemonía del kirchnerismo.

## El kirchnerismo y su “misión histórica”

Si se puede hablar de una “misión histórica” de un gobierno, para definirla debemos partir del marco en el que surge. ¿Era el principal desafío poner en marcha un nuevo modelo económico como se sugiere en algunos análisis difundidos? Esta idea debería ser relativizada ya que la salida de la convertibilidad a partir del ajuste devaluatorio llevado adelante por Duhalde y el *default* declarado por Rodríguez Saá ya habían generado las condiciones para la recuperación de la tasa de ganancia y salida de la crisis. El kirchnerismo heredó un nuevo modo de acumulación, diferente a la convertibilidad de los noventa, que comenzó a vigorizarse a mediados de 2002 con un tipo de cambio alto, salarios sumamente deprimidos, una importante capacidad ociosa disponible para volcar a la producción y una reconversión productiva preparada para aprovechar el nuevo escenario internacional.

Al momento de la asunción de Kirchner la crisis social no había sido superada, con una desocupación del 20% y más del 40% de nuestro pueblo por debajo de la línea de pobreza. Pero en el primer trimestre del año la economía ya había registrado un crecimiento interanual del 5,4%, lo que demuestra que las bases para la recuperación ya estaban establecidas en forma previa al inicio del nuevo gobierno. Sostener este nuevo esquema sin duda fue uno de los desafíos de la gestión del kirchnerismo, pero el trabajo sucio ya había sido hecho y con la reactivación en curso el orden macroeconómico no parecía ser lo más preocupante.

Sin embargo la situación política y social no era para nada tranquilizadora. El 2001 no fue sólo una consecuencia de la crisis económica, ni una simple bronca popular por el corralito y la corrupción. La rebelión popular empalmaba con un proceso de deslegitimación del sistema político y sobre todo de la partidocracia que gobernó la Argentina desde 1983 (UCR-PJ), lo que en ese momento se denominaba una “crisis de representación”<sup>3</sup>.

La rebelión popular no logró transformarse en una opción de poder y por ende el vacío político generado fue llenado con opciones de la política tradicional. El experimento duhaldista cumplió su misión económica y social-represiva pero no era capaz de resolver la crisis política y fue en este punto en donde radicaba el principal desafío del nuevo gobierno.

Al llegar a la presidencia el 25 de mayo de 2003, Néstor Kirchner tuvo dos grandes aciertos políticos que le

---

3 Algunos señalan que no debe obviarse el hecho de que no todos los elementos de la crisis de representación tuvieron necesariamente un carácter progresivo. Esto es cierto, ya que parte de los cuestionamientos al sistema tenían un componente de “anti-política” que en su momento fue reivindicado como positivo en sí mismo por una parte del movimiento popular y que probablemente explique algunas de las dificultades que tuvimos como pueblo para construir un proyecto propio luego de la crisis de 2001. Pero al mismo tiempo es cierto que sin ese elemento de cuestionamiento al sistema político en su conjunto (aun con los riesgos que implica) es muy difícil pensar en la posibilidad de cambios profundos en una sociedad. Esas son las dos caras del “que se vayan todos”. Sin negar sus limitaciones, pensamos que se trató de un cuestionamiento positivo del conjunto de la población a un régimen político totalmente desprestigiado y subordinado a los dictados de la clase dominante. El proceso posterior no puede comprenderse sin ponderar correctamente ese momento de ruptura.

dieron autoridad propia y le permitieron sacarse rápidamente el mote de “chirilota de Duhalde” que se había instalado luego de su triunfo con el escaso 22% de los votos. El primero lo expresó en su discurso de asunción, cuando presentó su proyecto en contraposición a la década de los noventa, a pesar de haber formado parte de la misma. Kirchner formuló de manera explícita que su proyecto era la (re)construcción de un “capitalismo nacional” que, a diferencia de la etapa liberal, permitiera generar trabajo e inclusión social, apuntalar una burguesía nacional y formular políticas con mayor grado de autonomía en relación a los poderes hegemónicos internacionales.

El kirchnerismo desde el primer momento buscó un puente de diálogo con el proyecto histórico del peronismo y utilizó fuertemente el imaginario popular vinculado a esa época. Conceptos vapuleados por años como el de la independencia económica y la justicia social, tan caros a la memoria popular, serían progresivamente rescatados en la construcción de una nueva legitimidad. En su discurso Kirchner demostraba su plena conciencia en relación a la profundidad de la crisis de 2001, la ruptura que había significado en el plano político y social con el paradigma de los noventa y también las posibilidades que tenía el ciclo de acumulación capitalista abierto con la salida de la convertibilidad<sup>4</sup>.

---

4 Este último aspecto no es menor, ya que muchos economistas en ese momento hablaban de “rebote” en referencia a que la economía argentina no tenía chance de despegar luego de la crisis. Hoy claramente podemos ver que no se trató de un rebote sino de un ciclo de crecimiento sostenido por factores locales y por cambios en el contexto internacional.

El otro cambio relevante se relacionó con la política hacia el movimiento popular. A diferencia de los gobiernos anteriores, el kirchnerismo tuvo desde sus inicios una clara intención de disputar las organizaciones del campo popular e integrarlas a su proyecto<sup>5</sup>. Un dispositivo desplegado para lograr este objetivo fue la política de contención de la protesta social, que combinó el fortalecimiento de políticas asistenciales con un abandono del uso de la fuerza represiva como principal respuesta del Estado frente a los reclamos<sup>6</sup>. Otro aspecto relevante de esta novedad que expresaba el kirchnerismo en relación a los gobiernos anteriores se tradujo en la política de derechos humanos, que incorporó como política de Estado una agenda construida durante décadas de movilización y reclamo de las organizaciones populares. Alcanzó planos simbólicos muy relevantes como el retiro del cuadro de Videla, la recuperación de la ESMA y el discurso de reivindicación de la lucha de organismos como Madres, Abuelas o HIJOS. Pero claramente el hecho que marcó una bisagra histórica fue la decisión de apoyar el proyecto de anulación de las leyes

---

5 Preferimos hablar de “disputa” y no de “cooptación” ya que si bien esta última existe, no creemos que el ingreso de sectores del campo popular al kirchnerismo se pueda reducir exclusivamente a un tema de acceso a recursos, negando las convicciones políticas e ideológicas de quienes lo hicieron.

6 No queremos con esto decir que no hubo represión en estos años. Pero indudablemente la política durante el gobierno de Kirchner fue marcadamente diferente a la ensayada por Duhalde y sus antecesores.

de impunidad que permitió reanudar los juicios contra los genocidas<sup>7</sup>.

El proyecto de “capitalismo nacional” y la nueva política hacia el movimiento popular se combinaron también con un importante cambio en el escenario regional. Ya en 1998 Hugo Chávez había ganado las elecciones en Venezuela representando la primera ruptura con la hegemonía neoliberal de los noventa y en 2002 Luis Ignacio “Lula” Da Silva, a la cabeza del Partido de los Trabajadores (PT), ganaría las elecciones en Brasil. En 2005 se sumarían los triunfos del Frente Amplio Uruguayo, al año siguiente el del MAS boliviano con Evo Morales y finalmente en 2007 el de Rafael Correa en Ecuador.

El kirchnerismo se consustanció con el recambio de gobiernos en buena parte de América Latina y más allá de las diferencias de cada proceso, se fortaleció la perspectiva de “unidad latinoamericana” que tuvo su clímax en el rechazo al proyecto del ALCA impulsado por Estados Unidos en el año 2005 en la IV Cumbre de las Américas en Mar Del Plata. Es un elemento destacable que el kirchnerismo haya logrado esta identificación con otros procesos latinoamericanos cuando a diferencia de Venezuela, Bra-

---

7 El proyecto de anulación de las leyes de obediencia debida y punto final no fue presentado por el kirchnerismo sino por la diputada de Izquierda Unida Patricia Walsh. Pero la decisión del gobierno de votarlo permitió que se alcance la mayoría necesaria para aprobarlo. El proyecto contó también con el apoyo encendido de agrupamientos en ese momento “progresistas”, como el ARI de Elisa Carrió. Fue rechazado en cambio por algunos legisladores de derecha, algunos alineados con el menemismo, la mayoría de la bancada de la UCR y finalmente, y de manera sorprendente, por el diputado de izquierda Luis Zamora.

sil, Uruguay y posteriormente Bolivia y Ecuador, en donde llegaron al gobierno fuerzas políticas que nunca habían gobernado y con estructuras e historias diferentes a los partidos tradicionales, en el caso argentino se trataba de una variante dentro de la misma estructura que gestionó el gobierno durante los noventa.

¿Implicaron todos estos cambios una ruptura con los sectores dominantes que impulsaban el **consenso neodesarrollista**? Ya hemos referido a que el proyecto de “capitalismo nacional”, como continuidad del nuevo modo de acumulación iniciado en 2002 con la salida de la convertibilidad era apoyado en pleno por el poder económico local. La política hacia el movimiento popular podía ser entendida como una concesión necesaria para garantizar la estabilidad política y social, el cambio en la política regional era un dato de la realidad que se había instalado en todo el continente y medidas como el apoyo a los organismos de derechos humanos seguramente eran un una molestia para los sectores dominantes, pero que podía ser tolerada siempre y cuando sus intereses superiores fueran satisfechos.

Kirchner podía hacer gestos importantes hacia todos lados pero no tomó medidas que afecten directamente la rentabilidad del poder económico dominante ni tampoco impulsó un cambio en el régimen político<sup>8</sup>. El

---

8 Hubieron otras medidas de fuerte impacto político, como por ejemplo el recambio en la Corte Suprema de Justicia (cuya cúpula vieja era uno de los emblemas de corrupción del menemismo) pero al igual que las mencionadas no representaban cambios de fondo, por ejemplo de reforma del sistema judicial que lo haga más democrático o habilite mecanismos de control popular.

kirchnerismo practicaba al máximo el equilibrismo político-social, una vocación que se constata a lo largo de todo el proceso iniciado en 2003. Al mismo tiempo que con gran audacia tendía la mano hacia el movimiento popular, se limitaba a administrar el nuevo modelo económico y a recanalizar la política y el conflicto social en los marcos institucionales vigentes, apoyándose en las estructuras tradicionales de la política (PJ), del empresariado (UIA), del sindicalismo (CGT) y del poder mediático (Clarín).

Los sectores dominantes hicieron uso pleno de los provechos de esta alianza mutuamente beneficiosa. En el plano económico el “**consenso neodesarrollista**” logró mantener un crecimiento sostenido en niveles extraordinarios de rentabilidad para los capitales nacionales y transnacionales con un protagonismo relativo del sector industrial que generó importantes fuentes de trabajo. Los empresarios del agro y de la exportación de bienes primarios y derivados fueron bendecidos a su vez con un contexto internacional sumamente favorable gracias al boom de las *commodities* que les permitió explotar al máximo la reconversión productiva operada en el agro durante la década de los noventa. Incluso con las retenciones, la ganancia era extraordinaria. La idea de reintentar un “capitalismo nacional” no era un problema para el empresariado. Al contrario, el proyecto inspirado en las ideas neodesarrollistas apareció para el poder económico como el paso lógico siguiente luego de la debacle a la que había conducido la exagerada prolongación de la convertibilidad.



En última instancia, el “**consenso neodesarrollista**” reconstruyó también la recurrente ilusión de la conciliación de clases, un proyecto que al mismo tiempo sea capaz de beneficiar a los sectores populares y al poder económico, que garantice el “bien común” sobre los intereses de cada sector, en donde el Estado lógicamente aparece durante esta etapa como el gran árbitro.

El kirchnerismo aparecía durante los años del “**consenso neodesarrollista**” mostrando posible aquella impensable conciliación de intereses y por tanto como la mejor opción tanto para los de arriba como para los de abajo. Para el empresariado era el gobierno que restituía legitimidad al Estado y al sistema político y permitía la acumulación de ganancias extraordinarias a partir de la superexplotación de la fuerza de trabajo, así como el aprovechamiento de la nueva coyuntura internacional. Para la clase trabajadora, era el gobierno que instauró un modelo que generó empleo y mejoró los ingresos y las condiciones de vida de la mayoría luego de la peor crisis de la historia reciente. Algunos creyeron ver en esto la posibilidad de un camino virtuoso sostenible en el tiempo y que deje detrás y para siempre las malas políticas de los noventa.

Por supuesto que la clase dominante de nuestro país no simpatizaba con el abrazo a las Madres de Plaza de Mayo, con algunos aspectos de las políticas sociales o con cierta “retórica antiimperialista”, pero en última instancia todos esos tragos amargos no romperían el romance siempre y cuando los objetivos mayores fueran alcanzados. Y sin duda fueron alcanzados.

## La nueva macroeconomía Argentina a “tasas chinas”

El nuevo modelo durante el “**consenso neodesarrollista**” generó un ciclo de crecimiento económico de niveles impensados. Si bien se trató de un período de crecimiento de toda la región, la Argentina logró hacerlo a niveles superiores a la media. Entre 2003 y 2007 el PBI argentino creció a un promedio de casi el 9% anual. Las causas de este fenómeno son materia de debate. La mayor parte de las lecturas de la ortodoxia económica y del establishment abonan la idea de que el alto crecimiento se explica fundamentalmente por el contexto internacional favorable, lo que se conoció como la “teoría del viento de cola”. Mientras que las lecturas de los partidarios del modelo explican el alto crecimiento por el virtuosismo de las políticas económicas expansivas del gobierno, lo que se cristalizó en la consigna de “políticas de crecimiento con inclusión social”.

Pero ambas lecturas, que intentan explicar el fenómeno a partir de una sola variable, demuestran su unilateralidad cuando al justificar los problemas económicos del período siguiente arrastran en espejo el énfasis de cada mirada. Para los defensores de la teoría del “viento de cola” todos los problemas posteriores se deben a errores de la política local, mientras que para los cultores de la teoría de las “políticas de crecimiento con inclusión” todas las dificultades siguientes se explicarán por el impacto de la crisis internacional.

En realidad el espectacular crecimiento económico durante el “**consenso neodesarrollista**” se debe a

una combinación de factores en los que confluyen tanto los cambios en el escenario internacional como la aplicación de políticas pro-cíclicas del gobierno. En el plano de la economía mundial asistimos a un proceso de crecimiento de la demanda global de productos primarios y sus derivados y por ende también del alza de sus precios, motivado fundamentalmente por los procesos de industrialización acelerada en el sudeste asiático, la incorporación de la economía China al comercio internacional y la aparición de mercados nuevos como los de biocombustibles. Para países como la Argentina, este proceso (vigente en la actualidad) impacta con una reversión de la tendencia a la baja de los términos del intercambio<sup>9</sup> que motoriza el ingreso de dólares vía exportaciones en importantes magnitudes. Este cambio global impregnó todo nuestro continente y se convirtió en un fuerte motor de crecimiento en lo que algunos autores denominaron la “ofensiva extractivista”. En el caso argentino el impacto de este crecimiento mundial se observa por ejemplo en la expansión de la frontera agropecuaria y en particular de la soja<sup>10</sup> y también en la multiplicación de la actividad minera<sup>11</sup>.

---

9 Se llama “términos del intercambio” a la relación entre los precios de los bienes de exportación y de importación. En todos estos años los precios de los bienes que exportamos crecieron mucho más que los productos que importamos, revirtiendo la tendencia inversa que había primado durante el siglo XX.

10 La producción y superficie sembrada de soja aumentó en los primeros diez años un 152% y un 122% respectivamente.

11 Este fenómeno desató un debate sobre el carácter “extractivista” del crecimiento que es motivo de muchas elaboraciones al interior de la teoría económica y social crítica donde se discute ese concepto.. En cualquier caso lo que está claro es que lo que suele denominarse “extractivismo” no es una simple rémora de los noventa y por ende parte de

Los sectores exportadores del agro aprovecharon el contexto internacional favorable para aumentar su producción, no sólo de bienes primarios sino también de sus derivados manufacturados<sup>12</sup>. A su vez los bajos salarios permitieron que ciertas industrias que no cuentan con la competitividad “natural” del agro, también se inserten en el circuito exportador.

El fenómeno que acabamos de resumir se relaciona con transformaciones globales en las cuales la Argentina tiene una incidencia prácticamente nula. Pero si queremos comprender el espectacular crecimiento del primer período del nuevo modelo no podemos quedarnos allí, ya que la salida de la convertibilidad en 2002 implicó un cambio en la dinámica de acumulación del capital. Luego del ajuste realizado con la devaluación que implicó una enorme transferencia de ingresos, se sentaron las bases para un alto crecimiento en base a capacidad ociosa, salarios muy bajos y superávit tanto en el balance comercial como en las cuentas fiscales. Sin considerar estas particulares condiciones internas de la economía argentina luego de la crisis de 1998-2002 resultaría difícil explicar las tan citadas “tasas chinas” de crecimiento.

Efectivamente las políticas económicas llevadas a cabo por el gobierno favorecieron la expansión productiva. El pilar fundamental era el tipo de cambio “competitivo”

---

“Lo que falta” revertir, ya que su explosión productiva se realizó durante esta década. Si bien sin las bases sentadas durante la convertibilidad ese salto productivo actual no hubiera sido posible, se trata de un pilar del actual modo de acumulación.

12 Entre 2003 y 2007 aumentó un 70% la capacidad instalada de la industria aceitera, por ejemplo.

que estableció una protección a la industria local destinada al mercado interno y constituía el gran contraste con la macroeconomía de la década de los noventa. Al contar con una gran capacidad ociosa luego de la crisis, este sector no exportador pudo reactivar su producción sin necesidad de hacer grandes inversiones de capital.

Sostener ese tipo de cambio alto era la prioridad de la política económica, con intervenciones del Banco Central para absorber el exceso de dólares que empujaba a la apreciación cambiaria, lo que a su vez favorecía la acumulación de reservas internacionales. Y se complementaba con las políticas de aliento al consumo y de inversión pública financiadas con la captación de una porción de la renta agraria vía retenciones.

Los resultados de esta situación combinada de contexto internacional y políticas activas generaron la recuperación en tan sólo un mandato de gobierno de más de 4 millones de puestos de trabajo y una recomposición importante en los ingresos de los trabajadores y trabajadoras. Aunque el modelo seguía siendo fundamentalmente dependiente de los ingresos del comercio exterior, las políticas domésticas le otorgaron un rol más relevante al mercado interno y el consumo se había transformado en un motor del crecimiento, por lo que durante esos años los aumentos salariales y de gasto público funcionaban pro-cíclicamente “beneficiando” al capital y al trabajo.

En resumen el nuevo modelo económico en su período de “**consenso neodesarrollista**” convalidaba la estrategia del kirchnerismo de apostar por un “capitalismo nacional”. El cambio en las correlaciones de fuerza

entre las clases y las modificaciones del modo de acumulación, implicaron un cambio en el rol del Estado, tendiente a una mayor intervención sobre las variables económicas. Pero en este período en ningún caso esta actitud regulacionista era percibida como una amenaza a los intereses del capital concentrado, situación que cambiaría en el período siguiente al romperse el consenso de esta primera etapa.

## **La reestructuración y legitimación de la deuda externa**

Suele olvidarse que la abundancia de divisas y de recursos en el Estado contó con la inestimable ayuda del “default” con los acreedores privados de la deuda pública decretado en el interregno semanal que duró el gobierno de Adolfo Rodríguez Saá. Normalizar el capitalismo argentino suponía también resolver esos compromisos externos por los que la Argentina enfrentaba diversos juicios.

La reestructuración de la deuda externa que comenzó en el año 2005 ha sido uno de los grandes temas de debate en todos estos años. ¿Fue realmente una quita ejemplar? ¿Se negoció desde una posición de soberanía? Y además ¿qué rol jugaba la deuda externa en el nuevo modo de acumulación?

Aunque no lo vamos a desarrollar aquí, es conveniente recordar que la historia moderna de la deuda externa argentina se remonta a la última dictadura militar que en sólo siete años pasó de menos de 8 mil millones de dólares de endeudamiento a más de 45 mil millones

verdes. Aproximadamente la mitad de ese monto final corresponde a deudas privadas de empresas nacionales y multinacionales como Celulosa Argentina, Citibank, Loma Negra, Acindar, Pérez Companc, Sevel, Bidas, entre otras, que generosamente la dictadura traspasó a los pasivos del Estado.

Durante la década de los ochenta el peso de la deuda en todos los países latinoamericanos era un verdadero obstáculo al crecimiento por el peso de los vencimientos de intereses, pero nunca existió voluntad política de rechazar ese endeudamiento contraído de manera ilegítima por las dictaduras. En 1992 la Argentina ingresó al Plan Brady, diseñado por el secretario del Tesoro de los Estados Unidos para legitimar las deudas externas contraídas en dictadura y canjeó los viejos títulos por bonos tutelados por el FMI, que generosamente se ofrecía a refinanciar a bajas tasas y largo plazo las deudas latinoamericanas. Claro que a cambio de ese favor el organismo multilateral pedía algunas cosas: reducción del gasto público, privatización de las empresas estatales, reformas impositivas y provisionales regresivas, liberalización de mercados y achicamiento del empleo público, sólo para comenzar a hablar. La promesa era a cambio el acceso a los mercados financieros internacionales.

Durante la década de los noventa el carácter ficticio y por ende deficitario de la convertibilidad<sup>13</sup> implicaba una escasez crónica de divisas que en un comienzo se cubrió con privatizaciones y otras inversiones extranjeras directas. Pero cuando estos recursos se acabaron, la Argentina

---

13 Se estableció por ley que 1 peso valía 1 dólar.

no tenía otro camino que endeudarse de manera sistemática para sostener la forzada sobrevaluación del peso. Así la deuda pasó de aproximadamente U\$S 60 mil millones en el comienzo de la década a U\$S 145 millones en el año 2001. De manera desesperada el gobierno de De la Rúa intentó evitar la crisis de deuda con maniobras como el Blindaje y el Megacanje que fracasaron hasta que finalmente en diciembre se declaró la cesación de pagos con todos los acreedores privados.

En forma paralela a este proceso, los movimientos de resistencia al neoliberalismo comenzaron a asumir cada vez más la consigna por el no pago de la deuda, ya que era evidente que se trataba de la principal condicionante de ajuste y de dominación imperialista que pesaba sobre nuestra economía. Esa consigna se convirtió por ejemplo en la cabecera de las marchas anuales de la resistencia que encabezaban las Madres de Plaza de Mayo cada diciembre.

El carácter ilegítimo de la deuda también fue llevado a los tribunales con la famosa “Causa Olmos” iniciada por Alejandro Olmos, el principal investigador de la deuda externa en nuestro país. En el 2000 un juez de la Nación dictaminó el carácter ilegítimo e ilegal del proceso de endeudamiento argentino y derivó la causa al Congreso de la Nación solicitando que se inicie una investigación para decidir qué hacer al respecto. El Congreso nunca se hizo cargo del asunto, pero el fallo Ballesteros, aunque limitado,



resultó una herramienta legal muy útil para la pelea política contra el pago de la deuda<sup>14</sup>.

Así llegamos al año 2005 cuando luego de ahorrar suficientes reservas, con el nuevo modo de acumulación en marcha, se implementó la famosa reestructuración de la deuda que dio lugar a la estrategia oficial de “desendeudamiento”. El gobierno desechó la opción de ir por la vía de la investigación de la deuda, a pesar de contar no sólo con un fuerte movimiento popular que venía reclamándola sino también con un fallo judicial que otorgaba los elementos jurídicos para dar esa pelea sin violentar ninguna ley ni tratado internacional. Por supuesto que avanzar en ese camino tendría un costo y era romper con el sistema financiero internacional y generarse unos cuantos enemigos en el mercado local.

La estrategia de desendeudamiento consistió fundamentalmente en un plan de pago, para lo cual era necesario llegar a un acuerdo con los acreedores. El plan fue diseñado por el entonces ministro de Economía Roberto Lavagna, del que nadie podría sospechar intenciones anti mercado. Por ello las mismas estuvieron orientadas a bajar el peso de los vencimientos para los años siguientes, refinanciando la deuda para ir pagando en la medida en que el crecimiento económico del país lo permita.

---

14 El fallo también sirve contra un argumento muy difundido sobre la imposibilidad de repudiar parte de la deuda contraída de manera ilegal debido a la legitimación que hicieron los sucesivos gobiernos constitucionales. Pero al expedirse en el año 2000 sobre la causa Olmos el canje legitimador del plan Brady ya había sido realizado y eso no fue un impedimento para declarar su nulidad jurídica.

Esta negociación derivó en un canje de los títulos en default con una quita<sup>15</sup> mediante el cual Argentina comenzó a normalizar su relación con el mercado mundial. En ese momento el 76% de los bonistas aceptó la propuesta y luego en el 2010 otro 16% se incorporaría conformando el famoso 92,4% de deuda reestructurada. El 7,6% restante, conocidos como “*holdouts*”, en gran mayoría remató sus bonos, que fueron comprados por fondos especulativos, algunos de los cuales comenzaron una batalla por vía judicial contra nuestro país para cobrar el 100% de la deuda más los intereses punitivos correspondientes. También en ese marco se realizó la famosa cancelación al FMI en un pago de U\$S 9.810 millones terminando con la deuda con ese organismo.

Aunque volveremos sobre esto en el final, podemos adelantar que la estrategia de desendeudamiento fue exitosa en cuanto a bajar el peso de la deuda externa sobre nuestra economía. Pero no sólo por la negociación sino principalmente por el desembolso sistemático de divisas que durante todos estos años remitimos a los acreedores internacionales. Pagando dólar sobre dólar la economía argentina se fue “desendeudando” en un contexto de

---

15 Se ha hablado mucho sobre el alcance de la quita negociada en el 2005. En su momento el gobierno la presentó como una quita del 65%, pero en realidad se trató de una proporción bastante menor. De los U\$S 103 mil millones que estaban en default se logró un canje por bonos de valor nominal de U\$S 35.000 millones. Pero en realidad de esos 103, sólo 82 representaban el capital adeudado, lo que reduce la quita al 56%. Pero a su vez esa quita no fue una rebaja sino más bien un financiamiento, ya que se compensó con mecanismos como los bonos atados al CER y el famoso cupón PBI. Si se hace el total de la cuenta la quita existió pero en porcentajes muy inferiores a lo que se suele plantear.

abundancia de divisas. Pero en ningún sentido la Argentina cuestionó la legitimidad de la deuda, ni tampoco modificó la cesión de soberanía que significa, hasta la actualidad, la emisión de bonos de deuda bajo jurisdicción de las grandes capitales financieras como Nueva York, Londres, París o Tokio.

Por eso para comprender por qué hemos pasado de ser “endeudadores seriales” a “pagadores seriales” no se puede simplificar el asunto en la reestructuración. En realidad debe enfocarse en el rol que el endeudamiento externo jugó en la década de los noventa contrastado con el que desempeña en el nuevo modo de acumulación desde la salida de la convertibilidad. Durante aquella década la sobrevaluación de la moneda generaba un déficit comercial crónico por la inundación de importaciones que reemplazaban la producción local y sólo era posible mantener el equilibrio de las cuentas externas tomando cada vez más deuda. En cambio en la década siguiente el superávit comercial conseguido gracias al tipo de cambio alto y el contexto internacional sumamente favorable, redundaron en una abundancia de divisas por lo que la Argentina pasó de pedir prestado a comenzar a devolver con creces.

## **Entre la transversalidad progresista y el equilibrio con el PJ**

El kirchnerismo evidenció de manera casi inmediata su pretensión de construir una nueva hegemonía política. Aunque conservó funcionarios de mucho peso de la gestión duhaldista como Lavagna, Aníbal Fernández, Pampuro, Scioli, Prat-Gay o Tomada, entre otros, demostró no estar

condicionado por quien lo había conducido al poder y sostenía la conducción del derruido Partido Justicialista. Tanto es así que las tensiones entre el kirchnerismo y el duhaldismo no tardaron en expresarse.

El primer round fue el Congreso del PJ realizado en marzo de 2004 en Parque Norte, a menos de un año de la asunción de Kirchner y en donde se enfrentaron algunos gobernadores y dirigentes sindicales leales a Duhalde con los dirigentes del riñón kirchnerista. Sobrevolaban discusiones sobre la necesidad de trascender los marcos del justicialismo y viejos debates ideológicos que parecían superados en el peronismo. El desencadenante más claro de esto último fue el acto de recuperación de la ESMA pocos días antes, en donde Kirchner había pedido perdón en nombre del Estado por la impunidad durante 20 años de democracia y en donde se había mostrado junto a HIJOS y Madres de Plaza de Mayo, lo que para algunos viejos jerarcas era leído como una provocación. La siguiente contienda fueron las elecciones legislativas de 2005 en donde se enfrentaron nada menos que en la provincia de Buenos Aires: el PJ llevó como candidata a senadora a Chiche Duhalde mientras que el Frente para la Victoria (FPV) postuló a Cristina Fernández de Kirchner.

El aplastante triunfo del kirchnerismo propinó un golpe del que el duhaldismo nunca pudo recuperarse. Además de la provincia de Buenos Aires el gobierno logró incorporar al FPV a la mayoría de los gobernadores justicialistas y por ende al grueso de la estructura del PJ, por lo que se estableció como la expresión hegemónica del justicialismo. ¿Pero era el FPV sólo una nueva cara del viejo PJ?

Al mismo tiempo que el kirchnerismo absorbía al justicialismo buscaba integrar a diferentes sectores que no provenían del peronismo o que se habían alejado durante la oscuridad menemista: hombres identificados con el peronismo de izquierda como Miguel Bonasso o Eduardo Luis Duhalde, sectores del sindicalismo díscolo como la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) dirigida por Víctor De Gennaro o seccionales opositoras en la CGT como el caso del Barba Gutiérrez, movimientos piqueteros como el FTV encabezado por Luis Delía, Barrios de Pie-Patria Libre<sup>16</sup> o el incipiente Movimiento Evita, dirigentes políticos que rompían con otras estructuras como era el caso del intendente de Córdoba Luis Juez, Graciela Ocaña, Felisa Miceli, una fracción del Partido Socialista y buena parte de quienes habían dirigido la experiencia del FREPASO (Ibarra, Sabatella, etc).

Así nació la “transversalidad”, un ensayo exitoso del kirchnerismo para reunir a una importante cantidad de organizaciones y referentes que habían sido parte del cuestionamiento al proyecto neoliberal, que estaban fuertemente enemistados con la estructura del PJ pero que ahora bajo la conducción de Néstor Kirchner confluían en el FPV. Este aspecto del kirchnerismo sin dudas fue una de sus principales fortalezas frente a un movimiento popular en reflujo y con fuertes divisiones a su interior. Aunque muchas organizaciones que protagonizaron la resistencia al neoliberalismo y la rebelión de 2001 se mantuvieron al margen y rechazaron el convite,

---

16 Hoy Libres del Sur.

indudablemente el sector que ingresó en el proyecto de gobierno no era menor.

En qué medida primaría la transversalidad por sobre la estructura tradicional del justicialismo era una de las grandes tensiones que recorrerían todo el proceso político del kirchnerismo y que podríamos proyectar hasta la actualidad. La integración de todos esos movimientos y referentes le daban al gobierno aire fresco y espíritu de renovación, mientras que el PJ le garantizaba estabilidad y fuerza institucional.

Al menos en su versión pura o ideal, podríamos decir que la transversalidad fue abandonada casi al mismo tiempo de fundarse, por la necesidad de ganar las elecciones legislativas de 2005 en la que el kirchnerismo se recostó sobre los gobernadores del PJ venciendo en la interna contra Duhalde. Esto implicó algunas definiciones importantes, por ejemplo la negativa en el otorgamiento de la personería a la CTA cerrando filas con la CGT o el aval posterior a Schiaretti en Córdoba (mano derecha de De la Sota) que realizó un escandaloso fraude para no entregarle la gobernación de la provincia al “transversal” Luis Juez.

Pero más allá de los dimes y diretes de la rosca, lo innegable es que el “**consenso neodesarrollista**” también había tenido su correlato en la construcción de una nueva hegemonía política. El kirchnerismo logró algo que antes de 2003 parecía imposible, integrar dentro de un mismo proyecto al PJ tradicional, la CGT y un amplio y heterogéneo abanico de organizaciones populares que protagonizaron la resistencia de los 90.

## **Primeras tensiones del neodesarrollismo, por abajo**

No todo fue color de rosa durante la etapa del “**consenso neodesarrollista**”. El nuevo modelo se erigía como proyecto hegemónico en el empresariado, el sistema político, en el movimiento obrero y hasta en los sectores populares, pero no sin importantes tensiones. Contra lo que indica cierto sentido común que asocia los períodos de crecimiento con la “paz social”, el nivel de conflictividad social fue muy significativo durante esta primera etapa. En parte porque el nivel de movilización alcanzado durante 2001/2002 aun no se había agotado y porque aunque el crecimiento económico absorbía paulatinamente mano de obra y mejoraba la situación de agudo desempleo y precarización de la peor crisis económica y social de este tiempo, lo hacía a baja velocidad y no sin reproducir las desigualdades imperantes.

Pero a los conflictos que aun perduraban vinculados a los movimientos territoriales que reclamaban trabajo genuino y más y mejores planes de asistencia, se le agregaron otros que durante la década de los 90 y la crisis económica habían perdido protagonismo. De la mano de la recuperación del empleo y de los salarios, comenzó a tomar lugar la puja distributiva que se expresa a través de la lucha entre trabajadores y empresarios.

La conducción de la CGT, que durante el menemismo había jugado un rol pasivo y complaciente, fue reunificada y ahora bajo la dirección de Hugo Moyano comenzaba a tener un protagonismo social y político, que pese a su alineamiento con el proyecto oficial tenía fuerza propia para

golpear. A esto se agregaba la persistencia de la CTA en su proyecto de contener la diversidad de la clase de trabajadora argentina, que combinaba la lucha reivindicativa con el reclamo por la libertad y democracia sindical.

Pero quizás resulte más llamativa la aparición de nuevas experiencias de organización en el terreno sindical, que no se encuadraban a priori en ninguna de las conducciones formalmente instituidas.

Un caso emblemático de esto fue el de los trabajadores y trabajadoras del SUBTE, que por su lucha combativa por la mejora de sus ingresos y condiciones de trabajo y además por evidenciar un método democrático de organización sindical, se convirtieron en una de las referencias más importantes de la lucha popular de aquellos años. El logro de la reducción de la jornada laboral a seis horas fue un hito que luego se intentó plantear como plataforma para una salida progresiva para el conjunto de la clase trabajadora. Otras experiencias importantes, aunque tuvieron dificultades para perdurar en el tiempo, fueron las luchas contra las formas más precarias de contratación en donde se destacaban las de los *call centers* u otras, fundamentalmente protagonizadas por jóvenes que accedían a sus primeros trabajos.

Otro espacio de lucha popular relevante durante los años de “**consenso neodesarrollista**” fue el de las empresas recuperadas. Se trata de un conjunto de fábricas o negocios abandonados por sus dueños durante la crisis que fueron tomados y puestos a funcionar por sus trabajadores. Los casos más emblemáticos son la fábrica Zanón en Neuquén, el Hotel Bauen, Brukman o la fábrica IMPA entre otras. La mayoría no pudo sobrevivir, tensionados por la



ausencia de legalidad (solo Zanón consiguió la expropiación definitiva y muchos años después) y porque la propia reactivación económica absorbió a algunas de estas experiencias, que sin apoyo estatal que las potencie como un sector por fuera del mercado formal, tendieron a asimilarse a la lógica mercantil o a disolverse.

Finalmente otro plano destacado durante estos años fue la emergencia de un conjunto de conflictividades vinculadas a las luchas por la tierra y el ambiente debidas a la expansión de la frontera de la soja, del complejo minero y la industria hidrocarburífera. Ejemplo de estas luchas es la emergencia del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) que a lo largo de toda esta década tuvo que pagar muchas veces incluso con la vida el avance de la sojización en los campos con la expulsión de comunidades campesinas y/o originarias. También las movilizaciones contra la expansión de la mega-minería en distintas provincias del país que dieron origen a espacios como la Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC) y la resistencia de varias comunidades del pueblo mapuche, sobre todo en el norte de la Patagonia, ante el avance de proyectos turísticos y las consecuencias ambientales de la explotación de los hidrocarburos. Aunque de naturaleza distinta, por su impacto en la política nacional y regional, también entra en esta categoría la conocida lucha del pueblo de Guleguaychú contra la instalación de las papeleras en Uruguay que ocupó un lugar central en el debate público por varios meses.

Todos estos espacios que constituyeron importantes momentos de conflicto social durante la etapa del “**consenso neodesarrollista**” suelen ser olvidados o ninguneados en las reconstrucciones de quienes pretenden pre-

sentar un “momento de oro” de esta primera parte de la recuperación económica, política y social de la Argentina. Algunos lo hacen para reivindicar una suerte de “primer kirchnerismo” dorado al que deberíamos aspirar a volver. Otros seguramente lo hacen para desplazar el papel que tuvieron las luchas populares en todos estos años para presionar y lograr conquistas importantes tanto materiales como simbólicas. Sin estas importantes peleas mucho de lo obtenido no hubiera sido posible.

Es importante comentar que el kirchnerismo no apostó por fortalecer todas estas experiencias de lucha. En su concepción el “crecimiento con inclusión” que garantizaba el **“consenso neodesarrollista”** iría resolviendo todos los conflictos. A su vez, por su lógica de construcción estrechamente institucionalista y para sostenimiento del equilibrio de poder que había conseguido, el gobierno en la mayoría de los casos ninguneó y en otros buscó debilitar tanto a los movimientos territoriales no oficialistas, como a los ambientales, campesinos o indígenas emergentes, así como también a las experiencias de autogestión u organización sindical por fuera de las estructuras tradicionales.

Hay dos temas más, difíciles de encuadrar al considerar la conflictividad social y la lucha de los movimientos populares durante esta primera etapa.

Una es la importante y lamentable división dentro de los organismos de derechos humanos. Al cumplirse 30 años del inicio de la última dictadura militar se produjo una de las movilizaciones más importantes que se recuerde un 24 de marzo. Sin embargo fue la última movilización unitaria en realizarse por las crecientes di-

ferencias políticas en relación al kirchnerismo y a partir del año siguiente comenzaron a organizarse dos marchas separadas como ocurre hasta la actualidad. El mismo año un hecho trágico convulsionó a la militancia cuando el 18 de septiembre fue secuestrado y desaparecido Jorge Julio López, un testigo clave de la causa contra el genocida Etchecolatz, dejando en evidencia cierta continuidad del aparato represivo que como tal no fue desmantelado pese al avance de los juicios.

Por último queda un hecho sumamente relevante de la conflictividad social de la época pero cuya naturaleza social es distinta a las anteriores y contó con una direccionalidad político-ideológica marcadamente antipopular. Nos referimos a las enormes movilizaciones que durante esos años se realizaron bajo la bandera de la “seguridad” conducidas por la figura del empresario Blumberg, cuyo hijo había sido secuestrado y asesinado. Se trató de un claro emergente de la época y un emblema del programa de mano dura y aumento de las penas como mecanismo para combatir la inseguridad. Aunque iría apareciendo en oleadas esporádicas, evidentemente se trata de un tema que se ha convertido en estructural, sufrido por una parte importante de la población y que domina la agenda pública en ciertos momentos.

## **Primeras tensiones del neodesarrollismo, por arriba**

Aunque como veremos más adelante el “**consenso neodesarrollista**” se rompió en el año 2008 con el conflicto con las entidades agrarias, el proceso de de-

gradación comenzó a expresarse en forma previa. Así como no dejaron de existir fuertes conflictos sociales impulsados por la lucha desde abajo, tampoco las disputas al interior del bloque dominante escaparon a esta primera etapa.

Aunque al repasar la historia pueda parecer un simple hecho periodístico, quizás el emergente más claro de esta tensión haya sido la pelea de Kirchner con su ministro de Economía Roberto Lavagna. Recordemos que se trataba del arquitecto de muchas de las políticas que modelaron la nueva macroeconomía argentina desde la salida de la convertibilidad y expresaba quizás mejor que nadie la ligazón con la transición duhaldista y los grupos económicos que apoyaban el nuevo modelo.

Lavagna había comenzado a insinuar los peligros del proceso inflacionario que se estaba incubando y sugería aplicar políticas de enfriamiento para contrarrestarlo. Era consciente que el poder económico dominante no toleraría mansamente una mejora en los ingresos que cuestionara el nivel de rentabilidad alcanzado luego del ajuste de 2002 y respondería compensando con el aumento de los precios. El posible desencadenamiento de un proceso inflacionario era incompatible con el sostenimiento del “dólar alto”, principal pilar del modelo ideado por el ministro de Economía, y a su vez generaría distorsiones de precios que no colaborarían con el clima de negocios necesario para atraer inversiones. Lavagna también era consciente de que sostener una continua expansión del gasto público, que debería financiarse aumentando impuestos o creando nuevos, co-

menzaría a resultar contradictorio con una orientación pro-mercado.

Esta contraposición entre las propuestas de austeridad centrada en la atracción de capitales, contrapuestas a una pulsión al gasto y la redistribución, iba anticipando lo que a partir del conflicto agrario de 2008 se daría de manera abierta y virulenta. El “**consenso neodesarrollista**” se fue degradando dando lugar a dos opciones en disputa. Siguiendo las críticas veladas de Lavagna en el período siguiente el centro de los ataques de la oposición va a concentrarse en el supuesto sesgo “populista” de la política del gobierno. Por ello las usinas liberales de pensamiento identificarán al populismo latinoamericano como “padre de todos los males” y harán un constante énfasis en la inflación, uno de sus supuestos problemas derivados.

No es casual tampoco que el quiebre del “**consenso neodesarrollista**” se haya expresado en un conflicto vinculado con la disputa por la renta agraria. Las retenciones a las exportaciones agropecuarias originalmente fueron resistidas, aunque aceptadas por las grandes entidades del campo cuando la política fiscal expansiva era vista como necesaria para contener el malestar social. Pero eso cambiaría con una recuperación económica y social ya consolidada y con una tensión entre el curso “populista” que insinuaba el gobierno y el más “conservador” que pedía Lavagna.

Kirchner optó por no escuchar los consejos del entonces ministro, quien lógicamente no transmitía solamente una impresión personal sino los intereses del empresariado que empezaba a preocuparse por el ma-

nejo de las políticas económicas. Pero lo que en ese momento trascendió como un simple ruido político, anticipaba lo que en la etapa siguiente se mostraría como un conflicto abierto.

## Los años del “consenso neodesarrollista” en perspectiva

¿Cómo podríamos resumir el período del “**consenso neodesarrollista**”? Indudablemente un eje central fue lograr cerrar el proceso abierto con la crisis y rebelión popular de 2001, en su dimensión económica, social y política. Al cumplirse el primer mandato de gobierno de Kirchner, una parte no menor del movimiento popular consideraba que a pesar de la reactivación económica y la reconstrucción de la legitimidad política alcanzada por el kirchnerismo, el ciclo de luchas abierto en el 2001 seguía abierto. Se trabajaba aun en una parte importante del campo popular con hipótesis de posibles rebeliones populares que terminen con la estabilidad lograda por el kirchnerismo.

Los argumentos principales eran la permanencia de niveles altos de conflictividad social como las luchas y movilizaciones de distintos sectores mencionados, la constatación de mayores niveles de organización y conciencia en el movimiento popular y el vigente desprestigio de “la clase política y los partidos del sistema”. Pero hoy resulta más claro que la hegemonía del kirchnerismo no era un fenómeno pasajero, sino que efectivamente había logrado cerrar el vacío de poder que el 2001 había generado.

Es un error frecuente en la militancia popular confundir los procesos con sus saldos. Que el resultado de un proceso de movilización popular sea positivo, que exista un acumulado en organización y conciencia, no significa que el proceso siga abierto. De lo contrario sólo deberíamos asumir el final de un ciclo cuando retornamos al estadio original del que se partió, pero eso no ocurre nunca en la lucha de clases.

El ciclo de luchas abierto en el 2001 fue clausurado con la hegemonía del kirchnerismo y la relegitimación del orden dominante. Los saldos efectivamente fueron positivos y se constataban en mayores niveles de organización y conciencia. Sin dudas la correlación de fuerzas en la Argentina se había modificado y nos planteaba desafíos de ofensiva. Pero en una situación que había cambiado y donde las tareas eran distintas de las del momento de rebelión popular.

Las elecciones de 2007 reflejaron ese cambio fundamental si lo comparamos con las de 2003. Del 22% obtenido con un partido deslegitimado, cuatro años después el gobierno ganaba las elecciones en primera vuelta con el 45% de los votos y más de 20 puntos de ventaja sobre el segundo. El resultado electoral reflejaba la nueva estabilidad política combinada con la enorme recuperación económica. El crecimiento a tasas chinas, el apoyo de casi todos los sectores del poder económico, el fuerte respaldo de la CGT y la incorporación de parte importante del movimiento popular. Aunque no sin tensiones por abajo y por arriba, el kirchnerismo había logrado en cuatro años de manera muy eficiente sus objetivos.

Tanto era así que el kirchnerismo se propuso para el 2007 el desafío de construir un nuevo armado político que tiró por la borda no sólo la “transversalidad” sino incluso diluía las fronteras partidarias. La “concertación plural”, alianza con la que el kirchnerismo triunfó en las presidenciales, era el resultado de la incorporación al gobierno de dirigentes provenientes de la Unión Cívica Radical, que aún no se recuperaba de la crisis de 2001.

La fórmula de Cristina y Cobos bajo el nombre de “concertación” evidenciaba la concepción estrechamente institucionalista del gobierno y la escasa voluntad de asumir una agenda de transformación para la segunda etapa de gestión. Hasta la elección del nombre “concertación” y la mano tendida a la UCR se planteaba como un intento de imitar la experiencia chilena como emblema de “modelo democrático en la región”.

Este nuevo ensayo, que le cerraba la puerta al progresismo no pejetista que se había ilusionado con la transversalidad, demostraba también que las tensiones que el kirchnerismo tenía con el PJ no se debían a una pulsión del gobierno por modificar o cuestionar el régimen político dominante, sino simplemente a encontrar nuevos cauces por donde canalizar el funcionamiento de la política tradicional. El proyecto político del kirchnerismo era constituirse como una fuerza de centro-izquierda para jugar el juego de la representación y la política entendida en los términos tradicionales, esperando que del otro lado se conforme un polo de centro-derecha, nada muy lejano a la partidocracia que funciona en la mayoría de los países europeos.



Por esta razón a pesar de todos los gestos realizados y la integración efectiva de un sector importante del movimiento popular, el kirchnerismo llegó a las presidenciales de 2007 como una opción de continuidad y no de cambio respecto a los años del **“consenso neodesarrollista”**. *“Estoy seguro que la Concertación Plural va a ser el nuevo gran espacio nacional que marcará un punto de inflexión en la historia”* decía Néstor Kirchner en octubre de 2007. Nada más lejos de la realidad, ya que la etapa que se venía luego del triunfo de Cristina, fuera de cualquier pronóstico, rompería el **“consenso neodesarrollista”** y volaría por los aires esa estrategia conservadora de la “concertación”.

## ETAPA 2: EL PERÍODO CRISPADO

La segunda etapa de la Argentina kirchnerista coincide prácticamente con el cambio de gobierno de Néstor a Cristina. Una mirada superficial que ha circulado en algunas elaboraciones periodísticas intentó reducir las razones del cambio del escenario político a las diferencias de estilo entre el primero y la segunda. Descartamos absolutamente esta versión simplificadora.

Como decíamos en el final del capítulo anterior, el kirchnerismo llegó a las elecciones de 2007 y a la asunción presidencial con el proyecto conservador de la “concertación plural”. El quiebre no estuvo motivado por el cambio de Néstor a Cristina sino por la acumulación de una serie de tensiones propias del nuevo modelo que rompieron el consenso de la primera etapa y que estallarían a partir de la conformación de la “Mesa de Enlace” y el *lock-out* patronal del “campo”.

El llamado “conflicto con el campo” fue la bisagra que cerró el primer período y abrió el segundo, modificando tanto el esquema de alianzas y poder del propio gobierno como el de lo que comenzó a denominarse homogéneamente “la oposición”. El impacto sobre el conjunto de la sociedad fue el de una polarización política a partir de la antinomia “kirchnerismo-antikirchnerismo” que no es nueva en la historia política argentina, pero sí en las décadas recientes. Finalmente el impacto sobre el movimiento popular fue el de una fuerte politización de la militancia y fervientes discusiones que derivaron en realineamientos en muchos casos y de divisiones en algunos.

## **Segunda parte del nuevo modo de acumulación**

Establecer cuando comienza a agotarse el momento “virtuoso” de crecimiento y aparecen los problemas siempre es arbitrario, ya que la realidad fluye y no se divide en etapas. Pero dado que analíticamente es necesario, podemos emparentar el cambio de gobierno con el quiebre entre la primera y segunda parte del nuevo modo de acumulación inaugurado con la salida de la convertibilidad.

¿Por qué se agota el momento virtuoso de crecimiento a tasas chinas, generación de empleo y mejora de los ingresos? Por razones varias, todas propias de las características estructurales del capitalismo argentino y que emergen bajo la forma de un mismo síntoma: el proceso inflacionario<sup>17</sup>.

---

17 Definir a la inflación como el síntoma de los problemas contrasta con todas las interpretaciones económicas que se elaboran desde la ortodoxia económica y la oposición política al gobierno, en donde la inflación

Un primer elemento que aparece vinculado a las necesidades de inversión que se plantean es cuando se agota la recuperación económica aprovechando la importante capacidad productiva ociosa heredada de la crisis. El modelo, tal como estaba concebido por el oficialismo, suponía que garantizada una demanda efectiva con las políticas de ingreso y una rentabilidad para el capital “razonable”, los empresarios se verían motivados a realizar inversiones para ampliar la oferta de bienes y servicios hacia el mercado interno. Así lograría sostenerse el virtuosismo del ciclo de crecimiento.

Bajo esta concepción propia las corrientes neodesarrollistas en boga, el rol del Estado se limita a garantizar esos parámetros macroeconómicos y no a intervenir de manera directa en la planificación u orientación de las inversiones productivas. Pero esta idea suponía un acompañamiento del empresariado para fortalecer la oferta en el mercado interno que no se constató en la realidad. Mientras se esperaba el comportamiento virtuoso del empresariado, el sector exportador concentraba sus importantes excedentes en inversiones vinculadas al comercio exterior, en la remisión de utilidades a las casas matrices o directamente en la fuga de capitales.

---

aparece como el origen de todos los males. Al establecerla como causa de los problemas, la salida derivada es un programa antiinflacionario que es una manera elegante de denominar a una política de ajuste. En nuestra lectura la inflación es una consecuencia de problemas de orden estructural y coyuntural vinculados a la puja distributiva, la matriz productiva concentrada y desequilibrada y la inserción dependiente en el mercado mundial.

El otro elemento que contribuye a la generación del proceso inflacionario se vincula a lo que se denomina comúnmente “puja distributiva”, es decir a la pelea entre las distintas clases y fracciones de clase por la apropiación de los excedentes que produce nuestra economía. La recuperación del salario y los ingresos durante el período de “**consenso neodesarrollista**” resultaba “virtuosa” en la medida en que implicaban para las actividades vinculadas al mercado interno la posibilidad de elevar el consumo, las ventas y recomponer la producción local totalmente deprimida en la crisis de 2001. Pero ese virtuosismo keynesiano duró pocos años, ya que pasado un límite el aumento de los salarios deja de significar mejores beneficios por mayores ventas y comienza a representar una caída de la rentabilidad, que los empresarios no suelen estar dispuestos a aceptar. El proceso inflacionario es entonces también un mecanismo defensivo del poder económico para poner un límite a la recuperación salarial y defender las altas tasas de ganancias que lograron en el primer período.

Pero el proceso inflacionario también fue impulsado por factores externos a nuestra economía. Un tercer elemento fue el aumento internacional de los precios de las commodities<sup>18</sup>, entre ellos los que exporta nuestro país<sup>19</sup>. Si bien este proceso permitió el ingreso de una mayor cantidad de divisas por tonelada exportada y mantuvo en equilibrio las cuentas externas, al competir la exportación con

---

18 Productos estandarizados y de calidad homogénea a nivel internacional: soja, acero, oro, entre otros. Eso lleva a que comprar soja argentina sea indiferente a comprar soja de algún país africano. El precio es el único motivo que lleva a demandar en uno u otro país.

19 Sólo la soja y sus derivados representan más de un 25% de las exportaciones.

el abastecimiento al mercado interno el resultado fue un aumento de los precios de los alimentos en nuestro país. La reacción del gobierno fue ir subiendo las retenciones con el objetivo de evitar o disminuir la traslación de precios y hacerse de recursos para las políticas expansivas del gasto público, pero con la economía recuperada los exportadores no estaban dispuestos a resignar mayor rentabilidad y estalló el conflicto por la 125 que terminó por saldar la disputa hacia el lado de los exportadores.

El proceso inflacionario aparece entonces como el emergente del final de la primera etapa y el rasgo distintivo de la segunda. Su vinculación con problemas profundos como la concentración de la matriz productiva, la puja distributiva al interior y la disputa por la apropiación de excedentes del aumento de los precios internacionales, enmarcan los fuertes conflictos económicos y políticos del “**período crispado**”.

## **¿El mundo se nos cayó encima? Sobre el impacto de la crisis internacional**

A estas restricciones propias del capitalismo argentino luego de una fase de crecimiento como la ocurrida desde la salida de la convertibilidad, hay que agregarle el impacto de la crisis internacional desatada en 2007/8. El primer efecto directo fue una pronunciada contracción del comercio internacional (solo comparable con la crisis de 1930), y luego una desaceleración de la economía global, así como un cambio en el sentido del flujo de capitales que comenzaron a retornar hacia los países centrales. El epicentro de la crisis se concentró en Estados Unidos y Europa, funda-

mentalmente en los países de su periferia (Grecia, Portugal, Irlanda, España, etc). Pero si bien su impacto es desigual en cada parte del globo, América Latina y la Argentina no están blindadas ni exentas.

En nuestro caso, el impacto directo de la recesión de Estados Unidos y Europa es potenciado por vía indirecta por la desaceleración del crecimiento chino, que tiene a la economía norteamericana como principal destino de exportación. En una economía dependiente de las exportaciones como la Argentina y concentrando Estados Unidos, China y Brasil aproximadamente un tercio de nuestras ventas, Argentina no puede estar al margen.

El primer impacto financiero en nuestro país fue una fuerte salida de capitales. Sólo en octubre de 2008 (mes posterior a la quiebra del Lehman Brothers en EEUU) el Banco Central tuvo que vender U\$S 3.478 millones y en el lapso de 5 trimestres que van desde el segundo de 2008 al segundo de 2009 incluido, la fuga de capitales alcanzó los U\$S 32.020 millones, más de la mitad de las reservas en el Banco Central que contaban con un valor record que superaba los U\$S 50.000 millones<sup>20</sup>. La combinación del contexto de crisis internacional con el clima de incertidumbre interna provocado por el conflicto agrario potenció la

---

20 La caída de reservas durante el momento más intenso de la fuga de capitales no superó los U\$S 5.000 millones, debido a que 2008 también fue el año de mayor superávit de comercial y esas divisas fueron suficientes para financiar la sangría de la fuga (situación que cambiaría unos años más tarde). De todos modos contar con un nivel alto de reservas fue un factor importante para que el impacto de la crisis internacional no desestabilice la economía local.

fuga por lo que la corrida contra el peso tomó dimensiones realmente históricas.

El segundo impacto fue un salto en la remisión de utilidades de las multinacionales que operan en la Argentina hacia sus casas matrices en Europa y Estados Unidos. De un promedio en torno a los U\$S 1.000 millones anuales, a partir de 2008 la salida de divisas por giro de utilidades y dividendos se multiplicó por cuatro. Esta situación perdería en los años siguientes y solo se cortaría luego de las elecciones de 2011 con el establecimiento de restricciones a la compra de dólares y al giro de ganancias al exterior.

Por otro lado la crisis internacional también impactó en nuestro país en el año siguiente como consecuencia de una importante caída de los precios de las commodities que perjudicó a la Argentina no sólo por la obtención de menores divisas y menores ingresos vía retenciones sino también por la incertidumbre en relación a la evolución de los precios internacionales. En cuanto a las actividades industriales, sobre todo el sector automotriz, también sufrieron una fuerte depresión como consecuencia de la desaceleración brasilera. De esta manera y luego de un crecimiento sostenido a altas tasas, el 2009 terminó con una leve contracción del PBI, aunque con equilibrio en las cuentas externas por el desplome de las importaciones.

La batería de medidas con las que el gobierno intentó contrarrestar el impacto de la crisis internacional no fue suficiente para evitar el estancamiento con sus lógicas consecuencias en materia de suspensiones y pérdida de puestos de



trabajo<sup>21</sup>. Pero entre todas estas, se tomó una de las medidas más relevantes no sólo de aquella coyuntura sino que podríamos decir de toda la década: la estatización de las AFJP.

Esta decisión no sólo implicó la recuperación del sistema previsional y el final de un negocio financiero en mano de la banca privada, sino que además le permitió al gobierno contar con cuantiosos recursos para afrontar la nueva etapa y hacer política monetaria y fiscal expansiva y de esa manera contrarrestar el estancamiento económico. Es decir que tanto en términos sociales como fiscales, se trató de una medida de alto impacto.

La crisis internacional también terminó con la estabilidad cambiaria que el gobierno había sostenido alrededor del “3 a 1”. Mantener estable el precio del dólar en un contexto de aumento de los precios y de devaluación en países relevantes para el comercio argentino como el caso de Brasil, implicó un importante encarecimiento en dólares de nuestra economía, por lo que hacia fines de 2008 se comenzó con una política de mini-devaluaciones graduales. En paralelo a la fuga de capitales el valor del dólar se encareció un 20%.

Dicho todo esto y sin subestimar los impactos negativos que la crisis internacional tuvo sobre nuestra economía, también debe decirse que la tormenta fue relativamente corta. Ya el año de 2010 la economía retomó la senda de crecimiento debido gracias al aumento de la inversión pública,

---

21 Entre las medidas se encuentran el establecimiento de cierto control de las importaciones a través de las Licencias no automáticas, el programa de REPRO del Ministerio de Trabajo para evitar despidos y anuncios de planes de vivienda y obra pública que finalmente fueron subejecutados.

una nueva alza de los precios internacionales y al crecimiento de Brasil que permitió reactivar al sector automotriz.

## **La guerra con el campo y el fin del “consenso neodesarrollista”.**

La importancia del conflicto con el campo radica en la fuerte polarización política y social que generó. Desde la actualidad podemos ver que actuar en la política argentina sin asumir esta realidad llevó a importantes desorientaciones de organizaciones populares. ¿Qué significaba ese conflicto desde el punto de vista de los sectores populares? ¿Qué representaba el quiebre del consenso de la primera etapa al interior de las propias clases dominantes? ¿De qué manera esta crisis modificó al propio proyecto kirchnerista? Y ¿Cómo actuar en un contexto de polarización política y social? Antes de intentar arriesgar algunas respuestas va primero una breve crónica de los hechos.

El 11 de marzo de 2008 el Ministerio de Economía adoptó la Resolución 125 por la que aumentaba las retenciones a la soja, maíz, girasol y trigo. La medida tomada por el entonces ministro Martín Lousteau respondía a un contexto de aumento de los precios internacionales de estos bienes, por lo que las retenciones no sólo tenían un objetivo fiscal (recaudar más dinero) sino fundamentalmente macroeconómico, a saber, evitar una traslación de los precios internacionales a los precios locales. Por ese motivo el proyecto consistía en establecer “retenciones móviles” según una tabla en donde el porcentaje de retención variaba en función del precio internacional del producto. Así planteado, resulta evidente por la magnitud del conflic-

to que sobrevendría que la 125 fue la gota que rebalsó un vaso que se venía llenando con las tensiones anteriormente mencionadas.

La reacción frente a la medida fue la conformación de la “Mesa de Enlace” entre las entidades agropecuarias más importantes: Sociedad Rural Argentina (SRA), Coni-nagro, Confederación Rural Argentina (CRA) y la Federación Agraria Argentina (FAA). Esta unidad podía resultar sorprendente ya que históricamente la Federación Agraria, representante de pequeños y medianos productores tuvo fuertes conflictos con las entidades representativas de los grandes terratenientes como la Sociedad Rural. Sin embargo las transformaciones operadas en el campo durante la década de los noventa modificaron sustancialmente las características de la producción agraria y por lo tanto los conflictos intra-campo ya no eran iguales a los de antes.

Sumado a esto, la bonanza económica post-conver-tibilidad y el boom de la soja hicieron que muchos de los pequeños productores arruinados durante los noventa se conviertan en rentistas de los pooles de siembra y formaran parte de una clase media-alta enriquecida con intereses comunes a la oligarquía en su enfrentamiento con la vocación “confiscatoria” del gobierno.

La Mesa de Enlace resolvió un plan de lucha que incluyó cortes de rutas en todo el país, la mayoría garantizados por la Federación Agraria, desabastecimiento de productos del agro y movilizaciones sociales en los grandes centros urbanos en apoyo “al campo”. La oposición política en términos generales salió a apoyar los reclamos de los empresarios agrarios así como también tuvieron un fuerte apoyo de los medios de comunicación hegemónicos en don-

de el grupo Clarín tomó partido claramente por “el campo” y enfrentó de manera abierta por primera vez al gobierno.

Otra de las postales más interesantes del conflicto fue el apoyo que el paro agrario recibió por parte de las clases medias de los grandes centros urbanos que se manifestó con cacerolazos en las calles, aunque claramente con un sentido absolutamente diferente al de 2001. El conflicto escaló con movilizaciones muy contundentes en apoyo al paro agrario y con intentos menos exitosos de demostración de fuerza por parte del kirchnerismo, movilizando a la CGT y las organizaciones sociales vinculadas quienes comenzaron a denunciar un interés desestabilizador y golpista detrás del lock-out agrario.

Finalmente la “solución” ante la crítica situación planteada con desabastecimiento y polarización política y social, fue elevar el proyecto de la resolución 125 a una ley del Congreso de la Nación. Esta concesión probablemente estuviera motivada por la tranquilidad del kirchnerismo de contar hasta el momento con mayoría en ambas cámaras, pero el conflicto fue de tal magnitud que no pocos diputados y senadores aprovecharon la oportunidad para pasarse a las filas de la oposición.

Políticamente el dato más relevante fue el quiebre del frente político del propio gobierno. Esto se expresó en el alejamiento de varios dirigentes del PJ que pasaron a la oposición (Gobernadores como Das Neves, Schiaretto, el Jefe de Gabinete Alberto Fernández, el diputado Felipe Solá, Carlos Reutemann, entre los más renombrados) y finalmente también el quiebre de la “concertación plural” cuando en la madrugada del 17 de julio el vicepresidente Julio Cobos tuvo que desempatar la votación en

el Senado de la Nación y dio su famoso “voto no positivo” al proyecto y por ende el triunfo a las patronales agrarias con un discurso de “pacificación” para no continuar “dividiendo a la sociedad”. La concertación plural, el armado político que el kirchnerismo había constituido para administrar el segundo mandato, no logró llegar siquiera a su primer aniversario.

## **La polarización política y social**

Más allá del conflicto por la resolución 125 en sí, lo más impactante fue el fuerte debate político que esta crisis generó en el conjunto de la sociedad y del sistema político, que claramente iba mucho más allá del carácter puntual sobre las retenciones. La lucha del “campo” y sus defensores no expresaban sólo un reclamo corporativo/sectorial sino la reacción de una fracción de la clase dominante y de la política tradicional en contra de una posible orientación de intervención estatal en la economía. Por ello desempolvaron los viejos argumentos del liberalismo económico y establecieron la contradicción “Estado – Mercado” como antinomia central de ese período.

Podríamos decir que el *lock-out* agrario fue el primer intento coordinado de la clase dominante por tratar de cerrar el ciclo de derrame impuesto por el 2001. Lo que se discutía en las mesas familiares y en los programas de televisión era si el Estado tenía derecho a meterse en la ganancia del “campo” para utilizar esos recursos para otros fines o si debía dejar esos recursos en manos de “los productores”.

Es por esto que el bando anti-gobierno no se redujo a las entidades agrarias sino que comenzó a organizar un conglomerado complejo y amplio que incluía desde parte del establishment empresario, sectores políticos, algunos sindicatos hasta por supuesto, como articuladores del conjunto, a los grandes medios de comunicación.

El apoyo explícito y hasta burdo del Grupo Clarín a los reclamos del “campo”, constituyó una declaración de guerra a la que el gobierno eligió responder denunciando la tergiversación periodística y la complicidad de estos medios de comunicación hegemónicos con intereses económicos corporativos. Así nació lo que más adelante se materializaría en el proyecto de reemplazar el decreto de radiodifusión vigente desde la última dictadura<sup>22</sup> por una Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (“Ley de Medios”) que retomaba un viejo reclamo del movimiento popular.

El conflicto del campo comenzó a dotar de fisonomía lo que sería etapa del **período crispado** en donde el kirchnerismo aparecería como portador de todos los males del populismo (intervencionismo, regulación excesiva, derroche de recursos, demagogia, autoritarismo) mientras que el antikirchnerismo quedaba fuertemente asociado a la defensa de las libertades económicas, individuales, de expresión y prensa, al funcionamiento de las instituciones, la república, etc.

---

22 En el 2005 el mismo Kirchner había prorrogado el vencimiento de las licencias de los canales privados de televisión favoreciendo, entre otros, al Grupo Clarín.

Es decir que el **período crispado** se caracteriza por una polarización política y social que impregnó todos los debates y conflictos de esta segunda etapa de la Argentina kirchnerista incluso cuando el conflicto del “campo” ya había quedado en el recuerdo.

Como ocurre con todo clima de polarización, las posiciones a favor o en contra del gobierno se extremaron dejando poco lugar para variantes “intermedias”, lo que se puede observar en todos los planos. En el mediático así como se conformó un sector hegemónico con fuerte sesgo opositor, otros medios que simpatizaban con el gobierno pero que mantenían independencia y capacidad de crítica se volvieron fervientemente oficialistas<sup>23</sup>. Lo mismo ocurrió con organizaciones populares que mantenían cierta afinidad, que en este clima fueron asumiendo una posición abiertamente kirchnerista, y en espejo actuaron las organizaciones populares que no simpatizaban con el gobierno, lo que reflejaba el clima que vivía la gran mayoría de la sociedad. En el mundo de la intelectualidad y la cultura se formó “Carta Abierta”, al igual que ciertos cenáculos académicos opositores. En el sindicalismo un sector de la CGT liderado por Luis Barrionuevo rompió con la conducción oficial y formó una central disidente a partir de este marco.

Todo este proceso no ocurrió como reacción inmediata al conflicto del campo, sino que fue madurando de manera gradual a partir de las respuestas del propio gobierno, el desarrollo de los debates y la dinámica del conflicto social.

---

23 El caso paradigmático es el de Página 12

## **Un campo popular polarizado en una Argentina polarizada**

Naturalmente el “conflicto del campo” fue motivo de intensos debates en la militancia popular. ¿Cómo se debía intervenir? ¿Era una disputa interna de los de arriba? ¿Sus resultados eran indiferentes a los sectores populares? ¿Era una lucha progresiva porque debilitaba al gobierno? ¿Era un intento de golpe de la oligarquía que buscaba voltear a Cristina?

Algunas organizaciones apoyaron el paro agrario con el argumento de que más allá de la Mesa de Enlace existía un sector de pequeños productores (“chacareros”) perjudicado por la política oficial y que eran estos los verdaderos protagonistas de la lucha del campo. Estas organizaciones llegaron a extremos de movilizarse a actos organizados por la Mesa de Enlace y mostrarse abiertamente de la mano de los dirigentes de la Sociedad Rural.

Actuaban también bajo una premisa sumamente cara a la historia de la izquierda argentina, que tiende a considerar que toda lucha social contra un gobierno capitalista es progresiva en sí misma en todo tiempo y lugar, sin considerar los actores y el sentido que el conflicto tenga<sup>24</sup>. Esta lógica también suele abonar al ideario liberal en donde el debate político se reduce a la confrontación entre

---

24 Debates similares se habían dado en otras circunstancias, por ejemplo en las movilizaciones contra la inseguridad dirigidas por Juan Carlos Blumberg que lograron imponer algunas leyes de “mano dura”. Por la masividad de las movilizaciones algunas organizaciones de izquierda se plegaron críticamente.



gobierno y oposición, invisibilizando al poder dominante real, de clase, es decir de los grandes grupos económicos. Así frecuentemente las fuerzas de izquierda se encuentran centrando sus ataques contra los gobiernos de turno y muchas veces incluso reduciéndolo a funcionarios individuales y poco contra las grandes cámaras empresariales y banqueros que son los fundamentales antagonistas de los sectores populares.

Por su parte y lógicamente, las organizaciones populares que adherían al oficialismo se volcaron a la lucha activa contra las protestas agrarias, denunciando que detrás de las mismas había un intento de provocar un golpe de Estado o una desestabilización que fuerce una salida del gobierno. Aunque en lo institucional el marco actual sea muy diferente al de la Argentina de mediados de siglo XX y por tanto no sea tan sencillo hacer un golpe de Estado, al menos al estilo clásico de desplazamiento de gobiernos constitucionales por otros de tipo cívico-militar, no puede subestimarse la capacidad desestabilizadora del poder económico. Además, el caso de Venezuela de 2002 y el que ocurriría un año después en Honduras demuestran que los golpes de Estado no son una pieza de museo en nuestro continente.

Pero además de la reacción lógica de la militancia oficialista, muchas organizaciones no alineadas con el FPV también asumieron una posición de apoyo a las retenciones y al gobierno en su pelea con “el campo”. Aunque luego se irían acercando paulatinamente al kirchnerismo, en ese momento no se trataba de un respaldo a la gestión del gobierno, sino más bien una reacción frente a lo que se obser-

vaba como una desestabilización del poder económico y un avance de las ideas y fuerzas políticas de la derecha.

Un sector en ese entonces muy minoritario compuesto por algunos partidos y grupos de izquierda no apoyó ni al gobierno ni al “campo” y definió una posición de neutralidad o equidistancia, señalando que se trataba de una pelea al interior de los sectores dominantes en donde la clase trabajadora y el pueblo no tenían ningún interés en juego. Denunciaban por igual al gobierno y la oposición e incluso rechazaban el aumento de las retenciones aunque sin apoyar los reclamos de la Mesa de Enlace.

Finalmente un cuarto espacio, también minoritario y con menor referencia política aún, pero que aglutinó a varias organizaciones sociales e intelectuales, intentó formular una posición diferente con el lema “Otro camino para superar la crisis”<sup>25</sup> desde donde planteaba un apoyo a las retenciones y el repudio al *lock-out* patronal agrario, pero

---

25 Decía la declaración firmada por las organizaciones de la “izquierda independiente” y de colectivos intelectuales como “Economistas de Izquierda”: “No puede haber neutralidad ante la amenaza de que la derecha logre parte de sus demandas y coloque sobre la agenda futura su programa de restauración neoliberal. Una liberalización de las exportaciones como demandan los ruralistas y los ideólogos del establishment dispararía los precios de los alimentos con el consiguiente efecto sobre los salarios reales de los trabajadores y las condiciones de vida y existencia de las clases populares. Rechazamos enérgica y categóricamente su chantaje y defendemos el derecho del gobierno a implementar retenciones móviles y cupos de exportación. Pero sostenemos que el curso que ha tomado hasta el día de hoy lejos de ser una palanca para iniciar un cambio efectivo del modelo, cohabita con él, favorece a los grandes propietarios y “pool” sojeros y a los grandes exportadores, mientras afecta a su propia base popular al mostrarse impotente para un control eficaz de la inflación”.

se señalaba una fuerte crítica a la política económica del gobierno y la utilización que se le daba a esa porción de la renta agraria capturada. Estas posiciones se repetirían con bastante similitud en otros conflictos venideros del **período crispado**.

Pero más allá de las posiciones específicas sobre el conflicto de la 125, todo el **período crispado** implicó debates cada vez más polarizados al interior de la militancia popular, algunos con saldos traumáticos. Quizás el caso más paradigmático, por su relevancia en la resistencia de los noventa y en los primeros años de la década siguiente, fue la ruptura de la Central de los Trabajadores de la Argentina y por ello vale la pena dedicarle unos párrafos.

La CTA surgió como ruptura de la vieja CGT durante la consolidación menemista de la hegemonía neoliberal, constituida fundamentalmente por dos gremios públicos relevantes como ATE y CTERA y con capacidad de integrar numerosas experiencias sindicales nuevas y hasta a algunos de los movimientos de desocupados. Con la libertad y la democracia sindical como banderas y mecanismos novedosos para el movimiento obrero como la afiliación y elección directa, se había convertido en la principal referencia en el cuestionamiento al viejo sindicalismo burocratizado. Muchos de sus dirigentes estuvieron vinculados al FREPASO y durante los primeros años del kirchnerismo mantuvieron una posición que podríamos denominar como expectante.

Posteriormente a la rebelión popular de 2001, la CTA asumió la necesidad de construir un “movimiento político y social” que a lo largo de los años iría tomando distintas formas e iniciativas, siendo la última la “Consti-

tuyente Social”. Paralelamente sus principales dirigentes comenzaron a construir una herramienta político-electoral propia (Unidad Popular) que sería fundadora de Proyecto Sur en la ciudad de Buenos Aires y formaría parte de la experiencia de Nuevo Encuentro en la provincia de Buenos Aires.

La polarización política generada en el **período crispado** se metió de lleno en el espacio que aglutinaba la CTA. En el año 2010 al realizarse las elecciones de la Central y no haber acuerdo entre quienes propugnaban un acercamiento al gobierno y quienes se plantaban en la vereda de enfrente, se conformaron dos listas encabezadas por Hugo Yasky (CTERA) y Pablo Micheli (ATE) respectivamente. Las elecciones se llevaron a cabo, pero ambas listas se declararon ganadoras y acusaron de fraude a la otra, lo que derivó en una ruptura constituyéndose las dos CTA que existen en la actualidad.

No pretendemos hacer aquí un balance de la historia de la CTA, sus aciertos y errores, la conflictiva vinculación entre su construcción sindical y su proyección política y su rol en la resistencia y durante el kirchnerismo. Esa tarea excedería por demás nuestras capacidades y corresponde a sus protagonistas. Pero sí podemos afirmar que desde nuestra visión la división de la CTA significó un retroceso para el campo popular y que no fue el único caso pero sí el más significativo de la polarización política generada durante el **período crispado**. De qué manera las organizaciones populares estaban preparadas para enfrentar un escenario de esa naturaleza es una pregunta que merece ser reflexionada por la militancia actual.

## **Muerte y resurrección del kirchnerismo en el “período crispado”**

El **período crispado** nos enseñó, entre otras cosas, a escapar de los pronósticos taxativos. El “conflicto del campo” que marcó la agenda política, estableció las nuevas coordenadas del escenario en que se daría la discusión electoral en las legislativas de 2009. Los resultados del oficialismo, debilitado por la derrota de la 125 y por la fuga de dirigentes hacia la oposición, reflejaron un importante retroceso y fueron extremadamente bajos en los grandes centros urbanos del país. El certificado de defunción fue emitido y firmado por absolutamente todo el arco político argentino.

La batalla fundamental nuevamente se centró en la provincia de Buenos Aires, en donde compitió personalmente Néstor Kirchner junto al gobernador Daniel Scioli y el jefe de gabinete Sergio Massa<sup>26</sup> contra una fuerza “nueva” que entrelazaba peronismo disidente con una versión moderna de la derecha argentina representada por el PRO de Mauricio Macri. El candidato era Francisco De Narváez y se llevó el mérito de derrotar a la cabeza de la fuerza de gobierno nada menos que en territorio bonaerense.

Pero si analizamos la situación de la oposición el panorama era bastante variopinto y no resultaba claro quién podría ser el enterrador del kirchnerismo de cara a la disputa del próximo gobierno. Por un lado el espacio “republicano” denominado “Acuerdo Cívico y Social” integrado por

---

26 Fueron llamadas “candidaturas testimoniales” porque era de público conocimiento que no iban a asumir sus bancas.

el radicalismo, el socialismo, Coalición Cívica y el GEN. Por otro lado la emergencia del PRO que ya había ganado la jefatura de la ciudad de Buenos Aires en 2007 y ahora lograba este importante resultado en la provincia. Y finalmente un fenómeno novedoso e inesperado, aunque en ese momento reducido a la Capital Federal, que expresó la emergencia de Proyecto Sur y Pino Solanas, quien a partir de esa elección se consagró como figura nacional.

No obstante, la derrota electoral del gobierno fue interpretada casi unánimemente como el inicio del fin del kirchnerismo. Que un gobierno retroceda en las elecciones de medio término no era ninguna novedad, pero lo hacía con una economía golpeada por la crisis, luego de perder un conflicto en la calle y en el parlamento, con una fuerte ruptura con los sectores medios que se expresó en las elecciones en los grandes centros urbanos, con una pelea abierta contra el mayor poder mediático de la Argentina y con una ruptura al interior de sus propias filas comenzando por el vicepresidente. No era sencillo pronosticar la recuperación que vino después.

Seguramente son variados los factores que explican la resurrección que llevó a un gobierno supuestamente aniquilado a obtener el 54% de los votos en la elección siguiente. Pero indudablemente y en lo que a la militancia popular respecta, un elemento relevante fue la agenda con la que el kirchnerismo respondió a su propia crisis y, desde una posición defensiva, sorprendió a propios y ajenos.

En el segundo semestre de 2008 fueron sancionadas las leyes de estatización de Aerolíneas Argentinas y de las AFJP. Luego de las elecciones legislativas se sumarían el control de la televisación del fútbol (“Fútbol para

Todos”) y unos meses después la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (“Ley de Medios”). Finalmente, y a través de un decreto, el gobierno anunció el establecimiento de la Asignación Universal por Hijo para todos los desocupados y desocupadas, y para los trabajadores no registrados, que junto al programa “Argentina Trabaja” del Ministerio de Desarrollo Social constituían una fuerte inyección de ingresos para los sectores populares. Y en el 2010 llegaría el turno de la reforma del Código Civil para permitir el matrimonio de personas del mismo sexo (“matrimonio igualitario”)<sup>27</sup>.

Estas medidas no hicieron otra cosa que profundizar el clima de polarización inaugurado con el conflicto del “campo”. Consolidó el bloque dominante opositor comandado por la Mesa de Enlace y el Grupo Clarín y reafirmó el discurso antipopulista de la oposición. Pero a su vez sentó las bases de la recuperación política del kirchnerismo, a partir de una combinación entre la victimización frente al poder mediático y la recreación de una mística fundante de la tradición nacional y popular vinculada a la lucha contra las corporaciones.

Este escenario con gran iniciativa política por parte del gobierno y la reactivación económica a partir de 2010 explican lo que a mediados de 2009 parecía imposible: el

---

27 El conflicto con Clarín además de la Ley de Medios tuvo otros dos episodios simbólicamente relevantes. La investigación sobre la posible apropiación de hijos de desaparecidos por parte de Ernestina Herrera de Noble y la declaración de utilidad pública del papel de diario que volvió a sacar a la luz tanto el control de Clarín y La Nación sobre la producción del papel como la causa sobre el caso de Papel Prensa y la relación entre la propiedad de Clarín y la dictadura militar.

kirchnerismo recuperaba legitimidad social y el proyecto iniciado en 2003 retomaba el impulso. La particularidad estaba en que lo hacía con una agenda progresista y generando una mística militante, sobre todo en la juventud, esencialmente diferente a la que había tenido durante el “**consenso neodesarrollista**”.

## **Los progresismos y la eterna frustración de la militancia**

Si bien el escenario luego de la legislativa quedaba planteado en la disputa entre el gobierno y variantes de oposición conservadoras como el PRO o la UCR, desde el punto de vista del campo popular vale la pena analizar un poco más detenidamente la emergencia de fuerzas políticas “progresistas” nuevas que se paraban *a priori* por fuera de la polarización, es decir tanto del kirchnerismo como de la oposición. En el período en que nos encontramos y atendiendo sobre todo a su irrupción en el plano político-electoral se destacan Proyecto Sur con la figura de Pino Solanas, que generó un verdadero batacazo en la ciudad de Buenos Aires y Nuevo Encuentro, liderado por Martín Sabatella, que se presentó en la provincia de Buenos Aires aglutinando un espacio relativamente similar<sup>28</sup>.

Ambas experiencias tenían en común varios elementos. Compartían una base militante fundamentalmente en-

---

28 Las diferencias entre Proyecto Sur y Nuevo Encuentro que luego se irían ensanchando ya existían en ese entonces, pero igualmente expresaban objetivamente espacios similares. Los matices en relación a la ubicación frente al gobierno y la oposición se volverían diferencias profundas más adelante.



marcada en la CTA y lograron atraer a Libres del Sur, el único desprendimiento militante del kirchnerismo que en ese momento se presentaba como una ruptura “por izquierda”. Tenían en común también el ocupar una franja política que en términos electorales suele denominarse como “progresista” o “centroizquierda” y su oposición al gobierno era con un programa de contenido claramente más transformador que el expresado por el kirchnerismo, por lo que se podía decir que estaban “a la izquierda” del gobierno. Incluso hasta podríamos arriesgar que se trataba de un espacio militante con fuerte identificación con el imaginario de los procesos de cambio más radicales a nivel latinoamericano e incluso de la Revolución Bolivariana, lo que también constituía un elemento de diferenciación más radical en relación a lo que expresaba el oficialismo.

El caso de Proyecto Sur especialmente expresaba esto último, ya que se presenta con un discurso centrado en los grandes debates nacionales, instalando ejes en la agenda pública que ningún espacio político tomaba, como el saqueo de los recursos naturales, la cuestión ambiental y un cuestionamiento al régimen político bipartidista. Además contaba con una figura que había logrado el 24% de los votos en Capital Federal, lo que le daba una proyección nacional para nada despreciable. Se trataba de una fuerza que se había conformado pocos años antes y que ya se había presentado a las presidenciales de 2007.

La expectativa y crecimiento de este nuevo espacio fue importante pero su ubicación ante el escenario de polarización terminó poniendo en crisis a estas fuerzas. En el caso de Nuevo Encuentro fue acercándose cada vez más al kirchnerismo hasta terminar apoyando la candidatura pre-

sidencial de Cristina en 2011. En el caso de Proyecto Sur su actitud negadora sobre el conflicto que se había abierto entre el gobierno y un sector de las clases dominantes lo llevó a ubicarse en la vereda del antikirchnerismo e incluso en algunos casos asumiendo discursos y posiciones similares a las de la oposición conservadora<sup>29</sup>.

Las derivas electorales son conocidas. Sabbatella iría como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires en una colectora de Cristina, mientras Pino Solanas luego de amagar con ir a las presidenciales se bajaría a la Ciudad generando la primer crisis de Proyecto Sur que se expresó en la salida de Unidad Popular (brazo político de la CTA) y Libres del Sur, quienes conformaron el FAP. Estos movimientos tenían más que ver con los cálculos electorales de sus dirigentes que con la vocación de su militancia, ya que en este proyecto siempre se privilegiaron las posibilidades electorales y hasta personales, por sobre la apuesta a construir una fuerza social y política desde la base.

Pero lo que nos interesa resaltar acá es cómo se insertaron estas orientaciones en el particular contexto del **período crispado** y sus consecuencias para la militancia y posibilidad de construir un proyecto de emancipación y transformación social. Con seguridad se pueden señalar cuestiones vinculadas al personalismo, quizás faltas en cuanto a la democracia interna en estas construcciones

---

29 Pararse desde ese lugar probablemente era una combinación entre la genuina opinión que Pino Solanas y el resto de los dirigentes de esa fuerza tenían en relación al kirchnerismo, con una táctica para sostener el apoyo por parte del grupo Clarín y la prensa opositora. En cualquier caso, ambos elementos estaban basados en la lectura de que el kirchnerismo no tenía chance de recomponerse del golpe de 2008/9.

u otros problemas. Pero esos aspectos no deben desviar la centralidad de las orientaciones políticas a la hora de evaluar la evolución de cada uno de estos espacios.

El caso de Nuevo Encuentro fue un gradual proceso de incorporación del kirchnerismo en el que fueron cediendo autonomía, posicionamientos críticos y asumiendo la lógica posibilista que el proyecto oficial siempre propugnó. En lugar del “dar la disputa desde adentro” con el que supuestamente definieron el ingreso, terminaron aceptando todos los límites que la conducción oficial del FPV delimitó.

En el caso de Proyecto Sur la situación fue mucho más grave, ya que mientras en el caso de Nuevo Encuentro el cambio en la orientación al menos se compensó con un importante crecimiento en términos de construcción, inserción y militancia, en la fuerza liderada por Pino Solanas existió un proceso de descomposición que terminó por liquidar la fuerza militante de ese espacio y en el caso del propio Pino entregando prácticamente todas las banderas emancipatorias que fundaron el movimiento que lideraba.

Paradójicamente, la misma polarización que abrió una grieta favorable a la emergencia de espacios nuevos, terminó por incorporarlos a su propio juego. Quizás por fundado temor a quedar en la marginalidad política por no ingresar en la polarización, estos espacios terminaron subordinándose a alguno de los bloques de poder enfrentados y por ende a dilapidar la posibilidad de sostener coherentemente un proyecto propio. Cuatro años después ambas experiencias ya expresaban algo bastante diferente a lo que eran originalmente.

## **El conflicto social durante el período crispado**

Pasado el conflicto con el “campo”, comenzaron a visibilizarse otras luchas sociales protagonizadas por sectores de la clase trabajadora, movimientos territoriales y reivindicaciones vinculadas a problemáticas como el acceso a la vivienda y el medio ambiente. El marco de la crisis internacional y su impacto en la Argentina de 2009 se relacionó directamente con la recesión que implicó la aparición de suspensiones y en algunos casos despidos, sobre todo en los sectores industriales.

Una de las luchas más emblemáticas de este momento de crisis fue la de la fábrica de alimentos Kraft-Terrabusi a partir de una serie de despidos como respuesta de la empresa a un reclamo vinculado con la gripe A. Como ocurriría en muchos de los conflictos obreros en todos estos años, al enfrentamiento entre trabajadores y patronos se le agregarían las distintas internas entre la dirigencia burocrática de los sindicatos y la emergencia de activistas independientes o de izquierda.

El conflicto duró meses e incluyó todo tipo de maniobras por parte de la multinacional yanqui para violar los derechos de los trabajadores y trabajadoras, represiones policiales por parte del gobierno de la provincia de Buenos Aires y también del gobierno nacional, desprestigio de la lucha por parte de la dirección del sindicato de alimentación, toma de la fábrica, cortes de ruta, etc. Todas las entidades empresariales hicieron un apoyo incondicional a la empresa y hasta la embajada norteamericana intervino frente al gobierno pidiendo el apoyo. Finalmente el conflicto ter-

minó con una negociación que si bien logró reincorporar a algunos de los despedidos y por tanto no fue una derrota total, no permitió cumplir con el conjunto de reclamos que dispararon el conflicto y más de cincuenta trabajadores quedaron sin reincorporarse.

Pero más allá de los detalles de este conflicto en particular, se trató de una lucha testigo de la conflictividad obrera de ese año de crisis y también de la discusión vinculada a la organización sindical. Este tipo de conflictos en donde aparece un activismo obrero independiente, no controlado por las conducciones burocráticas, será también un dato de la época y se repetirá en numerosas luchas de todos estos años hasta la actualidad.

¿Estamos frente a una nueva generación de laburantes que cargan con una matriz ideológica diferente a la de las anteriores? ¿Existe un vínculo entre este activismo juvenil en las fábricas con la experiencia previa de resistencia desde los barrios desde finales de los noventa y los primeros años del 2000? Estos debates actuales son centrales en la militancia popular para pensar el rol que este sujeto podría tener en un proyecto de transformación en el futuro.

A este conflicto se le agregaron otros vinculados al estancamiento de la industria automotriz, una fuerte lucha de los trabajadores y trabajadoras del subte por el reconocimiento de su nuevo sindicato y la pelea de organizaciones territoriales por otra lógica de distribución y uso de los planes sociales, en un frente que se denominó “cooperativas sin punteros” y que realizó importantes jornadas de lucha frente al Ministerio de Desarrollo Social.

Otro caso emblemático de una problemática que se instalaría cada vez con más fuerza en nuestro país fue el se-

cuestro y desaparición por la policía bonaerense de Luciano Arruga el 31 de diciembre de 2009, después de que se había negado a ser utilizado para las redes delictivas que monitorean las fuerzas de seguridad. El caso se convirtió en un emblema de la lucha popular y de derechos humanos vigente hasta la actualidad. Si el caso de Julio López evidenciaba el lazo de continuidad de las fuerzas de seguridad y de inteligencia con las de la dictadura, el de Luciano Arruga hacía lo propio en relación a la impunidad que cuentan las fuerzas policiales y su vínculo directo con las redes delictivas.

Casi un año después, el 23 de noviembre de 2010, un violento desalojo del corte de la ruta 86 en la provincia de Formosa se llevó la vida de Roberto López y Sixto Gómez. Eran integrantes de la comunidad Qom Navogoh La Primavera que se manifestaba en reclamo de un predio que les había sido expropiado por el gobierno provincial. La represión fue brutal y el tema se instaló en la agenda nacional exhibiendo un conjunto de problemáticas vinculadas a la voracidad especulativa sobre la tierra, las deudas con las comunidades originarias de nuestro país y en particular las prácticas represivas que en Formosa, al igual que en otras provincias, se emplean como respuesta a las demandas sociales. Una delegación de la comunidad se instaló en Buenos Aires acampando en la 9 de julio durante cuatro meses, pero no logró que el gobierno nacional los atienda, se pronuncie al respecto ni tome medida alguna en relación al gobierno provincial de su aliado Gildo Insfrán.

Otro hecho sumamente relevante de este período se expresó en Buenos Aires en la toma del Parque Indoamericano a finales de 2010, que puso en evidencia el enorme problema del déficit habitacional que se vive en las grandes

ciudades. Que haya ocurrido en la ciudad de Buenos Aires, uno de los epicentros de la especulación inmobiliaria, no constituye una casualidad. La primer respuesta fue represiva, y en conjunto entre la policía federal y metropolitana, cobrando la vida de tres ocupantes. La ofensiva la tomó el gobierno de la Ciudad desempolvando una actitud de intransigencia y un discurso cargado de xenofobia contra quienes reclamaban el derecho a la vivienda. Finalmente el conflicto se canalizó con una negociación conjunta ante las gestiones de Ciudad y Nación donde se prometió un plan de viviendas que nunca se llevó a cabo.

En el año 2010 también se destacó una importante lucha del movimiento estudiantil que por primera vez en muchos años adquirió relevancia nacional. Por las características del sistema educativo no fue sencilla la integración de todos los reclamos en un mismo movimiento. Los estudiantes secundarios confrontaron sobre en todo en la ciudad de Buenos Aires con el gobierno del PRO llegando a tomar casi cincuenta escuelas, y en varios distritos del conurbano y algunas provincias del interior como Córdoba se replicaron conflictos similares. Al mismo tiempo en las universidades nacionales también se llevaron a cabo luchas importantes, siendo la más destacada la toma de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA que duró más de 45 días y terminó nada menos que con la toma del Ministerio de Educación Nacional. Los docentes universitarios también se encontraban en plena pelea a nivel nacional con importantes paros por lo que en el marco de estos conflictos y de un nuevo aniversario de la Noche de los Lápices más de 30 mil personas se movilizaron a Plaza de Mayo a un acto convocado por federaciones universitarias, coordinadoras de

estudiantes secundarios, centros de estudiantes terciarios y el gremio de docentes universitarios.

Uniendo esta militancia estudiantil con los conflictos vinculados al mundo del trabajo, merece un párrafo aparte lo que probablemente constituya el hecho más emblemático del conflicto social de este período, el asesinato de Mariano Ferreyra. En el contexto de una lucha de trabajadores tercerizados del ferrocarril que reclamaban su incorporación en el convenio, en un corte de vías el 20 de octubre de 2010 una patota de la Unión Ferroviaria atacó y persiguió a los manifestantes hasta disparar y herir a varios. Mariano Ferreyra, militante del Partido Obrero, finalmente murió al ser trasladado al hospital.

La conmoción fue total. El asesinato de un militante popular despertó la indignación lógica de una parte muy importante de la sociedad que se expresó en inmediatas y multitudinarias movilizaciones de un amplio espectro político. Pero el caso de Mariano Ferreyra era distintivo porque no fue resultado directo de una represión policial, sino del accionar de una patota vinculada a la dirección de un sindicato, lo que permitió evidenciar el extremo al que eran capaces de llegar conducciones sindicales burocratizadas y reinstaló el debate sobre la democracia sindical. A su vez, el problema de las tercerizadas y su vínculo de corrupción con empresas privatizadas, el Estado y los propios dirigentes sindicales, también adquirió un mayor protagonismo en el debate público.

El caso también tuvo una trascendencia histórica a partir de su resolución judicial que llevó a la cárcel nada menos que al eterno secretario general de la Unión Ferroviaria, José Pedraza, identificado como responsable inte-



lectual del asesinato. Acostumbrados a que a lo sumo sólo los autores materiales de las muertes paguen por sus crímenes, este dato no puede ser subestimado.

El caso de Mariano Ferreyra se convirtió en emblema de la militancia popular de la época, como lo fue en su momento el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, o como el caso de Carlos Fuentealba o la desaparición de Julio López, entre otros.

## **El camino hacia el 54%**

Luego del *lock-out* del “campo” y el momento más sombrío de la crisis internacional, la recomposición económica sumada a la iniciativa política desplegada en esos años, permitió la recuperación inesperada del kirchnerismo. El nuevo escenario colocaba al gobierno enfrentado a un bloque de poder nada despreciable. A la Mesa de Enlace se sumó el Grupo Clarín, un sector de la UIA, una parte menor del sindicalismo (Barrionuevo), sectores medios desorganizados que fueron protagonizando distintas modalidades de protesta y repudio al gobierno y con el matrimonio igualitario también se ganarían la enemistad de una parte de la Iglesia. En el plano político los partidos de la oposición conformaron en el parlamento el “Grupo A” intentando expresar a todos estos sectores. Todo esto conformaba el gran “frente antikirchnerista” del **período crispado**.

Pero la batería de medidas resistidas por los medios hegemónicos, y rechazada de plano por la oposición política, sirvió para reconstruir la fuerza política oficialista. Lo novedoso es que lo hacía incorporando nuevos sectores. Organizaciones populares que no venían apoyando al go-

bierno y una importante cantidad de militantes jóvenes, la mayoría sin procedencia previa, que se sumaron a partir de la polarización y el choque con sectores de poder. A esto se le agregó el acercamiento de personalidades de la cultura y de la intelectualidad progresista.

El primer hecho que suele utilizarse para marcar el quiebre de la tendencia es el de los festejos del Bicentenario, el 25 de mayo de 2010. Las actividades convocadas por el gobierno tuvieron un nivel de convocatoria que superó al esperado por propios y ajenos, al que algunos calificaron como uno de los eventos más masivos de la historia argentina reciente.

Sucede que la relevancia simbólica del Bicentenario no podía ser mayor con el conflicto del “campo” tan cercano y caliente. Las comparaciones con el Centenario en 1910, el de la Argentina “granero del mundo”, comenzaron a instalarse desde ambos bandos y fueron el telón de fondo de los festejos y debates. Además de la propia Mesa de Enlace, los políticos de la oposición liberal e intelectuales “renombrados” se paseaban por los programas de televisión derramando nostalgia por aquella Argentina agroexportadora próspera de principios de siglo XX que habríamos dejado malversar por culpa de los gobiernos populistas.

El gobierno se paró del otro lado asumiendo el relato de “la otra historia”. En su discurso del 25 de mayo de 2010 Cristina hizo referencia explícita a la comparación con el Centenario señalando que en 1910 teníamos un país con estado de sitio, que perseguía y reprimía a los obreros anarquistas y socialistas que habían inmigrado a nuestro país desde Europa. En contraste con aquel Centenario festejado por la oligarquía, aquí se levantaba un festejo popular

con figuras de los libertadores como San Martín, Bolívar, Artigas y con fuerte impronta de unidad latinoamericana. Cristina señaló en su discurso que el Centenario era el de una Argentina sin derechos sociales, sin derecho a organizarse sindicalmente y sin democracia, en contraste con la del Bicentenario.

El otro momento simbólico del quiebre fue sin dudas el 27 de octubre de 2010. El inesperado fallecimiento de Néstor Kirchner fue una verdadera trompada a la realidad argentina. Con la legitimidad popular en ascenso desde el Bicentenario y con el clima de polarización política y social plenamente vigente, la muerte de la máxima figura del proceso político en curso fue un enorme factor de movilización militante. Se expresó a nivel popular en el funeral pero sobre todo en la emergencia, o más bien en el fortalecimiento, de la militancia kirchnerista y en particular de la juventud. No es que hasta ese momento no existiera, pero sin dudas ese hecho marcó una bisagra en la mente de la juventud que simpatizaba con el gobierno y permitió un enorme salto en visibilidad pública y en la construcción real de las organizaciones juveniles kirchneristas. La tendencia declinante definitivamente se había revertido.

## **¿Profundizar el modelo? El 54% y las expectativas del “vamos por todo”**

Desde la derrota en el conflicto del “campo” y el retroceso electoral de 2009 sólo pasaron dos años hasta cuando Cristina en su campaña por la reelección presidencial obtuvo el 54% de los votos, convirtiéndose en la presidenta más votada desde el retorno de la democracia. Aunque se

pronosticaba un triunfo seguro, los resultados fueron sorprendentes sobre todo por la amplia distancia con quienes ocuparon los siguientes lugares.

Las elecciones de 2011 a su vez estrenaron un nuevo sistema electoral, donde se incorporaron las elecciones Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) ideadas por la necesidad del kirchnerismo de morigerar la fuga de dirigentes pejetistas que, ante el fracaso de la 125, olieron derrota y comenzaron a saltar el charco. En esas elecciones se destacó el segundo lugar de un frente recién conformado como el FAP que llevó a Hermes Binner como candidato a la presidencia y obtuvo casi 17%. El radicalismo salió tercero con 11% pero con candidato propio (Alfonsín) y ya no prestado como en 2007. Y el “peronismo disidente” fracasó ocupando los lugares siguientes con Alberto Rodríguez Saá y Eduardo Duhalde (8% y 6% respectivamente). Otra novedad de la elección fue la conformación del Frente de Izquierda (FIT) que si bien aglutinó sólo a tres partidos, era la única lista claramente identificada como de izquierda en la elección y logró el famoso “milagro” superando las primarias y obteniendo un 2,3%. El papelón fue de Elisa Carrió y la CC-ARI con un 1,84%. Proyecto Sur por su parte, con Alcira Argumedo, no superó el piso de las PASO. La foto electoral mostraba un llamativo escenario con el kirchnerismo en un pico de legitimidad y apoyo popular y una segunda fuerza que aun con todas sus contradicciones no podía ser catalogada como una oposición tradicional, reaccionaria o de derecha<sup>30</sup>.

---

30 El Frente Amplio Progresista estaba compuesto por cuatro fuerzas nacionales: el Partido Socialista, el Gen, Unidad Popular (CTA) y Libres del Sur, así como por fuerzas locales en donde se destaca la cordobesa

El gobierno ganó las elecciones con una épica del “vamos por todo”. En la militancia popular kirchnerista, aún imbuida por la cercanía de la muerte de Kirchner, se hablaba de “profundizar el modelo” como la tarea del nuevo gobierno. ¿Eran infundadas estas expectativas? Considerando el enorme apoyo popular y la inexistencia de opciones reaccionarias con capacidad de disputar en el terreno electoral resultan entendibles. Pero aun más si consideramos que lo que estaba planteado luego del enfrentamiento con las corporaciones agrarias, el Grupo Clarín y la sanción de medidas progresivas como la estatización de las AFJP o la “Ley de Medios”, era materializar las expectativas de transformaciones estructurales que el propio proceso político había generado pero que aún no había cumplido.

Avanzar en ese camino implicaba tomar medidas políticas y económicas concretas y naturalmente profundizar la confrontación con el poder económico. Aunque en términos esenciales el gabinete casi no se había tocado, las excepciones de Abal Medina en la Jefatura de Gabinete y Axel Kicillof como viceministro de Economía aumentaban las miradas optimistas. Adicionalmente y aunque seguían siendo minoría dentro del FPV, en la representación legislativa se expresó un notorio crecimiento de La Cúmpora.

Pero el proceso político estaba chocando con límites estructurales que no era evidente que el gobierno estuviera dispuesto a enfrentar mediante una política de radicaliza-

---

encabezada por Luis Juez. Por composición se trata en general de fuerzas que se identifican con la “centroizquierda”. No obstante el discurso de Binner y el Partido Socialista expresa una oposición de tipo “liberal” al kirchnerismo, similar a la que pueden hacer el radicalismo y otras fuerzas, y claramente no de superación por izquierda.

ción. El virtuosismo del nuevo modelo económico surgido con la salida de la convertibilidad había comenzado a agotarse en 2007/2008. Durante los años siguientes se logró sostener un equilibrio sobre la base de políticas expansivas posibilitadas por las medidas más audaces del **período crispado**. Pero ya para 2011 las dificultades para sostener la senda positiva se harían cada vez más patentes. Así como el proceso inflacionario aparecía como el gran freno a la primera etapa del modelo, la crisis de divisas sería el síntoma de la segunda.

## **La crisis de divisas, fin de la época de la soja gorda**

El dilema económico que signó el comienzo y en realidad todo el segundo mandato presidencial de Cristina estuvo dado por la aparición con fuerza de la restricción externa, una restricción estructural que tienen todos los países que dependen de las divisas internacionales para desarrollar su economía.

La importancia de las divisas en un país dependiente como la Argentina es de primer orden y a lo largo de la historia casi todas nuestras crisis estuvieron asociadas a fuertes desequilibrios en las cuentas externas. No tanto por el supuesto “problema cultural” que tenemos los argentinos en nuestra tendencia a ahorrar en dólares (que en todo caso es consecuencia y no causa del problema), sino porque en cualquier país dependiente sus posibilidades de crecimiento y eventualmente desarrollo están condicionadas entre otros factores, por el acceso al dólar.

¿Para qué necesita nuestro país dólares? Básicamente para comprar cualquiera de las cosas que la Argentina no produce, por ejemplo buena parte de los insumos y máquinas de nuestras industrias, o energía desde que hemos perdido el autoabastecimiento. También necesita divisas para pagar deudas contraídas en moneda extranjera, permitirle a las empresas multinacionales que puedan remitir utilidades a sus casas matrices en el exterior y hasta para garantizar que una parte minoritaria de la población -aunque en Argentina para nada despreciable en cantidad-, pueda viajar al exterior por turismo o trabajo. Las fuentes de esas divisas son las exportaciones, las inversiones extranjeras, los ingresos por turismo y eventualmente la emisión de deuda.

Durante los años del “**consenso neodesarrollista**” el virtuosismo del modelo explicado por los factores mencionados anteriormente permitió al país contar con los dólares necesarios para financiar el nuevo modo de acumulación y además dejar un resto importante que el país podía ahorrar, lo que se reflejaba en el aumento de las reservas internacionales y en la regularización de los pagos de deuda externa. Sólo durante el gobierno de Néstor Kirchner el país sumó a sus ahorros en divisas casi U\$S 35 mil millones.

En su primer mandato Cristina sufrió no sólo el agotamiento de la bonanza del modelo, sino también la crisis financiera internacional, por lo que nuestro país no logró elevar sus reservas, aunque tampoco descendieron sustancialmente. Pero a partir de 2011 la situación cambió y la escasez de divisas comenzó a operar como una gran limitación del proceso económico inaugurado con la salida de la convertibilidad.

Las explicaciones liberales sobre la falta de divisas remiten simplemente al problema de las dificultades de acceso

al mercado de deuda y la falta de atracción de capitales extranjeros. Pero esas miradas no consideran los efectos negativos sobre las economías dependientes que los procesos de endeudamiento e ingreso de capitales conllevan al reproducir la dependencia. Tampoco reparan en que estas políticas de apertura que nos inundan de dólares en el corto plazo, luego se revierten y dejan a los países a merced de grandes crisis y ajustes para sostener la salida de los billetes verdes.

El gobierno por su parte se ha limitado a explicar la escasez de divisas por el impacto de la crisis internacional, pero aunque esta existe y explica en parte el problema, elude aspectos que hacen al propio modelo, la estructura económica que se ha reproducido durante todos estos años y a fallas de la política económica.

En primer lugar se achicó el superávit de la balanza comercial, es decir la diferencia entre las exportaciones e importaciones. Si bien en toda la década las exportaciones crecieron en cantidad y sobre todo en precio gracias al “boom de las *commodities*”, las importaciones lo hicieron bastante más por varios motivos. Por un lado porque el crecimiento de la industria demandó cada vez más insumos y bienes de capital, es decir que sostener al sector industrial le cuesta a nuestro país cada vez más caro en términos de divisas. Este problema fue agravado porque la política industrial favoreció al crecimiento de los sectores más rentables para el capital, pero que a su vez son los más deficitarios para nuestra economía, como es el caso de la producción automotriz. A este problema se le agregó el déficit energético provocado por el vaciamiento del sector llevado adelante por las grandes empresas que lo controlaban, frente al cual la política gubernamental fue de absoluta complicidad. La importación



de energía se tradujo en cada vez más dólares necesarios para pagar fundamentalmente gas a un precio muy superior de lo que sale el extraído en nuestro país.

En segundo lugar el proceso de fuga de capitales y remisión de utilidades que comenzó con la crisis internacional de 2008 volvió a intensificarse en 2011. Pero mientras que en el primer episodio las exportaciones y sus precios crecieron para compensar (y financiar) la fuga, en el 2011 ya no era posible y la salida de divisas comenzó a ser a costa de las reservas del Banco Central. El gobierno no quiso tomar ninguna medida en forma previa a las elecciones presidenciales y el saldo de esta situación sólo en 2011 fue de una fuga de U\$S 22.654 millones (más del doble que en 2010) y una remisión de utilidades que superó los U\$S 4 mil millones.

En tercer lugar tenemos la salida de dólares vinculados al pago de deuda externa. Como se planteó en la primera parte, la reestructuración de 2005 permitió avanzar en desendeudamiento pero no en base a una investigación e impugnación de la deuda contraída en la dictadura y en los noventa, ni siquiera tanto en base a una quita definitiva ya que la misma fue compensada con mecanismos como el cupón PBI<sup>31</sup>. La principal herramienta para lograr el parcial desendeudamiento fue sencillamente pagar y pagar dólar sobre dólar, de allí la calificación de “pagadores seriales” que la propia presidenta asumió para definir nuestro comportamiento durante todos estos años. Esto significó que

---

31 El cupón PBI fue una compensación otorgada a quienes ingresaron al canje de deuda. Se trata de un compromiso de pagos en función del crecimiento de la economía. De esta manera en realidad una parte de la quita lograda en la reestructuración fue deuda refinanciada, no quitada.

tengamos todos los años importantes vencimientos de deuda en dólares que sumados a la merma de la balanza comercial y la fuga de capitales, también funcionaron como un factor importante en la pérdida sistemática de reservas. En el año 2011 cuando comenzó la crisis de divisas, se pagaron U\$S 5.559 millones en concepto de intereses.

Por este motivo a la semana siguiente del triunfo electoral de 2011 el gobierno tomó tres medidas en respuesta a esta situación: la obligatoriedad para las empresas petroleras y mineras de liquidar sus divisas en el país, la quita de subsidios a diversos sectores de la economía y, por último y más importante, el incremento del control del mercado de divisas (más conocido como “cepo” en ciertos medios de comunicación). A principios de 2012 se le agregaría la estatización parcial de YPF.

## **El control cambiario y la nacionalización de YPF**

El control cambiario que fue tomado luego de las elecciones fue profundizado en los meses siguientes. Se eliminó el acceso libre a la compra de dólares, planteando primero una serie de mecanismos regulados por la AFIP con escasa claridad y transparencia y finalmente se cerró por completo la canilla de dólares, con la excepción del turismo. Esta medida motivó protestas de sectores medios que veían vulneradas sus “libertades individuales” y motivó una furiosa campaña mediática. El gobierno respondió con una estrategia comunicacional bastante pobre, en donde el principal argumento era la necesidad de modificar la matriz cultural relacionada al dólar y comenzar a “pensar en pesos”.

La restricción cambiaria fue efectiva para cortar la fuga, aunque no logró frenar la caída de reservas y tuvo dos consecuencias inmediatas. Por un lado la aparición de un dólar paralelo comercializado de manera ilegal (más conocido como “dólar *blue*”) que comenzó a ser utilizado como referencia del “atraso cambiario” por parte de quienes promovían resolver la escasez de divisas con una devaluación de la moneda. La segunda consecuencia fue un enorme déficit en la cuenta de turismo, ya que la demanda de divisas para viajar al exterior crecía mientras que el ingreso oficial de dólares de los turistas que ingresaban a nuestro país iba a parar a las cuevas del dólar ilegal.

El 16 de abril de 2012 el gobierno decretó la intervención de YPF y envió un proyecto de ley al Congreso para declarar de utilidad pública y sujeto a expropiación al 51% de las acciones de Repsol, que fue aprobado 18 días después. La nacionalización parcial de la petrolera fue justificada por el vaciamiento de la empresa ejecutado por la multinacional española que condujo a la Argentina a la pérdida del autoabastecimiento, siendo el déficit energético una de las causas de la constante pérdida de divisas. La medida integraba en el paquete accionario a las provincias y mantenía el status de la compañía como sociedad anónima.

Lógicamente esta decisión concitó el rechazo internacional y de la mayoría del establishment local, asumiendo una parte de la oposición política el rol de voceros de estos intereses. Nuevamente los debates sobre la intervención del Estado, sobre la inserción argentina en el mundo, sobre la seguridad jurídica y las instituciones

ocupó la escena nacional polarizando entre el gobierno y una oposición liberal.

La medida, no obstante, contaba con alto apoyo popular asumido incluso por las encuestas que encargaban los medios de comunicación opositores. Es que el valor simbólico no era menor. La vieja YPF estatal representó un pilar de nuestra historia nacional del siglo XX y a su vez fue la expresión más paradigmática de la entrega neoliberal con su privatización en los noventa.

Las dos respuestas frente a la crisis de divisas potenciaban las características del **período crispado** aumentando el nivel de polarización política y social y potenciando también quizás las expectativas de la militancia que se había sumado durante esos años que esperaba “ir por todo”. Aunque en todos los casos se trataba de medidas parciales y moderadas, el mérito del gobierno era responder a las tensiones económicas con políticas diferentes a las que promovía el poder económico, quien solicitaba a viva voz y cada vez con mayor fuerza una brusca devaluación de la moneda y un ajuste fiscal para terminar con la crisis de divisas<sup>32</sup>.

---

32 Al control cambiario y la estatización parcial de YPF se le sumaron otras iniciativas para contrarrestar la salida de divisas, pero que por su escaso resultado no desarrollamos. La más destacada fue el “blanqueo” de capitales, en un intento de atraer dólares fugados ofreciendo legalidad y tasas de interés en dólares, pero sus resultados fueron muy pobres. También hay que agregar aunque no tenga relación inmediata con la salida de divisas, que en este período el gobierno promovió una reforma a la Carta Orgánica del Banco Central derogando una norma impuesta en 1992 por Domingo Cavallo a tono con el andamiaje jurídico que se montó durante la reestructuración neoliberal.

## De los parches al equilibrio sin salida

El comienzo del segundo mandato de Cristina estuvo signado por la crisis de divisas y por la presión del poder económico. Los controles al dólar y a las importaciones buscaban conservar la solidez externa del país sin comprometer las grandes riquezas privadas pero a su vez sin recurrir al financiamiento externo. Aunque con tendencia a la baja, el nivel de reservas todavía era elevado y había confianza en poder pilotear la tormenta sin hacer cambios bruscos hasta retomar el camino.

Pero el equilibrio era difícil de sostener en un contexto en donde ya no era posible hacer crecer los salarios sin afectar las ganancias empresarias ni hacer crecer la rentabilidad del capital sin reducir los ingresos populares. El gobierno aseguró durante 2011 y 2012 una suerte de empate en la puja distributiva en donde se estancaron tanto los ingresos como la rentabilidad.

Utilizando el tipo de cambio como ancla para evitar que los precios aumenten más que los ingresos, el costo de esta política fue una constante apreciación del peso por el impacto de la inflación sostenida. Dicho de otro modo, aunque el poder adquisitivo de la clase trabajadora no variaba, al medirlo en dólares el salario aumentó un 50% en esos años, lo que no repercutía en los ingresos de los trabajadores y trabajadoras pero sí en los cálculos de costo de las grandes empresas. El resultado de esta situación era una presión creciente sobre el tipo de cambio que hacía cada vez más difícil sostener el equilibrio transitorio.

La estatización parcial de YPF fue quizás la última medida trascendental del **período crispado**. El segundo

semestre de 2012 comenzó a mostrar signos de deterioro de la hegemonía kirchnerista y una ausencia de iniciativa política. Como ocurre también en los momentos de ascenso, la emergencia de problemas estructurales y coyunturales comenzó a horadar el pico de apoyo popular que había conseguido en 2011. ¿En qué momento comenzó la pendiente negativa del gobierno? ¿Qué hechos constituyeron el cambio de escenario que se expresaría con total nitidez en el 2013?

Un hecho muy relevante fue la tragedia de Once en febrero de 2012. El choque de un tren que no frenó en la estación terminal del Ferrocarril Sarmiento y que provocó la muerte de 52 personas. El episodio generó una masiva indignación que no aceptaba la idea de un simple accidente. Se desnudó de esta manera el estado del sistema ferroviario heredado de los noventa y que no fue modificado en casi diez años de gobierno.

Al mal servicio se le agregaba un fuerte entramado de corrupción que involucra a los funcionarios gubernamentales y a las empresas concesionarias de este servicio público. Este hecho a su vez complicó la estrategia económica de comenzar a sincerar las tarifas e intentar aliviar el bache fiscal que generaban los subsidios a los ferrocarriles. La tragedia de Once fue uno de esos eventos que sirvieron para vislumbrar aquellos aspectos estructurales que a pesar del crecimiento económico no se habían encarado.

Otro aspecto relevante del cambio de tendencia fue la ruptura del gobierno con el moyanismo. Aunque apoyaron a Cristina en las presidenciales, ya en las elecciones de octubre la tensión entre la CGT y el gobierno se hizo pública por quedar los primeros relegados en el dispositivo de po-

der. En 2012 esa ruptura se consumó e implicó a su vez una división de la misma central sindical.

Este hecho suele subestimarse como un episodio más de las idas y vueltas de las alianzas políticas pero a nuestro entender debe ser ponderado para comprender las dificultades que afrontó el gobierno en la etapa siguiente. Hugo Moyano no era un dirigente peronista más, sino el principal dirigente del sector más dinámico del movimiento obrero de toda la década. Fue un sostén central de la construcción de la hegemonía kirchnerista desde 2003 y la única facción de la burocracia sindical con real capacidad de movilización.

La CGT que quedó en el oficialismo liderada por Antonio Caló, aunque integra a gremios importantes en cuanto a representatividad de sectores de la producción, no tiene capacidad de jugar el papel que en los años anteriores jugó el moyanismo. El 20 de noviembre de 2012 la CGT, en unidad de acción con la CTA opositora, harían el primer paro nacional desde la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003.

La agenda política fue corriéndose cada vez más. Al desequilibrio económico expresado en la salida de divisas desde 2011, las denuncias de corrupción que iban ganando terreno y los problemas en el sistema ferroviario expresados en la tragedia de Once, se le sumaron otros hechos que hicieron un combo explosivo para el segundo semestre. En julio el gobierno eliminó por completo la posibilidad de comprar dólares para ahorro y luego elevó los recargos para acceder a la divisa para turismo o compras en el exterior, aumentando la bronca de la clase media. A la pelea con el Grupo Clarín por la Ley de Medios se le sumó el accionar

del Poder Judicial que frenaba la aplicación de la norma sancionada en 2009. Y en todo ese marco sectores del oficialismo y por supuesto de la oposición comenzaron a instalar el debate sobre una reforma constitucional para habilitar en el 2015 la re-reelección de Cristina.

Este nuevo clima de debilitamiento del gobierno fue expresado socialmente a través de la reaparición del fenómeno de los cacerolazos el 8 de noviembre (8N), sólo un año después del 54%. La masividad de las protestas contrasta con su consistencia y perduración, pero aunque esporádicas, lograron condicionar fuertemente la agenda política. Contradictoria, como toda expresión de esa naturaleza, pero con una hegemonía política e ideológica bastante clara que se expresaba en el protagonismo de las clases medias-altas y en las consignas de reclamo de “libertad” frente al “autoritarismo” del gobierno, el rechazo a la re-reelección, la defensa de la “libertad de expresión”, la indignación ante la prohibición de comprar dólares, entre otros reclamos.

El 2012 cerró con un fiasco. El “7D”, día en que venía la cautelar que amparaba al Grupo Clarín frente a la Ley de Medios y sobre el que el kirchnerismo intentó montar un hecho político de magnitud, pasó sin pena ni gloria. No es un tema menor ya que la formación de un aparato cultural propio, con fuerte simbología nacional y popular, jugó un papel central en la construcción de la hegemonía kirchnerista en la década y en particular en el **período crispado**. La Ley de Medios, sin embargo, no cumplió con las expectativas que generó, incluso para los medios comunitarios y alternativos que no lograron la legalidad que esperaban. El 7D la Corte Suprema de Justicia no se pronunció al respecto y la resolución a favor recién vendría luego del retroceso electoral de 2013.



Ese año que comenzaba luego de un segundo semestre de 2012 de mucho retroceso para el oficialismo, el gobierno intentó recuperar la iniciativa colocando una propuesta de reforma judicial presentada como el viejo reclamo por la democratización del tercer poder del Estado. El debate político y social se polarizó al igual que en todos los temas del **período crispado**. De un lado la “defensa de la independencia del Poder Judicial” frente al ataque del gobierno, del otro lado un nuevo capítulo de la lucha contra las corporaciones. Sin embargo a diferencia de la Ley de Medios, en este caso se trató de una propuesta mal formulada y presentada sin el trabajo previo en las organizaciones populares. Tanto es así que incluso sectores progresistas del kirchnerismo como el CELS salieron a cuestionar algunos aspectos. Pero quizás aun más sintomático del equívoco del gobierno en este punto fue que la misma quedó absolutamente archivada luego del revés del fallo que imposibilitaba incorporar al cronograma electoral de 2013 la elección popular de consejeros de la magistratura. Nunca más se volvió a hablar del tema.

## **La herencia del “período crispado”: los dos relatos**

El **período crispado** se caracteriza esencialmente por la polarización política y social inaugurada con el conflicto del “campo”. Sobre esa división se montaron los dos “relatos”<sup>33</sup> fundamentales que se disputaron la hegemonía

---

33 Tomamos la expresión “relato” porque se ha instalado como modo de definir un discurso hegemónico, pero no con el uso peyorativo a la que suele asociársela en algunos medios de comunicación. Los “relatos” son

política durante todos estos años. Por un lado el relato de un gobierno nacional y popular que enfrenta a las corporaciones y que se apoya sobre las tradiciones de lucha de nuestro pueblo, que defiende un proyecto industrial contra quienes promueven una inserción exportadora de la Argentina en el mundo, que promueve la ampliación de derechos contra los sectores más conservadores del status quo, que promueve la distribución del ingreso frente a los que quieren la concentración, que defiende una alianza con la región frente a quienes promueven mejores vínculos con los centros financieros internacionales.

Ese relato esconde que en todos estos años la matriz productiva de nuestro país no fue modificada, sino que se ha profundizado el esquema agrario e industrial modelado durante los 90 y que con la excepción parcial de YPF, todos los sectores estratégicos de la economía siguen dominados por el capital privado trasnacional: comercio exterior, sistema financiero, industria, agronegocio, servicios. El discurso oficial también oculta que aunque las condiciones de vida del pueblo trabajador han mejorado, lo han hecho dentro de los límites tolerados por el mercado, es decir que no se ha afectado la riqueza de las principales fortunas del país ni las ganancias de las grandes empresas. También encubre que a pesar de la retórica que apela a lo popular, todas las acciones del gobierno, incluso las progresivas, fueron orientadas en el marco de la institucionalidad vigente y que en ningún momento se intentó modificar las estructu-

---

imprescindibles para sostener cualquier proyecto y ningún discurso coincide en un todo con la realidad.

ras del Estado buscando darle poder al pueblo organizado a través de mecanismos concretos de participación.

En contraste durante el **período crispado** también tomó forma y contenido preciso un relato opositor moldeado desde los grandes medios de comunicación y la política. El que afirma que los problemas de la Argentina se deben a las políticas populistas impulsadas desde el gobierno, en las que se enmarcan el “asistencialismo” y las intervenciones o regulaciones “distorsivas” del Estado en la economía de mercado. Que supone que la corrupción y el mal funcionamiento de las instituciones explican una parte importante de los problemas que enfrenta nuestro país. Que considera que los problemas económicos como la inflación o la escasez de divisas se deben a la falta de “confianza” que el gobierno no brinda al capital. Que endilga al gobierno la responsabilidad de “dividir a la sociedad” con un discurso confrontativo en lugar de apostar por el diálogo y el consenso.

Todo este relato antikirchnerista se asienta y refuerza en las tradiciones más antipopulares de la historia de nuestro país. Detrás de la crítica anti-populista se esconde la propuesta del ajuste, la subordinación plena al poder económico y el individualismo extremo que se promovió en los noventa. Detrás del cuestionamiento del autoritarismo y la defensa de las instituciones se encuentra la defensa del status quo conservador. Detrás de la crítica a la política económica responsable de la inflación y la falta de divisas se invisibiliza el rol de los grupos económicos poniéndolos como víctimas en lugar de victimarios. Y detrás de la apelación al diálogo y la “unidad de los argentinos” se promueve la pacificación de los mercados.

Durante el **período crispado** estas fueron las coordenadas del debate político, al menos en la mayor parte de la sociedad y el sistema político. En éste toda oposición no testimonial al kirchnerismo necesariamente debe ubicarse a su derecha, tomando la agenda de los grupos económicos y mediáticos enfrentados al gobierno. Es así que incluso experiencias que comenzaron como “progresistas” al poner la disputa de poder por arriba como objetivo primordial terminaron corridas hacia alianzas con la derecha.

La razón de este fenómeno no se explica por la traición personal de un Pino Solanas, de un Tumini o de un Binner, sino que es una consecuencia lógica de una orientación política. Jugar las reglas del juego del sistema político dominante, en donde no había cabida para una alternativa de centroizquierda frente al kirchnerismo que en este período ocupó esa franja del escenario político, conduce inevitablemente a la derecha.

En el **período crispado** también crecieron las expresiones militantes de los partidos de izquierda. Su máxima expresión sería en el 2011 la conformación del Frente de Izquierda. En algunos casos, como en el conflicto del “campo”, estas organizaciones mantuvieron una posición de neutralidad, mientras que en otros conflictos aunque diferenciándose de la oposición conservadora, incursionaron dentro de la polarización reforzando el relato antikirchnerista. Tal fue el caso de la Ley de Medios o la estatización de YPF.

También en el mismo período se desarrollaron un conjunto de agrupaciones y movimientos independientes o de “izquierda independiente”, que fueron conformándose como un nuevo espacio político. Con escasa referencia política pero

con una importante fuerza militante en el terreno social, ensayaron durante el **período crispado** distintas experiencias de articulación. La novedad fue su posicionamiento en el contexto de la polarización en donde sin formar parte del espacio kirchnerista no asumieron un lugar de neutralidad ni mucho menos de coincidencia con la oposición conservadora, sino de apoyo a medidas favorables a los intereses de los sectores populares buscando demarcarse lo más posible de una oposición gorila o liberal al gobierno. La fisonomía política de este espacio se encuentra aún en construcción.

El final del **período crispado** está marcado fundamentalmente por límites propios del modelo, que nunca se propuso ni traspasar las barreras del capitalismo serio ni remover la vieja institucionalidad política y del Estado. El florecimiento de la restricción externa y las dificultades para sortear los problemas con políticas “heterodoxas” y seguir confrontando con el establishment, condujo a un cambio de política que se expresará en el período siguiente.

# ETAPA 3: EL PACTO DE GOBERNABILIDAD

Una serie de hechos de la lucha de clases, de cambios en la política oficial y de modificación en la agenda pública del país nos conducen a pensar que estamos transitando una tercera etapa de la Argentina bajo hegemonía kirchnerista. ¿Qué elementos distinguen a esta etapa de las dos anteriores? Como aclaramos en la introducción esta periodización no supone rupturas totales, ya que se trata siempre de un mismo proceso político. Pero parece bastante evidente que el período actual no sólo es diferente del consenso dominante de los primeros años del modelo sino también de los momentos de choque que se abrieron con el conflicto del “campo”.

Durante el **período crispado** y sobre de todo en los últimos años emergieron limitaciones económicas y políticas propias de nuestra estructura dependiente, que fueron relatados en la sección anterior. Moderadas y hasta equívocas, las respuestas del kirchnerismo frente a las ten-

siones económicas y políticas durante el **período crispado** tuvieron la virtud de eludir a las presiones del establishment. Al desafío de las patronales agrarias les respondió con estatización de las AFJP, Ley de Medios y Asignación Universal por Hijo. A la aparición de la restricción externa, con control cambiario y recuperación parcial de YPF.

A partir del año 2013 y con mayor claridad aún en los comienzos de 2014, el gobierno optó por revisar su política de confrontación propia del **período crispado** y buscar la reconciliación con los sectores dominantes. Entendemos que la característica principal de este tercer momento de la Argentina bajo hegemonía kirchnerista se caracteriza fundamentalmente por la búsqueda de un **“pacto de gobernabilidad”**, entendiendo por esto a un acuerdo de corto plazo conducente a garantizar la estabilidad de los dos últimos años de mandato que restan para completar el período presidencial.

Aunque en el imaginario pueda existir la ilusión de retornar al período de **“consenso neodesarrollista”**, tanto el gobierno como los grupos económicos eran conscientes de que las condiciones ya eran muy diferentes a las del período 2003-2007. Si en aquellos años las ganancias del poder económico eran sostenibles con creación de empleo y mejoramiento de ingresos, ahora serían necesarias políticas de ajuste.

El **“pacto de gobernabilidad”** es en parte hijo del fracaso de las políticas heterodoxas que no lograron frenar la crisis de divisas ni el impacto de la inflación. Pero también es heredero del retroceso político-electoral que el kirchnerismo sufrió en 2013, agravado por la imposibilidad de re-reelección de Cristina.

Un pacto requiere naturalmente el acuerdo de ambas partes. Para lograrlo el gobierno debería dar muestras de querer realmente lograr un nuevo equilibrio. Ya a partir de las primarias de 2013 Cristina había convocado a “los titulares” a sentarse en la mesa de diálogo, pero obviamente se requería algo más que simples discursos. El giro de la política económica y el cambio en el discurso sobre la protesta social junto al despliegue de importantes dispositivos represivos, son quizás los hechos más sintomáticos de esa búsqueda de reconciliación. ¿Pero recibiría el gobierno la anuencia de su contraparte?

Como se trata de una etapa en curso y con final abierto, no estamos condiciones de hacer un balance, pero sí de analizar los aspectos centrales que caracterizan a este momento de la Argentina bajo hegemonía del kirchnerismo.

## **El giro de la política económica**

El kirchnerismo definió romper el equilibrio de parches que había sostenido durante 2011 y 2012, y lo hizo a favor de los sectores dominantes. Retornó en su intento de conquistar al establishment local e internacional, otorgando importantes concesiones.

De la crisis de divisas que comenzó a operar fuertemente en 2011, el gobierno aprovechó las elecciones para cerrar el capítulo de respuestas “heterodoxas” y dar vuelta la página. Ante la insuficiencia que demostraron los controles cambiarios y la estatización parcial de YPF para detener la sangría de dólares y ante el fracaso de iniciativas como el



blanqueo de capitales<sup>34</sup>, el gobierno reestructuró su comando económico entregando de paso algunas cabezas pedidas por el establishment.

Pero la nueva política económica no dependía tanto de los nombres de los funcionarios. Si paradójicamente Kicillof llevará una política más “antipática” que la de sus antecesores Boudou y Lorenzino, no tiene que ver con las convicciones personales de uno y otro (que posiblemente indicarían el camino opuesto) sino con los condicionamientos de la realidad y la definición política del gobierno de buscar un determinado escenario hacia 2015.

Comenzado el año 2013 el gobierno se enfrentaba a una encrucijada difícil luego de dos años de pérdida sistemática de reservas. El poder económico y la oposición exigían un ajuste para salir de los desequilibrios con dos pilares esenciales: 1) devaluar el peso para corregir el “atraso cambiario” 2) Realizar un ajuste fiscal para frenar la emisión monetaria y establecer una política de “metas de inflación”.

En el comienzo del giro de la política económica el gobierno prometió no hacer el ajuste que exigía el poder económico<sup>35</sup>. Pero ante la insuficiencia de las políticas adoptadas para hacer frente a la crisis de divisas y la decisión política de no radicalizar la confrontación con el empresariado, el gobierno se decidió a hacer los deberes para poner en pie una nueva estrategia: volver a los mercados internacionales y mejorar el “clima de negocios” para facilitar inversiones extranjeras.

---

34 En 2013 el CEDIN sólo atrajo U\$S 500 millones, de los cuales sólo 40 vinieron del exterior.

35 En un discurso de abril de 2013 Cristina dijo explícitamente que quienes esperaban una devaluación, deberían esperar a otro gobierno.

Estas medidas tenían como objetivo explícito dar condiciones a la Argentina para acceder al mercado de capitales y dar una imagen de confianza hacia las empresas para atraer inversiones extranjeras. El caso del acuerdo con Chevron para explotar una parte del yacimiento de hidrocarburos no convencionales de Vaca Muerta, era simplemente un botón de muestra de lo que se buscaba para hacer frente al período siguiente.

Pero para avanzar en esta dirección el gobierno debía cerrar algunos litigios internacionales que complicaban a nuestro país en los mercados internacionales. En ese marco se explican los arreglos con algunas empresas en el CIADI por fallos contrarios a la Argentina y a favor de multinacionales que operaron en nuestro país o el avance en la construcción de un nuevo índice de precios con monitoreo del FMI (el IPCNU). También la indemnización a Repsol como compensación por la expropiación del 51% de las acciones de YPF y el acuerdo con el Club de París para asumir una vieja deuda de orígenes también sumamente cuestionables.

La promesa del gobierno parecía consistir en hacer posible esta política de acercamiento a los mercados internacionales sin hacer la devaluación y ajuste que pedía el poder económico. Pero para que esto fuera posible debía poder contener las presiones devaluatorias y la espiral inflacionaria, lo que consiguió por varios motivos.

La política de mini-devaluaciones del Banco Central, que buscaba acompañar la inflación y evitar una mayor apreciación del dólar, dio el marco a un comportamiento especulativo de los grandes exportadores que comenzaron a retener la cosecha esperando un mejor valor de la divisa para obtener más ganancia. La tendencia a la baja de reservas se pro-

fundizó, perforó el piso de U\$S 30 mil millones y en enero de 2014 el Banco Central dejó de intervenir por dos días, convalidando un salto devaluatorio de 16%, que acumulaba una devaluación del 22% desde comienzo de año y que comparado con el año anterior representaba una devaluación anual del 60%. El propio salto devaluatorio hacía inviable la posibilidad de controlar las presiones inflacionarias por lo que la estrategia de acercamiento a los mercados internacionales sin ajuste se tornaba cada vez más difícil.

La devaluación, acompañada por un aumento de las tasas de interés por parte del Banco Central y un control estricto de las importaciones, logró el objetivo de frenar la caída de reservas. En un primer semestre que siempre cuenta con la inyección de divisas provenientes de la cosecha agraria, se logró establecer un equilibrio transitorio. Pero el costo de este remedio fue una recesión de la actividad económica que comenzó a sentirse con fuerza en pérdida de puestos de trabajo o suspensiones y por primera vez en todos los años de gobierno kirchnerista, una caída en el consumo.

A su vez el gobierno acompañó la depreciación de la moneda con el anuncio de “redireccionamiento” de subsidios, lo que implica mayores tarifas para los usuarios, subida de precios en los medios de transporte y un aumento constante del precio de los combustibles para hacer más rentables las inversiones petroleras. Todas estas decisiones, sumadas al efecto de la propia devaluación, alimentaron la tendencia inflacionaria.

La única concesión que el gobierno no dio al poder económico es el ajuste fiscal. No es menor, por supuesto, y por ello aun con la nueva política económica los grupos empresarios seguían exigiendo realizar un ajuste todavía más

profundo reduciendo significativamente el gasto público. Sin embargo es claro que el recetario optado en conjunto distaba de las iniciativas que caracterizaron la política oficial durante el **período crispado**.

## **Argentina no quiere ser Venezuela**

En muchos foros internacionales y sobre todo los referidos a temas económicos, suele asociarse los problemas de nuestro país a los de Venezuela. Se los señala como los países con mayor inflación del continente, que comparten restricción a la compra de dólares y el establecimiento de distintas regulaciones sobre la actividad privada.

En general los medios de comunicación hegemónicos han utilizado durante el **período crispado** la comparación con Venezuela como una forma de descalificar las políticas de gobierno. A la similitud de los problemas económicos se le agrega la supuesta violación de la “libertad de prensa” y la falta de respeto a las instituciones republicanas.

De alguna manera se fue construyendo la idea de que el chavismo era algo así como la etapa superior del kirchnerismo y que de proseguir el curso establecido, la Argentina se encaminaba a ser como Venezuela. No casualmente muchas de las protestas de las clases medias en los “cacerolazos” llevaban consignas referidas a no querer ser como las “dictaduras” de Venezuela y Cuba.

En el **pacto de gobernabilidad** que caracteriza a esta tercera etapa de la Argentina bajo hegemonía kirchnerista, el gobierno ha demostrado que no quiere seguir los pasos de la Revolución Bolivariana. La comparación resulta oportuna porque justo cuando el proceso político argentino

se encontraba girando en el sentido descripto, la Revolución Bolivariana enfrentaba uno de los niveles de desequilibrio económico y conflicto social más elevados de todos estos años.

Indudablemente lo que sucede en Venezuela funciona como un espejo a futuro de lo que ocurriría si la Argentina o cualquier país de América Latina imitaran un camino de confrontación a fondo con el poder económico y los intereses imperialistas. El desabastecimiento, la inflación y la escasez de divisas son distintas caras de lo que el propio Chávez había calificado como una “guerra económica” de la burguesía.

Pero el giro de la política económica argentina contrasta justamente con la actitud que el gobierno venezolano tomó frente a las presiones del poder económico. Mientras que la Revolución Bolivariana convocaba a dar batalla contra la burguesía y al pueblo a organizarse para profundizar la confrontación de clases, el gobierno argentino convocaba a los empresarios nacionales a sentarse a la mesa de negociación y llamaba a los trabajadores y trabajadoras a la moderación de sus reclamos para no romper el equilibrio macroeconómico. El kirchnerismo también promovió un “golpe de timón”, pero en el sentido contrario que el venezolano.

## **La tentación de ser “emergente”**

El contexto internacional también constituye un elemento que puede servir de ayuda para comprender algunos de estos cambios, ya que nuestra región se encuentra en permanente disputa entre su latente proyecto de integración soberana y los intereses de las distintas potencias con ambiciones imperiales.

El **período crispado** en Argentina coincidió con un proceso de debilitamiento del proyecto de integración latinoamericana, al menos de sus posibilidades más radicales planteadas por la Alianza Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA). El derrocamiento militar de Zelaya en Honduras en 2009 y la destitución de Lugo en Paraguay en 2012, motorizados por las clases dominantes de estos países en colaboración con el imperialismo norteamericano, implicaron dos retrocesos claros para la región. A esto se agregó el triunfo rotundo de Santos en Colombia, la derrota del PRD mexicano y por supuesto el impacto de la muerte de Hugo Chávez el 5 de marzo de 2013.

El proyecto de integración regional formulado por Chávez en su rol de líder continental nunca terminó de lograr adhesión en los gobiernos neodesarrollistas y en particular en Brasil, presionado por sus elites locales para asociar su desarrollo a los marcos del consenso global de mundialización y financiarización del capital. La coincidencia entre los gobiernos populares y neodesarrollistas sirvió para derrocar el proyecto cuasi-anexionista del ALCA y para avanzar en marcos institucionales más autónomos (UNASUR, CELAC) pero no para desarrollar un proyecto de integración basado en la soberanía popular, la cooperación y la solidaridad bajo patrones no mercantiles. De allí los obstáculos puestos para avanzar en propuestas concretas como el Banco del Sur y otras iniciativas que implicaban mayores choques con el sistema financiero internacional.

El debilitamiento del proyecto de integración coincidió con el fortalecimiento de las potencias económicas emergentes, en particular de China y la conformación del bloque BRICS, que ha ganado fuerza como alternativa de

asociación para el desarrollo de nuestra región. La posibilidad de reemplazar la necesidad de la integración latinoamericana por la asociación con las potencias emergentes ha ganado terreno en los últimos años en los gobiernos de la región y ha corrido el debate sobre la dependencia estructural de nuestras formaciones económicas y sociales.

## **El giro también es político**

El **pacto de gobernabilidad** no se reduce a la nueva política económica. No casualmente en la apertura de sesiones legislativas del presente año Cristina eligió como uno de los ejes de su intervención la necesidad de regular las protestas sociales. El cambio de discurso frente a las movilizaciones y protestas va de la mano de importantes despliegues de fuerzas de seguridad en las marchas y del protagonismo como referente del kirchnerismo en la materia de Sergio Berni, un hombre claramente contrario al ideario vinculado a la política de derechos humanos.

El rol de Berni a su vez no se limitó a las protestas sociales. También ha implicado un cambio de actitud del gobierno en relación al recurrente tema de la inseguridad. Aunque en las provincias las gestiones alineadas al oficialismo nunca dejaron de abordar el tema desde una perspectiva punitiva, en el plano nacional el kirchnerismo tomó distancia de las propuestas de mano dura a través de la creación del Ministerio de Seguridad bajo la gestión de Nilda Garré. La instalación de Berni como figura central de la política de seguridad del gobierno, marca también el cambio de rumbo enmarcado en el **pacto de gobernabilidad**.

Otro caso emblemático que generó fuertes debates en el movimiento popular y de derechos humanos fue la defensa de Cesar Milani como jefe del Ejército. Este militar proveniente de la Dirección de Inteligencia es señalado por la mayoría de los organismos de derechos humanos y fuerzas populares como partícipe en la aplicación del terrorismo de Estado durante la última dictadura en La Rioja y Tucumán. Pese a todos los cuestionamientos, incluso de organismos partidarios del oficialismo, el gobierno no dio marcha atrás y sostuvo su nombramiento.

Restará ver en qué medida el **pacto de gobernabilidad** se expresará en la orientación política del kirchnerismo de cara a la sucesión presidencial de 2015. Aunque no necesariamente implique un anticipo, el reordenamiento del PJ en su último Congreso buscando la unidad entre los sectores tradicionales (expresados en gobernadores y sindicalistas) con las nuevas generaciones expresadas fundamentalmente en La C mpora, puede ser un indicio.

## **El “piquete” de Griesa: el pacto de gobernabilidad pende de un hilo**

Poniendo a prueba una vez más la imprevisibilidad de los tiempos que corren, el curso elegido por el gobierno para reinsertarse en el mundo y aliviar la crisis de divisas chocó con el obstáculo impuesto por la justicia norteamericana. Su apoyo a los fondos especulativos que litigaron contra nuestro país despertó la justa indignación de todos los países de la región contra un sistema financiero que busca ahogar hasta el absurdo a todas las economías emergentes.



Las dificultades para acceder al mercado internacional generadas por esta inédita situación complicaron la estrategia oficial y la posibilidad de generar el famoso “clima de inversión” necesario para la atracción de capitales. El posicionamiento de la Argentina en diversos foros internacionales y el cuestionamiento al rol de los Estados Unidos colaboran en la misma dirección.

Aunque era de esperarse para el segundo semestre un nuevo clima de presiones devaluatorias por parte del poder económico, el conflicto con los buitres incentivó las acciones especulativas y potenció la corrida cambiaria. La resolución de esta tensión no será para nada irrelevante para la determinación del escenario de disputa presidencial del próximo año. Y la solución frente al dilema presentado por la justicia norteamericana también tendrá un impacto determinante para el próximo gobierno.

Pero en el plano local también se despertaron nuevos conflictos luego del romance generado por la devaluación. Es que el gobierno en su objetivo de sostener la estabilidad y lograr un curso tranquilo hacia 2015 no puede convalidar en pleno las presiones del poder económico, pero tampoco tomar medidas radicales que afecten sus intereses. En ese marco se inscriben iniciativas como la reforma a la Ley de Abastecimiento y la nueva Ley de Hidrocarburos. El estrecho callejón en el que se sostiene la política oficial, hace pender de un hilo el **pacto de gobernabilidad** logrado.

Restará ver en qué medida el poder económico acompañará al gobierno en su estrategia de asegurar el tránsito tranquilo para el último año de mandato y qué concesiones deberá y podrá hacer el oficialismo para seducirlo sin atentar de manera directa contra su propia base social.

## Camino hacia el 2015

A riesgo de hacer futurismo, es posible comenzar a imaginar el escenario que cerrará un ciclo de doce años de gobierno y hegemonía kirchnerista. Decir esto no supone que el kirchnerismo vaya a desaparecer luego de 2015 ni que quedará por fuera de cualquier esquema de gobierno. Pero indudablemente el 2015 será un año bisagra, cerrará una etapa y comenzará otra. Se tratará en ese sentido de unas elecciones que tomarán ribetes históricos, de esas elecciones que marcan la historia argentina.

El poder económico ya ha definido el rumbo que intentará imponer al país. Por un lado quiere cerrar el ciclo conflictivo que representó el kirchnerismo y reemplazarlo por un gobierno que le dé un control más férreo sobre las instituciones de gobierno. Por otro lado es plenamente consciente de que la economía argentina no recuperará el crecimiento económico que les permita realizar sus ganancias sin un fuerte ajuste sobre los ingresos populares.

Por ello han proliferado en estos tiempos todo tipo de coloquios en donde la burguesía argentina y sus intelectuales orgánicos debaten un programa para la próxima etapa. Un ejemplo de esto último ha sido la creación del Foro de Convergencia Empresarial, en donde establecieron los lineamientos básicos de cualquier gobierno que quiera contar con su apoyo a partir de 2015: recuperar el funcionamiento del sistema republicano, un plan antiinflacionario, seguridad jurídica para las inversiones, anulación de regulaciones de precios, baja de presión tributaria, mayor “integración” al mundo, eliminación de las retenciones a las exportaciones.

No se trata, como suele plantearse en ciertos ámbitos de discusión, del retorno al neoliberalismo de los noventa. El bloque dominante no impugna el modo de acumulación basado en la inserción dependiente de la economía argentina en el *boom* de las *commodities*, ni la estructura productiva consolidada en estos años. Lo que promueven los grandes empresarios es una profundización del modelo neodesarrollista pero sin las desviaciones populistas que el kirchnerismo le impregnó, sobre todo durante el **período crispado**.

Pero este programa antipopular no es patrimonio de la oposición. Todo parece indicar que los principales candidatos del oficialismo son variantes igual de esperanzadoras para el poder económico. El caso más emblemático es el de Daniel Scioli, que se propone como una continuidad con cambios y es una de las apuestas más sensatas de la mayor parte del establishment.

Visto desde esta perspectiva el escenario parece sumamente sombrío, ya que todas las opciones de poder real implican un recambio por derecha, potenciado por la ausencia de alternativa de los sectores populares con capacidad de disputar poder. Una conclusión provisoria entonces podría ser que el 2015 desde el punto de vista del movimiento popular no parece ser un escenario ideal para la disputa político-electoral.

Pero también cabe plantearse qué es posible hacer desde el movimiento popular para evitar el recambio conservador que se va consolidando hacia el 2015. ¿Será posible que las fuerzas más tradicionales de la izquierda confluyan con otras expresiones políticas del movimiento popular? ¿Habrán sectores del kirchnerismo que no quie-

ran convalidar el giro conservador y estén dispuestos a dar pelea junto al resto del campo popular? ¿Estará dispuesta la militancia proveniente de experiencias como Proyecto Sur o las vinculadas a la CTA a apostar a la construcción de un nuevo espacio político que no repita los errores de aquellos? Y finalmente ¿estaremos las organizaciones de la nueva izquierda independiente o popular a la altura de intervenir en esta nueva etapa?

En cualquier caso el escenario electoral resulta sumamente complicado, pero esto no representa necesariamente la imposición de un reflujo militante o un retroceso político o material de los sectores populares. Al menos no de manera inexorable, ya que eso en todo caso será motivo de disputa.

Independientemente de las dificultades para disputar poder con un proyecto popular en las próximas presidenciales, existe en nuestro pueblo un enorme acumulado fruto de décadas de lucha, potenciado por conquistas logradas en esta década. Aunque hoy parezca sencillo para los sectores dominantes ganar las presidenciales de 2015, no significa que les resultará fácil aplicar el programa anti-popular que preparan para la Argentina en una versión de neodesarrollismo conservador. La capacidad de resistencia y la necesidad de no retroceder quizás puedan alumbrar la posibilidad de construir para un futuro no muy lejano un nuevo proyecto popular para lograr la emancipación nacional y el cambio social en nuestra patria.

# CLAVES PARA PENSAR UN NUEVO PROYECTO EMANCIPADOR

Partimos de una convicción sobre la necesidad de construir un nuevo proyecto emancipador para nuestro país. Cómo hacerlo no es un debate sencillo, por más que en algunos espacios de militancia suela creerse que alcanza con repetir de forma sistemática una serie de consignas o propuestas generales suponiendo que transformar la Argentina fuera tan sencillo como aplicar una receta.

Lamentablemente no vamos a derrotar a los proyectos capitalistas por cansancio ni con meros principios y voluntad, tal como demostraron todas las revoluciones en la historia, que fueron a su vez grandes ensayos creativos que supieron combinar de manera original sujetos sociales diversos, programas de gobierno, estrategias de poder, rescate de las identidades populares históricas, entre otros

aspectos que pueden condensarse en la movilización de un pueblo que persigue una utopía.

Por ello resulta particularmente importante aprender del proceso político reciente, analizando las virtudes y limitaciones del proyecto hegemónico que representó el kirchnerismo. ¿Qué elementos del kirchnerismo nos hicieron y nos hacen replantearnos aspectos centrales de nuestra estrategia política? ¿Qué elementos que no teníamos en cuenta hace diez años no deben ser subestimados en el futuro? Y al mismo tiempo, ¿cuáles son las limitaciones que un proyecto de transformación profunda debería superar? ¿Qué aprendizaje nos deja esta década en relación a cómo modificar la correlación de fuerzas a favor de los sectores populares? Abrir una reflexión contestando estas preguntas es una necesidad de la militancia que se toma en serio el desafío de hacer la revolución en la Argentina.

Un primer elemento que resalta del balance es que el kirchnerismo siempre fue fiel al proyecto político enunciado el 25 de mayo de 2003. Reconstruir un capitalismo nacional, buscar la inclusión de los que el neoliberalismo había dejado en la marginalidad absoluta, recuperar ciertas palancas de soberanía o autonomía política. Fortalecer las instituciones del Estado, tanto frente a los grupos económicos como ante los cuestionamientos del movimiento popular que exigía que se vayan todos.

Al igual que a mediados del siglo XX, ese proyecto requiere por un lado de un sujeto empresario con interés en desarrollar el mercado interno y por otro de un Estado con capacidad de regulación y generación de las condiciones que hagan posible ese desarrollo. Nada nuevo bajo el sol si miramos la historia argentina. Pero si ya hace cincuenta

años ese proyecto era discutible en cuanto a su viabilidad, en el actual contexto mundial de globalización productiva y financiera, resulta aun más problemático.

A diferencia de los viejos proyectos de capitalismo nacional, su versión actual no discute los términos de inserción de nuestro país en el sistema mundial. El consenso dominante en relación con este punto explica el apoyo al proyecto kirchnerista por parte de distintos sectores de poder, sobre en todo en los años del “**consenso neodesarrollista**” y en el ensayo actual del “**pacto de gobernabilidad**”. Ese es el proyecto que los sectores dominantes más poderosos quieren continuar y profundizar a partir de 2015.

Pero el proyecto del kirchnerismo sí discutió con otros sectores dominantes la posibilidad de utilizar esa inserción dependiente para hacer funcionar en forma paralela un mercado interno que permita mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora argentina. Volcar recursos de esa inserción dependiente (vía retenciones), apuntalar la demanda (vía subsidios, políticas de ingresos y paritarias) y en momentos de crisis establecer regulaciones estatales (control de importaciones y del dólar, nacionalización de YPF). Esta es la discusión fundamental que se expresó en el **período crispado**.

Esa fidelidad a los ideales del capitalismo nacional fue combinada con un preponderante pragmatismo político, lo que constituye el segundo elemento de balance que aparece claramente en el recorrido de todos estos años. Es ese pragmatismo el que desconcertó permanentemente tanto a la militancia popular como a los propios representantes de las clases dominantes y de la corporación política. En su virtud está su defecto.

El kirchnerismo no tuvo problema en girar una y otra vez buscando salidas creativas a los problemas que se le fueron presentando. Es evidente por ejemplo, que las empresas estatizadas en estos años no correspondieron a un plan de recuperación de los sectores estratégicos de nuestra economía, sino a respuestas frente a problemas coyunturales que le explotaban al gobierno en la cara como el déficit fiscal o la crisis de divisas. Esto no anula su carácter progresivo, pero sí marca una clara limitación en relación al lugar que estas medidas ocuparon en la estrategia oficial.

Nuestro cuestionamiento a los problemas del pragmatismo no es de la naturaleza que suele hacer la reacción, que asocia los problemas con la improvisación gubernamental y por tanto exige como alternativa el “orden”. No pretendemos ni pensamos que sea posible desarrollar una planificación del proceso revolucionario, ya que si este es verdaderamente genuino será enemigo de toda ordenación esquemática. Cierta improvisación es inherente a cualquier proceso de cambio.

Lo que cuestionamos del pragmatismo kirchnerista no es entonces la ausencia de un plan perfecto, sino la falta de una estrategia que delimite en forma clara enemigos y se proponga objetivos para modificar la correlación de fuerzas. Lo primero suponía definir actores a derrotar, por ejemplo en el sentido que el propio peronismo le dio a su enfrentamiento con la oligarquía, a quien identificaba como antagonica a su proyecto de país. Lo segundo implicaba fortalecer las construcciones de poder popular no en función de una instrumentalización coyuntural, sino como una apuesta estratégica, como “empoderamiento” del pueblo.

El pragmatismo del gobierno también fue asumido por la militancia popular con cierta reacción impresionista.



Cualquier medida progresiva se utilizaba como testimonio del carácter popular del gobierno, mientras que políticas regresivas eran utilizadas para demostrar su esencia reaccionaria. En estos casos se cometía el error de intentar caracterizar un proceso largo y complejo a partir del aislamiento de hechos puntuales y perdiendo la perspectiva general. Efectivamente el kirchnerismo podía estatizar YPF y votar la ley antiterrorista al mismo tiempo y ambas acciones debían ser integradas en el mismo proceso político.

Un tercer elemento ineludible refiere al vínculo que el kirchnerismo estableció con la militancia popular y el pueblo en su conjunto. Indudablemente el crecimiento explosivo de la militancia en la Argentina de estos años tuvo, aunque no único por supuesto, uno de sus motores en el carácter del gobierno. En particular en el **período crispado** esta situación se potenció en un contexto de particular politización de la sociedad.

Pero al mismo tiempo el kirchnerismo limitó esta “primavera democrática” a la ampliación de derechos civiles sin asumir la necesidad de una transformación del Estado ni del sistema político. Con la excepción parcial de la Ley de Medios, nunca se planteó como un elemento central de su proyecto la participación directa de los sectores populares en la discusión de las leyes, medidas y programas de gobierno. Podríamos decir que el kirchnerismo confió y confía en las instituciones del Estado tal como hoy lo conocemos. Avala la idea de la neutralidad de las instituciones y por ende limita su intervención a su disputa y no se propone transformarlas.

El kirchnerismo valora la militancia popular y por ello la disputa. Pero no se imagina la gestión gubernamental por fuera de los marcos de la ley vigente. Inclu-

so los sectores más progresistas dentro del kirchnerismo, que desconfían de la burguesía nacional y el proyecto de capitalismo en serio, asumen que es el Estado en todo caso el sujeto de cambio y no el pueblo a través de la participación directa.

Estos elementos de balance contrastan con la experiencia de los procesos de cambio abiertos en la región en sus versiones más radicales, como pueden ser los de Venezuela y Bolivia. El kirchnerismo nunca se propuso trascender el “capitalismo serio”, no apostó a fortalecer las construcciones populares en un sentido estratégico para modificar la correlación de fuerzas en la Argentina ni tampoco se propuso la democratización del Estado y la política como una de sus metas.

En lo que sigue intentaremos retomar los límites planteados y arriesgar algunos ejes que hacen a un proyecto emancipador para la Argentina en tres claves. La discusión del **modelo productivo**, que nos obliga a discutir con la tesis neodesarrollista, o con su versión de “capitalismo nacional” llevada adelante durante estos años. La **agenda social postergada** que se relaciona con los sujetos sociales no privilegiados en el proyecto hegemónico kirchnerista y que a nuestro entender deben ser un actor central en un nuevo proyecto de transformación. Y finalmente **la democratización política** que implica colocar a la participación popular como estrategia central de un proceso de liberación y por ende la necesidad de encarar una transformación profunda del Estado y el régimen político.

# **SUPERACIÓN DEL MODELO PRODUCTIVO DEPENDIENTE**

La estructura productiva argentina conserva las características que nos legaron las transformaciones neoliberales: dependencia, concentración, extranjerización, privatización, desregulación. Como analizamos en el texto, el modo de acumulación cambió con la salida de la convertibilidad, pero eso no es sinónimo de transformación del sistema productivo.

## **El sector agropecuario**

El agro es el sector privilegiado de nuestra economía, pero no sólo por sus ventajas naturales, sino también por la gran incorporación de tecnología y formas organizativas empresariales modernas. En la actualidad es nuestra principal fuente de generación de divisas, potenciada por el aumento de los precios de exportación de los productos primarios, fundamentalmente la soja.

Se trata de un sector altamente concentrado en donde sólo el 6% de productores de soja (pooles de siembra)

concentra el 54% de la producción. Un cuarto de la misma se exporta de manera directa, mientras que el resto pasa a una etapa de industrialización en donde se elaboran aceites que luego también se exportan. En esta segunda cadena, siete empresas productoras de aceites de soja concentran el 70% de la producción<sup>36</sup>.

A su vez dos tercios de esa producción se exporta directamente, mientras que el tercio restante se destina a la elaboración de biocombustibles. Lógicamente muchas de las empresas que se ocupan de la producción del grano, del aceite y finalmente del combustible, están integradas entre sí así como también con el complejo exportador que se dedica a colocar esa mercancía en el mundo. Argentina es hoy el principal exportador de aceite de soja y nuestros principales clientes son China y la Unión Europea, representando el complejo oleaginoso hoy casi el 30% de nuestras exportaciones y por ende una importante fuente de divisas. Sobre el comercio exterior volveremos más adelante.

El control del capital privado y fundamentalmente de las transnacionales en la producción es casi absoluto. Desde la producción de semillas, la siembra y la producción agro-industrial hasta la exportación. El Estado sólo participa de esta renta a través de las retenciones, lo que cumple una importante función macroeconómica y de recaudación fiscal, pero no condiciona de manera directa el modelo productivo del agro que se determina según los criterios del mercado.

---

36 Son: Cargill, Molinos Río de la Plata, Terminal 6, Dreyfus, Oleaginosas San Lorenzo, Vicentin y Bunge.

La explosión agraria reciente se explica fundamentalmente por el *boom* de la soja, lo que desplazó a otras producciones y nos plantea un debate acerca de la soberanía alimentaria, es decir sobre nuestra capacidad de decidir qué alimentos producimos y consumimos.

A su vez el avance de la soja y el desplazamiento de otros cultivos se relacionan de manera directa con el precio interno de los alimentos. Aunque el proceso inflacionario general se explica por razones que hemos desarrollado anteriormente, en particular en el caso de los alimentos se intensifica por la caída en la producción de otros cultivos o de la ganadería. Por eso en este rubro se registran aumentos superiores al promedio.

También aparece otro dilema vinculado a la sustentabilidad ambiental de este modelo agrario, ya que el *boom* de la soja ha venido de la mano con el uso intensivo de agrotóxicos, siendo el más conocido el glifosato. En los últimos 20 años hemos aumentado el consumo de pesticidas en un 858%.

Por último, este modelo agrario ha implicado también un continuo desplazamiento de las comunidades campesinas e indígenas de nuestro país con el objetivo de expandir en forma permanente la frontera de la soja. Esta situación se ha llevado la vida de decenas de campesinos e indígenas en los últimos años.

Toda esta política está contenida en el Plan Estratégico Agroalimentario (PEA) elaborado por el Ministerio de Agricultura que planifica llegar al 2020 con una cosecha de 160 millones de toneladas de granos. En ese plan no hay mención ni lugar para los movimientos campesinos ni para la agricultura familiar.

Pérdida de soberanía alimentaria, aumentos de precios de los alimentos, contaminación ambiental, desplazamiento de campesinos e indígenas, son todas consecuencias de un particular modelo de producción que se ha moldeado en los últimos veinte años en función de la dinámica exportadora de la economía Argentina y que resulta incompatible con una vía de desarrollo que priorice la satisfacción de las necesidades humanas por sobre el lucro. Se impone por lo tanto discutir otro modelo agrario.

## **La industria**

Tras un intenso proceso de desindustrialización derivado de las políticas neoliberales en nuestro país desde 1975, con la salida de la convertibilidad en 2002 la industria comenzó una fase de crecimiento gracias a una demanda sólida derivada de la creación de empleo, suba de salarios y un tipo de cambio alto como protección.

No obstante, el sector industrial actual también es heredero de las transformaciones operadas durante el neoliberalismo, la tecnificación de los sectores derivados de los recursos naturales y la creación del Mercosur.

El principal sector industrial es el de Alimentos y Bebidas, donde se destaca la producción de derivados de la soja y otros productos primarios, seguido del de productos químicos. Ambos sectores sobrevivieron sin problemas la convertibilidad y se expandieron fuertemente en la postconvertibilidad, ya que están sumamente asociados a la alta productividad del campo y la explotación de recursos naturales.

Otro sector que se reconfiguró al calor de las transformaciones de los '90 y se convirtió en una de las estrellas del

crecimiento económico de estos años fue el automotriz. Desde su desarrollo en Argentina a partir de la década del '50 esta industria se caracterizó por utilizar insumos de contenido nacional, a partir de maquinaria importada, y abastecer a prácticamente la totalidad del mercado local. En la convertibilidad con la globalización creciente y la apertura comercial y financiera, esta industria abandonó el esquema de producción nacional por una lógica de producción deslocalizada. A partir de la implementación del Mercosur las terminales automotrices aprovecharon para instalarse en los países de la región y comenzar a comerciar sin barreras aduaneras. En este sentido instalaron la producción de los modelos y los eslabones de la cadena de producción alternadamente entre los distintos países. Como resultado de este proceso el mercado automotriz argentino pasó de estar compuesto en 1995 por un 74% de vehículos nacionales a tan solo un 37% en 2013. Como contracara las exportaciones tuvieron un crecimiento sustancial. Sin embargo, de los autos de fabricación nacional, tanto los que se venden al mercado interno como externo, solo un 30% del valor del vehículo está fabricado en la Argentina. El resto se importa desde Brasil o continúa viniendo de Europa o Asia. De esta manera tan sólo en 2013 el sector acumuló un déficit comercial de 8 mil millones de dólares.

Quizás un sector “novedoso” que se ha destacado en la última década porque se vincula de manera directa con el mercado interno es el de la industria textil, que había sido desmantelada en los '90 en el marco de la apreciación cambiaria y la apertura comercial. De todos modos su participación en el conjunto del conglomerado industrial argentino es muy baja.

*Grosso modo*, podemos decir que se ha consolidado un tipo de industria fuertemente asociada a una inserción

pasiva en el mercado mundial, de tipo capital-intensiva y por ende con baja generación de empleo y altos niveles de concentración y extranjerización. Este perfil de especialización industrial es coincidente con el que se propone desarrollar a través del Plan Estratégico Industrial elaborado por el Ministerio de Industria, que pretende lograr para el 2020 una producción de 1,9 millón de autos a través de la inserción en las cadenas globales de valor.

La industria que predomina en nuestro país también juega un papel relevante en la cuestión de las divisas. El 65% del crecimiento de las importaciones entre 2003 y 2012 se explica por necesidades de producción de este sector<sup>37</sup>. Las importaciones derivadas de la demanda de la industria local crecieron proporcionalmente más que el conjunto de la economía, lo que hace que la sustentabilidad de nuestra industria dependa exclusivamente del aumento de los precios del agro. Sólo la producción industrial de alimentos, metales y cuero son superavitarias en divisas. Todo el resto le cuesta dólares a nuestro país, siendo el sector automotriz y de equipos electrónicos los más deficitarios.

Que el crecimiento industrial se garantice con importaciones presiona fuertemente sobre la balanza comercial y es uno de los factores más relevantes de la restricción externa que comenzó a sentirse en nuestro país de manera crítica a partir de 2011. Pero además revela el alto nivel de dependencia de nuestra industria y la ausencia de una política para satisfacer las necesidades industriales con producción nacional. Algunos investigadores incluso denuncian

---

37 26% por Insumos intermedios, 20% por bienes de capital, 19% por compra de piezas y accesorios.



la existencia en estos años de una “sustitución inversa”, es decir que no sólo faltó política para sustituir importaciones con producción nacional, sino que se avaló que se comiencen a importar bienes que antes se fabricaban en nuestro país. El propio Ministerio de Industria refleja esta situación cuando anuncia que la industria automotriz creció casi un 500% mientras que la producción de autopartes menos de 300% en los últimos diez años. Esa brecha se cubre con importaciones que son cada vez más crecientes y presionan sobre el superávit comercial.

Otro dato interesante para analizar el tipo de industria que se ha sostenido en estos años es su participación en las exportaciones. A contramano de lo que suele considerarse, fueron las exportaciones de manufacturas de origen industrial las que proporcionalmente más crecieron en esta década y no las de productos primarios. Es decir que nuestro perfil exportador no se ha primarizado. Pero eso significa también que el crecimiento industrial que hemos tenido ha perpetuado un perfil destinado a las exportaciones, es decir de un desarrollo industrial “hacia afuera”, perfilado desde el comercio exterior y no desde las necesidades estratégicas de nuestra economía.

Otro dato que confirma esta última afirmación es el nivel de concentración de las manufacturas que exportamos. Sólo cuatro ramas explican el 85% de las ventas industriales al exterior: Alimentos y Bebidas (46%), fabricación de vehículos (17%), productos químicos (13%) y metales comunes (9%). Tanto los datos vinculados a la producción como a la exportación muestran una estructura industrial de absoluta continuidad respecto a la década de los noventa y con una fuerte dependencia del aprovechamiento de recursos naturales.

El perfil exportador de la industria tiene una implicancia directa en el empleo. Dado que para las industrias exportadoras el salario no es un factor de demanda (porque venden en el exterior) y representa solamente un costo, la idea keynesiana muy presente en el discurso del kirchnerismo en estos años, de crecimiento de la industria asociada a una demanda efectiva provista por aumento de salarios no resulta compatible con la estructura industrial consolidada.

Por todo lo señalado esta estructura profundizó durante todos estos años su nivel de concentración superando los niveles de la década de los noventa. Esto último, además de profundizar la dependencia de nuestra industria, su perfil exportador y acentuar la restricción externa, tiene impacto en la formación de precios locales, ya que la posición oligopólica de las grandes firmas es un factor potenciador de la inflación.

También se ha profundizado el nivel de extranjerización. En 2012 el 80,4% del valor agregado por las 500 empresas más grandes del país fue generado por compañías con más del 10% de su capital de origen foráneo. La extranjerización lógicamente también repercute en la salida de divisas, por ejemplo a través de la remisión de utilidades y dividendos que las firmas realizan hacia sus casas matrices.

Otro dato interesante relacionado con la extranjerización es el del empleo y nivel de explotación. Los salarios promedio pagados por las industrias multinacionales en nuestro país no son diferentes de los pagados por las nacionales. Pero por contar con mejor tecnología, el nivel de productividad del trabajo es bastante superior. El valor agregado medido por trabajador ocupado era en 2011 de \$48.108 en el caso de las multinacionales y de \$21.277 en las de capital nacional, lo que significa que la participación de la masa salarial en las indus-

trias de capital nacional es de 52% mientras que en las multinacionales representa sólo un 27%. Dicho de otra manera, la tasa de explotación de la mano de obra es casi el doble en las industrias controladas por multinacionales que en las locales.

En resumen lo que podemos afirmar es que el criterio que guió el crecimiento de la industria durante todos estos años fue estrictamente mercantil. Las inversiones en el sector no se debieron a un plan de desarrollo en función de las necesidades del país, sino que fueron modeladas por la rentabilidad y, como es natural en el capitalismo, se localizaron en donde esta es más alta. La industria creció, fue protegida por un tipo de cambio más “competitivo” pero de ninguna manera fue encarada una política industrial acorde a las necesidades del país y los sectores populares. El caso paradigmático es el automotriz, en donde la estrella del crecimiento industrial de todos estos años derivó en un déficit de divisas que golpea seriamente a nuestra economía.

El resultado es que se ha reproducido una estructura fabril que continuó la dependencia, la concentración y la extranjerización. No alcanza con establecer mecanismos que favorezcan las inversiones industriales, sino que resulta necesario discutir qué tipo de industria requiere nuestro país para superar la dependencia.

## **Comercio Exterior**

La dinámica del comercio exterior en la económica argentina ha crecido durante todos estos años gracias al *boom* de las *commodities* y la mejora de sus precios. Pero es importante recalcar, contra la teoría del “viento de cola”, que la Argentina ha sido uno de los países menos benefi-

ciados de la región con este efecto precio, ya que aunque el precio de la soja y los alimentos creció, lo hicieron mucho más los metales y los hidrocarburos, por lo que otros países que se especializan en esos rubros tuvieron aún más ventajas que nuestro país. En la mayoría de los países este proceso repercutió en una reprimarización de las exportaciones mientras que Argentina no siguió ese camino.

En todos estos años el comercio exterior ha sido la principal fuente de divisas para nuestro país. Como se ha señalado anteriormente, el superávit comercial fue uno de los pilares del modelo de la postconvertibilidad. Pero el control oligopólico de nuestro comercio exterior no se ha transformado. Al igual que lo que ocurre con el agro y la industria, el dominio privado es total. Sólo 20 empresas explican el 50% de las exportaciones argentinas. Entre las primeras diez, siete son exportadoras de granos y oleaginosas. El resto son YPF, el complejo Techint y las automotrices.

El control privado del comercio exterior repercute en el perfil productivo en su conjunto, en elevadas tasas de ganancia de las firmas exportadoras y su eslabonamiento con el resto de la cadena productiva y en la restricción de divisas sobre todo a través de la especulación con el tipo de cambio. A su vez, constituye una poderosa herramienta de especulación en manos de los grandes capitales, en particular en momentos de escasez de divisas. La eliminación de todo tipo de regulación comenzó en la década de los noventa cuando se disolvió definitivamente la Junta Nacional de Granos. Hasta la actualidad, la matriz que rige el comercio exterior sigue siendo la misma. Una transformación popular de la Argentina requiere entonces discutir un modo de

control público sobre el comercio exterior y la apropiación social de la renta exportadora.

## **Comercio interior**

El comercio interno minorista en nuestro país, es decir la forma en que la gran mayoría de la población accede a los productos que necesita para vivir, no escapa a los niveles de concentración del resto de los sectores. Según datos de la AFIP casi el 70% del comercio minorista es realizado por el 1% de las empresas que se dedican a esta actividad. Se trata de las grandes cadenas de supermercados.

Aunque no expliquen el proceso inflacionario en su conjunto, no puede eludirse que cumplen un rol concreto y abusivo en la formación de precios. La estructura de este sector no ha sido modificada e incluso hasta ha sido reforzada a partir de las políticas de “acuerdos de precios” que priorizaron la efectividad de la medida por sobre la desconcentración del sector.

Por ello es necesario estructurar redes de comercialización paralelas al circuito concentrado de las grandes cadenas. Mercados populares garantizados por el Estado e involucrando a organizaciones sociales que permitan distribuir en los sectores populares los bienes necesarios para la subsistencia evitando los abusos del comercio concentrado.

## **Sector financiero**

Además de la vigencia de la Ley de Entidades Financieras de la dictadura, que le garantiza al sector financiero altos niveles de desregulación, no se ha tratado de un conglomerado discriminado durante los últimos diez años. Por

el contrario, los bancos fueron mejorando su nivel de rentabilidad año tras año luego de la crisis de 2001 y sobre todo pegaron un importante salto en los últimos. Entre 2005 y 2013 las ganancias de los bancos en proporción al PBI se triplicaron. A su vez este crecimiento fue apropiado en mayor medida por los bancos de capitales extranjeros. Sólo en 2013 la ganancia de los bancos privados, según el informe que envían a la Bolsa de Comercio, sumó \$29.143 millones, un 50% superior al del año anterior.

La única razón que explica estas exorbitantes ganancias es la aplicación de tasas usurarias y la inversión en negocios especulativos. Si bien el gobierno introdujo algunas modificaciones a la Carta Orgánica del Banco Central que resultan favorables a tener un sistema financiero menos autónomo respecto a las políticas económicas, claramente no se ha avanzado en la regulación sobre el sector.

Es necesario discutir entonces un mecanismo de nacionalización de la banca o de los depósitos que permita asegurar que el ahorro nacional sea utilizado para financiar el desarrollo, la creación de puestos de trabajo y el acceso de la población al crédito barato.

## **Deuda externa**

La política de deuda del kirchnerismo fue diferente a la del neoliberalismo, ya que cumplió un papel diferente en el proceso de acumulación. En los noventa, el endeudamiento serial era el único mecanismo posible para financiar la convertibilidad. Lógicamente ni el menemismo ni la Alianza quisieron investigar el carácter fraudulento de la deuda que

legó la dictadura. El crecimiento exponencial de la misma llevó a una crisis que terminó con el default de 2001.

El resultado de la política de “desendeudamiento” es controversial. Por un lado se logró bajar el nivel de los compromisos que nuestro país tiene en el mundo, pero el mecanismo para hacerlo fue el desembolso de alrededor de U\$S 60 mil millones, que representaron el segundo motivo de salida de divisas por motivos no productivos luego de la fuga de capitales que alcanza casi los U\$S 100 mil millones.

El costo de esta política es doble. Por un lado transferimos recursos que podríamos haber utilizado para otras necesidades, vinculadas a lo que podríamos denominar “deuda interna”. Y por otro continuamos legitimando una deuda demostradamente fraudulenta, incluso por la propia justicia argentina.

En momentos de escasez de divisas, la política de desendeudamiento resulta más difícil de financiar, por lo que en los últimos años se han hecho esfuerzos por volver a acceder al crédito internacional. En definitiva, de lo que se trata es de comprender que la deuda externa no es otra cosa que un mecanismo de transferencia de recursos desde los países subdesarrollados hacia los poderes financieros internacionales y que romper la dependencia supone desarrollar una política de deuda desde una posición de soberanía, lo que requiere realizar una auditoría sobre la misma y determinar sus componentes ilegítimos que la Argentina no debe pagar.

## **Sector energético**

La Argentina sigue teniendo un sistema energético estructurado según las necesidades de las grandes empre-

sas multinacionales que operan en el sector. Este sistema ha tendido a profundizar un perfil exportador y nos ha llevado entre otras cosas a perder el autoabastecimiento energético. A su vez ha acentuado también una matriz sumamente dependiente de los hidrocarburos, dejando de lado la inversión en energías alternativas.

La estatización parcial de YPF fue una reacción frente a la crisis de divisas en donde la importación de energía juega un papel relevante. Si bien a través de YPF el Estado recuperó participación en el sector, la realidad es que durante toda la década tuvimos una caída sistemática de la producción de petróleo (-20%) y gas (-15%) no sólo debido al vaciamiento de Repsol, sino al comportamiento de todo el sector energético. El déficit energético no se explica entonces sólo por el aumento del consumo, sino por la desinversión que llevó a nuestro país de un superávit de unos 6 mil millones de dólares en 2006 a un déficit por el mismo valor en 2013.

En ese sentido, y aunque la recuperación parcial de YPF brinde una herramienta de intervención sobre el sector, no permite avanzar en una regulación del mismo. La orientación de desarrollo del sector a través de la explotación de Vaca Muerta también amenaza con reproducir el esquema desregulado y privatizado que aun tenemos en la producción de nuestra energía.

Recuperar la soberanía sobre la producción de la energía no se alcanza solamente con el control de YPF. Requiere hacerse con el control nacional del sector y elaborar un programa de desarrollo energético que no esté guiado por los intereses de las multinacionales que operan en el sector.



## **Sistema tributario**

El sistema impositivo actual tampoco ha recibido modificaciones importantes respecto de los noventa. La introducción de las retenciones ha modificado la composición general, pero sigue siendo un sistema fundamentalmente regresivo que recauda el doble en impuestos al consumo que en ganancias de las empresas privadas. Al mismo tiempo el peso de impuestos que podríamos denominar “a la riqueza” (inmuebles, grandes ahorros, tierras) es casi nulo. Los aportes patronales (recortados por Menem y Cavallo en 1993) están al mismo nivel que los que se le deducen a los trabajadores y trabajadoras. Pese a que se ha instalado el imaginario de una presión tributaria agobiante, la realidad es que lo que necesita la Argentina es una mayor y mejor carga sobre los grandes capitales y fortunas.

## **Servicios públicos**

La privatización de los servicios públicos realizada en los noventa también sigue en pie. No sólo no se ha discutido el esquema heredado sino que se ha avanzado en una política de subsidios que lograron sostener tarifas pero que también financian las ganancias de las empresas privadas que operan en el sector.

A su vez esta situación se ha combinado con un notorio deterioro de los servicios, desmintiendo la promesa liberal de eficiencia eterna de la iniciativa privada. El caso del transporte es quizás el más notorio pero también vale para los servicios domésticos. Más allá de la necesidad de recuperar el rol estatal sobre la provisión de estos servicios, es necesario discutir también un posible modelo de gestión

pública que involucre a usuarios y trabajadores para garantizar servicios eficientes, accesibles y seguros.

## **Marco jurídico neoliberal**

El neoliberalismo nos legó también un particular compendio de leyes y regulaciones absolutamente funcionales al capital privado multinacional y que condicionan el modelo productivo. Ejemplo de esto es la Ley de Inversiones Extranjeras sancionada en la última dictadura militar y aun vigente. O la Ley de Entidades Financieras, de igual status. Completan el cuadro las leyes de flexibilización laboral, la adhesión de nuestro país al CIADI y la vigencia de 55 tratados bilaterales de inversiones suscriptos durante la hegemonía neoliberal. Para avanzar en la construcción de una sociedad más justa resulta imprescindible derogar esas leyes o reemplazarlas por nueva legislación.

## **Un nuevo modelo productivo en clave regional**

En resumen, se trata de superar el modelo productivo dependiente que continua rigiendo en nuestro país. Todos los sectores estratégicos de nuestra economía se encuentran bajo control privado y transnacional. El Estado no cuenta con las herramientas para hacer uso de las rentas extraordinarias que produce nuestro país y aunque se sancionen regulaciones o políticas públicas favorables a la mayoría de la población, la estructura dependiente se reproduce.

Discutir otro modelo agrario, otro tipo de industrialización, el control de herramientas clave como el comercio exterior, la producción energética y el sistema financiero,

realizar una reforma tributaria progresiva, investigar la deuda externa, derogar toda la legislación neoliberal y ensayar un nuevo modelo de gestión pública de los servicios esenciales, deberían ser los aspectos sobresalientes de un programa de transformación popular de la Argentina.

Pero no se nos escapa que hacer todo esto desde un sólo país no es tarea sencilla, mucho menos en el contexto global actual. Por ello todas estas metas estratégicas de construcción de un nuevo modelo productivo deberían ser consideradas como parte de un proyecto de integración regional.

Aunque sin dudas existieron avances importantes en el terreno político superestructural, como la creación de UNASUR y la CELAC, que otorgan a la región mayor autonomía respecto de los Estados Unidos, en el plano económico y social la integración regional ha estado sumamente subestimada.

Los procesos de integración guiados por una lógica estrictamente mercantil como el caso del Mercosur no sirven para enfrentar con mayor fuerza las presiones de las transnacionales y las grandes potencias, ni tampoco colaboran con el mejoramiento de los lazos de cooperación y solidaridad para mejorar la calidad de vida de nuestros pueblos.

Proyectos claves como el Banco del Sur nunca fueron llevados adelante y resultan imprescindibles para transformar el modelo productivo en la región, hacer frente a los embates del poder financiero internacional y discutir esquemas de integración por fuera del circuito del capital transnacional.

# LA AGENDA SOCIAL POSTERGADA

La realidad social de la Argentina luego del proyecto hegemónico del kirchnerismo es profundamente desigual. Como mencionamos anteriormente, en la concepción oficialista del “modelo de crecimiento con inclusión social” existe una plena confianza en que el propio funcionamiento de la economía de mercado combinado con un Estado regulador iría resolviendo los problemas de exclusión, fragmentación y desigualdad que nos legó la versión neoliberal del capitalismo. De allí que todos los problemas actuales son arrojados a la categoría “lo que falta”, es decir que serían resueltos en la medida en que el modelo continúe desarrollándose.

Es indiscutible que un sector importante de la clase trabajadora mejoró sus condiciones de vida y trabajo en estos años. Desde los niveles de desocupación de inicios de la década a la actualidad existe un abismo. A su vez el

sector de trabajadores ocupado en las ramas centrales de la producción industrial y de servicios, ha logrado no sólo recuperar los niveles de salarios perdidos sino también garantizarse el acceso al consumo de mediana gama.

Sin embargo al mismo tiempo otro sector del pueblo trabajador ha profundizado sus niveles de precariedad laboral. Millones de trabajadores y trabajadoras autogestionan su trabajo en los márgenes de lo que el sistema productivo no integra. Cientos de miles de familias viven en condiciones indignas en cada una de las grandes ciudades de nuestro país como consecuencia del avance del negocio inmobiliario. Pueblos enteros y comunidades en el interior más profundo sufren las secuelas de los grandes emprendimientos mineros y del agronegocio. La agenda de estos sectores sociales postergados no forma parte del modelo neodesarrollista impuesto con la salida de la convertibilidad.

## Los trabajadores precarizados

Durante los años del **“consenso neodesarrollista”**, a la par de la baja del desempleo lo que se conoce como **“informalidad laboral”** descendió desde más del 50% al 33,5% actual. Claro que la **“informalidad”** o **“trabajo en negro”** es sólo una forma de precarización laboral, que incluye también las formas de contrato que esconden relaciones de dependencia, la tercerización que hace que muchos trabajadores se encuentren en convenios colectivos inferiores a los que les correspondería, entre otras. Lógicamente saber exactamente el número de población trabajadora precarizada no es posible, pero se calcula que representa aproximadamente la mitad del conjunto.

Desde 2007 tanto la desocupación como los niveles de informalidad se han mantenido estancados, lo que habla del carácter estructural de estos problemas. El modelo logró crear empleo y por ende también bajar la informalidad pero hasta un cierto punto donde se topó con un límite estructural. Avanzar más requiere no sólo seguir creciendo, sino encarar una política de transformación que afecte ciertos intereses para garantizar derechos plenos para el conjunto de la clase trabajadora.

La precarización es en primer lugar un poderoso mecanismo para desvalorizar y disciplinar la fuerza de trabajo. Es una consecuencia directa de la ofensiva mundial del capital contra el trabajo que comenzó en la década de 1970 y que conocimos como “neoliberalismo”. La precarización es un dato estructural que opera sobre el conjunto de la clase trabajadora naturalizando las condiciones de inestabilidad. Su impacto no se limita a la esfera laboral, sino que se expande al conjunto de la vida social.

Este enfoque se contrapone al que han desarrollado quienes gestionaron las políticas públicas con el declarado objetivo de “bajar la informalidad laboral”. Para el consenso dominante la precarización es un problema fundamentalmente de costos de las empresas y que por ende se puede resolver dando facilidades impositivas. El hecho de que la mayoría de los trabajadores y trabajadoras informales se concentren en las PYMES reforzaría esta idea.

Sin embargo esa mirada esconde el rol que juegan las grandes empresas, ya que la mayoría de las PYMES son proveedoras de estas y giran bajo su órbita. En muchos casos son directamente tercerizadas de las grandes. De hecho esta última forma de precarización, la tercerización,

que se ha extendido en toda nuestra economía, es la forma que las grandes empresas han encontrado para lavarse las manos de su responsabilidad en la estructuración del mercado de trabajo. Dicho de otro modo, la precarización es la contracara de la altísima rentabilidad de las empresas más concentradas de nuestra economía y no puede resolverse un problema dejando inmutable a su contraparte. Esa ha sido la ilusión que montó el discurso dominante en todos estos años.

Por otro lado las razones de la precarización no pueden reducirse solamente a la cuestión de la rentabilidad del capital en un sentido directo. La informalidad permite, además de bajar costos, evitar la conquista de la estabilidad laboral y por sobre todas las cosas el dolor de cabeza que significa para los empresarios la sindicalización. El negreo es la forma más directa de evitar que los trabajadores se organicen para reclamar por sus derechos. Distintas estadísticas indican que los establecimientos laborales que cuentan con delegados gremiales electos por sus compañeros no superan el 15%.

## **La emergencia del sector de la economía popular**

En los últimos años ha cobrado fuerza la emergencia de un nuevo sector dentro de la clase trabajadora, cuyos protagonistas han autodenominado “economía popular”. Se trata de una fracción de la clase trabajadora que forma parte del subconjunto precarizado pero que se caracteriza por llevar adelante un trabajo fundamentalmente de tipo autogestionado y por fuera del circuito productivo

y mercantil formal. Ejemplo de esto son los cartoneros y cartoneras que realizan una tarea de reciclado urbano en las grandes ciudades, los cooperativistas que cubren diferentes tareas para municipios a lo largo y ancho del país, las empresas recuperadas gestionadas por sus trabajadores y trabajadoras, los emprendimientos productivos autónomos como cooperativas, las comunidades campesinas e indígenas que practican la agricultura familiar, entre otros.

A pesar de los avances que este sector ha tenido en términos de organización y visibilidad, no son reconocidos como actor por parte del Estado. Al igual que sucede con la informalidad laboral y la precarización, se considera que estos sectores serán integrados al sistema a partir del crecimiento inclusivo.

Pero esta mirada pierde de vista que la emergencia de este sector no es un accidente del capitalismo sino el fruto de su desarrollo. Convertir a este sujeto excluido de los derechos básicos que gozan otros sectores de trabajadores no será obra del mercado ni se garantizará por el mero crecimiento económico. Requiere por el contrario colocar su agenda en el primer lugar de las prioridades y fortalecer estas experiencias como alternativa al modo de producción capitalista.

## **Resistencias al extractivismo**

La agenda de los movimientos de resistencia al avance de lo que denominamos “extractivismo” se ha centrado fundamentalmente en la cuestión ambiental. Pero en realidad el debate sobre la sustentabilidad del modelo incluye cuestiones como la soberanía sobre los recursos naturales



o la propia articulación de lo ambiental con el modelo productivo mencionado anteriormente.

Los casos más emblemático han sido las protestas contra la instalación de proyectos de mega-minería, en algunos casos también de emprendimientos energéticos a partir de la instalación de represas, contra la instalación de plantas de Monsanto y otras vinculadas al agronegocio y últimamente se ha visto en relación con la explotación de hidrocarburos no convencionales en la Patagonia, como el caso de Vaca Muerta.

Las tensiones vinculadas con este punto no son de sencilla resolución. Incluso en los procesos revolucionarios latinoamericanos más avanzados aparece el debate sobre la transición hacia un modelo productivo diferente que no se contraponga al cuidado de la naturaleza pero que a su vez aproveche las ventajas existentes en nuestra geografía. No obstante en la Argentina este debate se ha ocultado, igualando a toda protesta o reclamo ambiental con una posición infantil o retardataria.

Sucede que el modelo neodesarrollista no sólo no confronta con la tendencia depredadora del capital sobre la naturaleza, sino que la asume como un pilar fundamental para apalancar el desarrollo de los países pobres.

La agenda de las comunidades que sufren de manera directa las consecuencias del extractivismo debe ser incorporada en un nuevo proyecto de país. Esto requiere dejar de asociar el debate ambiental con posiciones extremas o infantiles (aunque existan) y asumirlo como un desafío de primer orden para nuestra región. Un nuevo proyecto emancipatorio debe contener una propuesta que incorpore una perspectiva ecológica.

## **El movimiento de mujeres y la lucha por la igualdad de género**

Aunque con una larga trayectoria de lucha en nuestro país, indudablemente las reivindicaciones vinculadas a la lucha de las mujeres y de géneros ha ganado mucho terreno en los años recientes. En materia de derechos los avances más significativos fueron el matrimonio igualitario, la Ley de Identidad de Género y con importantes trabas en su aplicación las leyes de Educación Sexual Integral y de Salud Sexual y Reproductiva.

También hubo algunos avances legislativos vinculados a los femicidios y la violencia de género en general, acompañados a su vez por una mayor visibilización de esta problemática en los medios de comunicación.

Poco en cambio se ha avanzado en otros aspectos, como los que hacen a la desigualdad de género en los ámbitos laborales. Todas las estadísticas demuestran que las mujeres sufren en proporciones mayores a los hombres los problemas vinculados a la precarización e informalidad laboral.

También ha ganado terreno el debate sobre la legalización de la práctica del aborto. Aunque aún no se han logrado avances institucionales, el desarrollo de la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito y la militancia del movimiento de mujeres han permitido visibilizar la existencia de una verdadera tragedia nacional. Aproximadamente medio de millón de mujeres recurren todos los años a la realización de abortos clandestinos y según esta-

dísticas oficiales unas cien pierden su vida por las condiciones en que estos se realizan cada año.

Aunque desde muchos sectores políticos se han expresado apoyos y algunas decenas de diputados nacionales han firmado el proyecto de ley de interrupción voluntaria del embarazo, hasta la actualidad ningún gobierno ha promovido este derecho que sigue siendo una enorme deuda de la democracia argentina.

## **Los movimientos populares urbanos y la lucha por la vivienda**

El crecimiento económico no sólo no resolvió muchos de los problemas propios de las grandes ciudades, sino que en muchos sentidos los empeoró. El caso más paradigmático es el que refiere a la vivienda y si bien atraviesa a todos los sectores sociales, en particular profundiza la precarización de la vida de los sectores populares.

El patrón común de todas las ciudades importantes durante estos años ha sido el crecimiento y desarrollo vinculado al negocio inmobiliario. A la actividad de la construcción siempre emparentada con el crecimiento de la economía se le agrega un fuerte componente especulativo, ya que la inversión en ladrillo ha sido una de las formas de resguardar las enormes ganancias obtenidas en otras ramas de la economía e incluso de blanqueo de actividades ilícitas.

La absoluta desregulación del mercado inmobiliario generó que el *boom* de la construcción redunde en un constante proceso de valorización del suelo y la generación de una enorme renta urbana. En la Ciudad de Buenos Aires

por ejemplo, se computa una rentabilidad de al menos el 100% en dólares en los últimos diez años.

La contracara de este proceso ha sido el crecimiento del déficit habitacional, de la población que vive en condiciones precarias en villas, inquilinatos, pensiones, hoteles o en condiciones de hacinamiento y de la proporción de familias que alquilan al no poder acceder a una vivienda propia. Es relevante consignar que estos problemas son consecuencia del crecimiento, del desarrollo de las ciudades y no de la ausencia del mismo.

De allí que han tomado fuerza en estos años distintos movimientos urbanos vinculados en particular a la lucha por la vivienda y contra la especulación inmobiliaria. Este aspecto no encuentra solución en los marcos del proyecto neodesarrollista que ha limitado su intervención a una reducida política de construcción de viviendas y en programas de crédito más accesibles a través de la banca pública. Pero al no atacar el problema de fondo, que es el negocio inmobiliario como parámetro de desarrollo de las ciudades, el acceso a una vivienda digna sigue siendo cada vez más dificultoso.

## **La agenda social postergada en un nuevo proyecto emancipador**

Planteamos la necesidad de definir la agenda social postergada porque un nuevo proyecto emancipatorio no se puede limitar simplemente a discutir el modelo productivo, aunque se encuentre estrechamente vinculado. Plantear un proyecto superior de lo que ha representado el neodesarrollismo no se puede limitar simplemente a discutir otras

políticas económicas sino también considerar los sujetos capaces y dispuestos de llevarlo adelante.

La agenda social postergada representa los problemas que el neodesarrollismo no ha logrado ni es capaz de resolver y que incluso en algunos casos ha agravado. La clase trabajadora precarizada, la que integra los circuitos de la economía popular, las comunidades que resisten el extractivismo, los movimientos de mujeres que pelean por la igualdad de género y los movimientos urbanos que pelean por la tierra y la vivienda, son todos parte de una agenda que confronta con el modelo actual. Un nuevo proyecto emancipatorio debe asumir esta agenda como propia y plantear un proyecto de país cuyo horizonte sea la conquista de los derechos de todos estos actores mencionados.

Pero esta agenda social no debe ser planteada como antagónica o en confrontación con la de otros actores cuyos intereses también deben ser coaligados en un proyecto emancipador y en particular del movimiento obrero formal, a pesar del desigual impacto del modelo neodesarrollista sobre sus condiciones de trabajo y de ingreso. El poder de la clase trabajadora formal no debe ser subestimado y aunque sin abonar a fórmulas esquemáticas, debemos considerar una necesidad estratégica su participación en la construcción de un nuevo proyecto de país.

# LA DEMOCRATIZACIÓN POLÍTICA

Pocas ideas pueden pecar de mayor ingenuidad que considerar que transformar un país en favor de los sectores populares se trata simplemente de alcanzar el gobierno y desarrollar determinadas políticas públicas. En primer lugar porque gobierno y poder no constituyen identidades equivalentes: el poder de las clases dominantes se ejerce en una multiplicidad de instrumentos que exceden a los tres poderes del Estado, dentro de los cuales el gobierno es tan sólo uno. Que los sectores populares puedan ejercer el poder entonces requiere de mucho más que hacerse del Poder Ejecutivo. Incluso el propio kirchnerismo fue adquiriendo una conciencia al respecto que se expresó en los conflictos con el Poder Judicial o con los medios de comunicación.

Pero a su vez el Estado no es un instrumento neutral que puede ser utilizado para unos u otros fines, sino que su propia constitución le confiere un determinado rol en la re-

producción del sistema vigente. En la terminología clásica, se trata de un Estado burgués, que cumple una función en la dominación del capital. Tanto es así que en los procesos revolucionarios actuales y en particular en el venezolano, el Estado aparece como una de las principales limitaciones para llevar adelante la transición al socialismo del siglo XXI y por ello su transformación aparece en forma recurrente en la agenda política del campo bolivariano.

## **La experiencia de la Revolución Bolivariana**

Quizás uno de los elementos más destacados de la Revolución Bolivariana es el vinculado a la apuesta a la construcción de poder popular y a la participación directa. No significa que en la Argentina tengamos que copiar o imitar de manera mecánica esta experiencia, porque nuestra sociedad no es igual, pero conocerla nos puede inspirar o al menos ayudar a tomar conciencia de la importancia de esta tarea.

Concebir el poder desde una mirada diferente a la lógica representativa y delegativa implicó la reforma constitucional y el diseño de una nueva arquitectura del poder que tienda a transformar al Estado en un “Estado Comunal”, tal como lo definió antes de su muerte el propio Hugo Chávez.

Pero también se trata de una enseñanza del mismo proceso, donde la corrupción y la burocracia estatal aparecen como una traba importante para avanzar en los cambios. El “Estado comunal” y los proyecto de democratización política se presentan en Venezuela entonces como un debate de la transición, de cómo transformar una sociedad capitalista en una socialista. No se limita a sacar leyes, expropiar empresas

o recuperar rentas. De allí la importancia que en los últimos momentos de su vida el propio líder de la Revolución le dio a la participación popular y la construcción de las comunas.

El proyecto consiste en transformar lo que eran las experiencias de “consejos comunales” en lo que actualmente se denominan “comunas socialistas”. Se trata de espacios de participación directa de la población e incluso de autogobierno, que tiene como fin el empoderamiento del pueblo. En el “Plan de la Patria”, plataforma electoral concebida para el actual mandato, consta el objetivo de construir 3 mil comunas de manera tal de tener a toda la población participando en una instancia comunal. Ese proceso se encuentra en plena marcha.

Más allá de las diferencias entre Venezuela y Argentina, lo que queremos resaltar es que ningún proyecto de transformación profunda puede dejar de proponerse transformar el funcionamiento mismo del Estado, que hasta puede volverse un elemento adverso a los cambios. La experiencia bolivariana demuestra que no alcanza con tener el gobierno ni controlar el aparato del Estado, que un proceso transformador sólo puede avanzar si apuesta al protagonismo popular no con meras consignas sino con mecanismos institucionales concretos.

## **Sin protagonismo popular no hay cambio social**

Si no hay cambio profundo posible sin participación popular, y no es posible un verdadero protagonismo de los sectores subalternos en el marco de la actual institucional-



dad, entonces no puede haber revolución sin una transformación radical del propio Estado.

En particular nuestra Constitución Argentina heredada de la última reforma realizada en 1994 consolidó el sistema político representativo reñido con la participación popular en las decisiones y aunque “modernizó” algunas cuestiones vinculadas a derechos, al mismo tiempo generó cambios regresivos como la provincialización de la soberanía sobre nuestros recursos naturales.

El proceso político hegemónico por el kirchnerismo nunca se propuso esta tarea, ya que su concepto de “capitalismo serio” no es un proyecto contradictorio con el Estado tal cual lo conocemos hoy. Y a su vez como vimos a lo largo de todo el texto, el kirchnerismo tampoco se propuso modificar el sistema político de la partidocracia tradicional sino instrumentar su proyecto dentro del mismo.

Considerar un programa de transformación del Estado es una tarea de un nuevo proyecto emancipador. Un Estado que garantice la soberanía sobre nuestros recursos y que priorice los derechos humanos por sobre el lucro privado, que reformule el concepto de propiedad habilitando formas comunitarias o cooperativas y que aliente mecanismos de participación de la población en las decisiones políticas.

No estamos hablando de un aspecto accesorio de un proyecto emancipador, sino de su esencia. Apostar a transformar el modelo productivo, asumir la agenda social postergada requiere también apostar seriamente por la construcción de una democracia real, con verdadero protagonismo popular.

# **EPÍLOGO: EL DESAFÍO DE ALCANZAR UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA EN LA ARGENTINA**

Si algo caracteriza a la militancia que busca construir una nueva izquierda popular, es escapar a las respuestas fáciles. Frente a la tranquilidad de los dogmas, elegimos la molestia de la reflexión constante. En lugar de intentar explicar todo lo que ocurre apelando a conceptos de otro tiempo y lugar, optamos por intentar generar una mirada original que siempre nos obliga hasta a cuestionar nuestras propias lecturas previas.

Pero como esto no es un ejercicio meramente intelectual sino militante, no nos contentamos tampoco con poder lograr una interpretación novedosa o enriquecida del proceso político que vive y vivió la Argentina en los últimos

años. Queremos intervenir en él, nos guía un profundo deseo de aportar a la construcción de una gran fuerza política y social que pueda revolucionar nuestro país.

Desde ese lugar es que nos interesa comprender qué es lo que ocurrió entre la rebelión popular de 2001 y la actualidad. Qué significó este proceso político para el campo popular y para la nueva generación militante que dio sus primeros pasos en esta etapa particular.

Si el 2001 nos enseñó a valorar la acumulación que generó la resistencia, el kirchnerismo nos probó la necesidad de tener un proyecto de país por la positiva. Si el 2001 nos demostró la capacidad disruptiva del pueblo que con su bronca puede hasta voltear gobiernos, el kirchnerismo nos evidenció la importancia de considerar el problema del poder y contar con una estrategia a tal fin. Si el 2001 mostró que era posible salirse de todos los moldes y abandonar concepciones arcaicas presentes en la militancia de izquierda y popular, el kirchnerismo comprobó que no todos los libros estaban quemados y que las tradiciones históricas anidan de manera sensible en la memoria popular.

En el equilibrio entre lo que las enseñanzas de la rebelión popular dejaron y lo que hemos aprendido a partir del proceso político que representó la Argentina bajo hegemonía kirchnerista, es que nos encontramos explorando la construcción de una nueva experiencia política.

América Latina también nos alumbró con enseñanzas. La Revolución Cubana que demuestra que es posible perdurar aun contra las más temibles adversidades. La Bolivariana que pese a haber perdido al líder popular que la encarnó ha definido continuar, profundizar y radicalizar el

proceso de cambio. La Boliviana, que ha consolidado un poder popular cuyos triunfos se van volviendo irreversibles.

Parafraseando a Mariátegui, no vamos a hacer la revolución en Argentina haciendo calco ni copia. Pero tampoco vamos a hacerla sin aprender de los procesos revolucionarios reales que acontecen en nuestro tiempo. Por ello constituyen para nuestra militancia permanentes fuentes de inspiración para intentar acercar el horizonte en nuestro país.

Entre el 2001, los procesos de cambio en la región y la experiencia de la Argentina de la última década, buscamos construir una estrategia revolucionaria para nuestro país. Proponerse superar el modelo productivo dependiente, asumir la agenda de los sectores sociales postergados por el neodesarrollismo y colocar al protagonismo popular como centro de nuestro proyecto constituyen de por sí definiciones importantes.

Pero además de eso necesitamos imaginarnos qué tipo de fuerza política y social sería capaz de construir el consenso imprescindible para lograr esos cambios. En el pasado la militancia revolucionaria se dividió por diferentes debates estratégicos. Uno era qué actitud asumir frente al peronismo, asumirlo como identidad propia, rechazarlo y combatirlo o algunas variantes intermedias. Otro era la cuestión de cómo combinar las distintas formas de lucha callejera, armada y/o electoral.

Conocer esas discusiones colabora con la formación de los militantes de hoy y por tanto las consideramos imprescindibles. Pero estamos convencidos de que lo peor que puede hacer la generación actual es convertir su militancia en un ejercicio de prolongación mecánica de aquellos deba-

tes. Necesitamos aprender de todas las experiencias pero para construir una estrategia para el aquí y ahora.

Eso requiere discutir el kirchnerismo conociendo la historia pero sin hacer equivalencias anacrónicas. Pensar el socialismo, asumiendo las experiencias del siglo XX, pero para este contexto histórico. Considerar los sujetos de cambio sin hacer extrapolaciones forzadas. Y supone también, entre otras cosas, asumir la necesidad de construir una nueva identidad política en la Argentina a partir de la mixtura de distintas tradiciones políticas de nuestro pueblo. El peronismo revolucionario, la izquierda marxista, el cristianismo de liberación, el feminismo, son algunas de las muchas identidades que puede asumir la vocación de transformación antiimperialista y anticapitalista en nuestro país en la búsqueda de construir una nueva sociedad de mujeres y hombres nuevos. En la unidad de esa diversidad estarán las respuestas que nos conducirán a la victoria.